

HOMENAJE AFECTIVO A
FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA

eHumanista/Cervantes is a journal devoted to the improvement and dynamism in our knowledge of Cervantes's work and life.

The journal will be uploaded once per year and incorporate articles dealing preferably with monographic topics. Each issue will be coordinated by a specialist on Cervantes who will share editorial duties with one of the two editors of *eHumanista/Cervantes*.

We welcome suggestions on the content of future monographic issues



eHumanista/Cervantes es una revista cervantina que pretende la mejora, intensidad y dinamismo en el conocimiento de la vida, obra y recepción de Cervantes.

La revista aborda de preferencia temas monográficos, y su periodicidad es anual. Cada número es diseñado y coordinado por un especialista que también se encarga de editar el monográfico en unión con uno de los dos editores de *eHumanista/Cervantes*.

Cualquier sugerencia de posibles monografías será bienvenida, así como todo tipo de propuesta de carácter cervantino

Editors

Antonio Cortijo Ocaña (University of California)

amcortijo@aim.com

Francisco Layna Ranz (New York University in Madrid; Middlebury College)

flayna@middlebury.edu

Associate Editor

Erin M. Rebhan

Editorial Board

Francisco Márquez Villanueva (Harvard University)

Maria Augusta da Costa Vieira (Universidade de São Paulo)

Alberto Blecua (Universitat Autònoma de Barcelona)

Heinz-Peter Endress (Universität Freiburg)

Edwin Williamson (Oxford University)

Ruth Fine (Hebrew University of Jerusalem [[האוניברסיטה העברית בירושלים](#)])

Jean Canavaggio (Université de Paris X)

Georges Güntert (Universität Zürich)

Aurelio González (El Colegio de México)

Francisco Rico (Universidad Autónoma de Barcelona)

Isabel Lozano Renieblas (Dartmouth College)

José Manuel Martín Morán (Università del Piemonte Orientale)

Ciriaco Morón Arroyo (Cornell University)

Antonio Carreño (Brown University)

Luce López Baralt (Universidad de Puerto Rico)

José Manuel Lucía Megías (Universidad Complutense de Madrid)

David A. Boruchoff (McGill University)

Giuseppe Grilli (Università di Roma)

Aurora Egido (Universidad de Zaragoza)

Juan Diego Vila (Inst. de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”)

ÍNDICE

BLACKMORE, Josiah
ROUHI, Leyla
CABRANES-GRANT, Leo
CARRIÓN, Gabriela
PEDROSA, José Manuel
DeSTEPHANO, Mark
LÓPEZ RÍOS, Santiago
FERNÁNDEZ, Jaime
GALPERÍN, Karina
LOKOS, Ellen
GONZÁLEZ, José Antonio
PIÑERO RAMÍREZ, Pedro M.
GUTIÉRREZ, Jacobo
CREEL, Bryant
MARTÍN, Adrienne
MONROE, James T.
MUÑOZ, Julieta Victoria
BURGOS, Rafael
EGIDO, Aurora
REY, Luis
RICAPITO, Joseph
RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio
SEVERIN, Dorothy S.
BOTTA, Patrizia
ORTEGA, Julio
LARSEN, Kevin
CANAVAGGIO, Jean
LAYNA RANZ, Francisco
GARCÍA CÁRCEL, Ricardo
LÓPEZ BARALT, Luce
GIRÓN, Luis
CARREÑO, Antonio
ARMSTRONG-ROCHE, Michael
LLORED, Yannick D
REYES, Rogelio
LÓPEZ BUENO, Begoña
LÓPEZ GRIGERA, Luisa
VAQUERO, Carmen
VAQUERO, Mercedes
GIL, Juan
BORUCHOFF, David

GIORDANO, Maria Laura
YÁÑEZ-BARNUEVO GARCÍA, Luis
HUTCHESON, Greg
STOLL, André
LIANDER, Johanna
ECHAVARRÍA, Arturo
CHIONG-RIVERO, Horacio
COELHO, Joaquim
CORTÍNEZ, Verónica
CASTILLO SANDOVAL, Roberto

Francisco Márquez Villanueva falleció el viernes 14 de junio del 2013, entre las 13:00' y las 13:15'. El cementerio histórico de Mount Auburn, Cambridge (Massachusetts) tiene siete colinas. Una de ellas fue comprada por un ex-alumno y donada en 1833 a Harvard College. En sus laderas reposan los más distinguidos académicos e investigadores de la universidad. Allí, en aquella colina, en Harvard Hill, el día 22 de junio fueron inhumados los restos del profesor Márquez Villanueva. A los tres días de su muerte se empezó a fraguar el homenaje que aquí le tributamos amigos, colegas y antiguos alumnos. Descanse en paz.

Francisco Layna
Antonio Cortijo Ocaña

Josiah BLACKMORE

I came to Professor Márquez's classes from the Portuguese section of the department, encouraged by Professor Coelho's daily practice of reading Spanish literature. I had always nourished an interest in medieval and Renaissance Spain alongside my studies of Portuguese, so Professor Márquez's courses on the *Quijote*, Juan Ruiz, and *La Celestina* were a welcome way to build a bridge between Hispania and Lusitania. And that Iberian perspective was what stood out in the courses I took with Professor Márquez, who later became "Paco" after he signed his approval of my doctoral thesis on Fernão Lopes as its second reader: in the earlier chronological periods of the Peninsula, the areas of our common scholarly interests, literary and intellectual culture was fluid, porous, not contained solely within the geographical and political boundaries of "Spain" or "Portugal". The cultural histories of these two countries, as Paco liked to emphasize, were inextricably intertwined -they were sometimes consonant, sometimes dissonant, but always vibrantly interdependent-. This in large part is what made a first book publication with Greg Hutcheson in 1999 so enjoyable. And perhaps this is also why Paco would gladly engage in discussions with me about favorite topics like the *cantigas*, a medieval Portuguese troubadour king, historiography or hagiography. I carry the Iberianist lessons with me to this day.

Josiah Blackmore (University of Toronto)

Leyla ROUHI

Digressions do not have a good reputation. We are told that when we digress we go besides the point. We expect impatience if our so-called main story goes off-track because of a digression. But I learned from Paco Márquez that digressions, if approached correctly, are a part and parcel of the main point; an art that only enriches the conversation.

He always spoke without notes, seamlessly weaving his numerous insights into a large, cohesive tapestry. Any written notes were ours, as we avidly jotted down what he said and tried to absorb all the information we possibly could. But his digressions -always brief, interesting, and utterly unscripted- stayed with me as much as his direct explorations of our topic. In these short tributaries off the main rivers of Cervantes, the *comedia*, or Fernando de Rojas I learned about Lope's military enlistment, Santa Teresa's home life, Franco's odd sleep habits. Unlike less skilled storytellers though, Paco never forgot what he had been saying before the digression. He always brought us back, and we felt richer with the details he had offered us along the way.

On the day that he signed off on my dissertation, Professor Márquez Villanueva became Paco to me. He took me to lunch at Dolphin Seafood, and by addressing me as "tú" -until then I had always been "Usted"- he made it clear that he was no longer "Usted" either. The transition was very sudden but also completely natural because it made perfect sense, and was a part of our history together. Just like his wonderful digressions, which I will always cherish.

Leyla Rouhi (Williams College)

Leo CABRANES-GRANT

Urna de Don Francisco Márquez Villanueva

“Usted tiene que aprender a quintaesenciar”. Esto me decía Francisco Márquez Villanueva una tarde de invierno en su oficina de la Widener Library en Harvard University. Recuerdo que apunté sus palabras en mi memoria mientras miraba por las ventanas hacia el espacio frío y gris de un estrecho patio interior por el cual descendían lentamente las esquivas de una nevada. Aunque sigo laborando para acercarme un poco al exigente rigor de su consejo, la imagen de Don Paco forma parte de mi estructura ética y – con igual peso- del entendimiento *humanista* de mi profesión. Porque de Don Paco se aprendían datos y actitudes: su magnífica capacidad para escoger el detalle primordial y la perspectiva sorprendente venían acompañadas de un entusiasmo narrativo y de una pasión incansable por compartir el saber. Mi decisión de escribir una tesis sobre las comedias historiales de Lope de Vega fue el resultado de un seminario suyo en el que su habilidad para *disfrutar la enseñanza* nos deslumbró a todos. Sus repeticiones triádicas (“¿Entienden? ¿Entienden? ¿Entienden?” o “¿Cosas? ¿Cosas? ¿Cosas?”) auguraban siempre algo iluminador o insospechado. Como trabajo final para un curso sobre escritoras de los Siglos de Oro un grupo de estudiantes (Léonor Figueroa, Jorge Castillo, Roxana Pagés-Rangel, y yo) nos atrevimos a escribir un ensayo colectivo, siguiendo el modelo de un sarao honesto como los de María de Zayas. Don Paco nos respondió con una ejecutoria de hidalguía donde nos confería privilegios de residencia en la villa de Cambridge. Este aspecto lúdico de su personalidad se detecta también en el estilo de sus libros. ¿Quién no ha consultado las páginas de *Fuentes Literarias Cervantinas* sin arrellanarse en su prosa cálida, amigable, como para ser recitada en voz alta? Alterando un poco la frase de Juan de Valdés, Márquez Villanueva podría haber dicho: “Escribo como vivo”: con agilidad, con gozo, con exactitud, con vocación de *arte intelectual*. Su devoción a las maravillas del castellano –un lenguaje que para él era el fruto de tres culturas insustituibles- culminó para mí en las palabras que dictó en la sesión de su último curso en Harvard. Mi compatriota puertorriqueño Luis Girón me avisó que Don Paco se retiraba y varios estudiantes nos presentamos en el aula ese día para despedirlo y escucharlo. La clase era “Historia de la lengua castellana”, y Don Paco, estoicamente emotivo, como si estuviera conversando con cada una de nosotros, nos invitó a *querer* las palabras, a protegerlas o retarlas con energía y con pleno conocimiento del pasado que las había forjado y el futuro que para ellas nos correspondía avalar y construir. Así reunía Don Paco sus vertientes de filólogo, historiador, y apreciador de esos matices estéticos que permiten que el entorno social se *quintaesencie* en la obra literaria. No siempre estuvimos de acuerdo –piedad para el estudiante que no contiene con su maestro- pero eso nunca interrumpió nuestros diálogos ni la espontánea generosidad de su carácter. El bullicio de unas sevillanas le abrillantaba los ojos; cuando pasaba una mano reflexiva sobre el lomo de sus gatos una sonrisa aquiescente se le posaba en el rostro; la hospitalidad de Teresa y sus hijos cuando íbamos a su casa se traducían en una cena estupenda y una extensa tertulia donde una vez me atreví a cantar el aria “Mi aldea” de la zarzuela *Los Gavilanes* mientras Don Paco se aborotaba en su butaca como si de pronto se hubiera transportado a un teatro imaginario.

(Esta reacción se debía más a la calidad de su espíritu que a la calidad de mi voz). Si en este elogio póstumo he señalado más mi nostalgia de su presencia que su legado académico es porque confío en la perdurabilidad de sus textos pero sé radicalmente que nunca volveré a sentarme a su lado. Su existir más allá del cuerpo – como esa inmortalidad de lo mental que preconizaba el filósofo Spinoza- está finamente asegurado, pero el perfil de la persona con quien compartí tantas horas de estudio y aprendizaje depende ahora del afecto selectivo de mis reminiscencias. He experimentado su fallecimiento como algo que se cae entre los árboles, como un ruido súbito. Con Don Paco quizá termina *una forma de sentir y de pensar* el hispanismo que nos ha dado a todos un sólido e insoslayable fundamento investigativo. Pero más importante aún, Don Paco ha dejado en nosotros un cariño íntimo y jubiloso por las complejidades de nuestra identidad cultural y esa vasta literatura que las confronta en dos hemisferios con los moldes fluctuantes de la escritura. Aquí le dejo a la palabra a la poesía, como debe ser, y con la voz de Juan Ramón Jiménez:

“¡Oh, qué sonido de oro que se va,
de oro que ya se va a la eternidad;
qué triste nuestro oído, de escuchar
ese oro que se va a la eternidad,
este silencio que se va a quedar
sin su oro que se va a la eternidad!

Leo Cabranes-Grant (University of California, Santa Barbara)

Gabriela CARRIÓN

What I remember best about Paco Márquez was his extraordinary honesty, his refusal to make concessions to theoretical fashions, and above all, his deep and abiding love of Spanish language and literature. I remember being a bit intimidated by him at first—he did not shy away from challenging his students in or outside of class, and I certainly deserved challenging. However, whenever I ventured to raise my hand in class or visit him in his office deep in the heart of Widener Library, I was always warmly welcomed and amply rewarded by his extraordinary erudition. My encounters with Paco marked a definite before and after in my education for which I am permanently indebted.

Paco Márquez's lectures were, simply put, unforgettable. He not only offered a staggering wealth of information built on rock-solid philological research (*¡siempre la filología!*) but he also captured their most elusive qualities as objects of unsurpassed artistry. *El libro de buen amor*, *La Celestina*, *Lazarillo de Tormes*, and *El Conde Lucanor* among many, many treasures took on new meaning in his hands while reaffirming those qualities that draws us to literature in the first place. Of these qualities one of the most important for me personally is literature's ability to engage our attention at the most primordial level, much in the way fiction draws children into itself. Paco was able to convey this elusive quality so eloquently, without mystifying it or recurring to unnecessary abstractions. I loved his unpretentious, democratic approach to the republic of letters where princes shared the stage with go-betweens.

Paco Márquez was unafraid to draw his students to the underground worlds of picaresque fiction and to those parts that were most scandalous -and undoubtedly most fascinating-. He was no Puritan and no part of a text was ever off limits in our conversations. At the heart of his teaching, he advocated intellectual freedom, embodying the very best parts of his own culture. After his death, I spent time in Spain where I seemed to see him everywhere in the faces and voices of his compatriots. Paco Márquez's teaching and scholarship are such indisputable bedrock of Hispanism that it is impossible to imagine that he is no longer with us. Without a doubt, I count myself as extremely fortunate to have been his student and to have experienced his extraordinary genius and profound humanity. *Gracias por todo querido professor.*

Gabriela Carrión (Regis College, Denver, Colorado)

José Manuel PEDROSA

Corría el final del año 1996, calculo, cuando Francisco Márquez Villanueva presentó en Madrid, creo recordar que fue en la Residencia de Estudiantes, su libro *Orígenes y elaboración de El burlador de Sevilla*, que había publicado por aquel entonces la Universidad de Salamanca. Me llevó a la presentación mi maestro Samuel G. Armistead, fallecido en su casa de Davis (California) hace unas pocas horas, en el mismo día en que escribo estas páginas. No soy capaz de escribir ahora acerca de Sam, pero su recuerdo me anima, paradójicamente, a liberar por fin las palabras que desde hacía algunas semanas tenía comprometidas en homenaje a Paco. Hasta ahora no había logrado confiarlas a la letra escrita.

Huelga casi decir que Sam y Paco eran amigos desde hacía décadas, que ambos dedicaron sus vidas a construir un hispanismo norteamericano que con ellos pierde a dos pilares absolutamente irremplazables, y que los dos han fallecido en un intervalo de menos de dos meses. Y algo más: que ambos compartieron una visión (una pasión) de la literatura, de la cultura y de la historia muy poco convencionales, contempladas primordialmente desde los márgenes, las minorías, los perdedores, los que son menos escuchados o leídos, *los otros*; visiones (y pasiones) que, todo hay que decirlo, a los dos les salían no exactamente de la cabeza (aunque sus muy bien amueblados intelectos les sirviesen de cauce ordenador para expresarlas del modo más convincente), sino más bien del fondo de sus corazones.

Yo había ya leído el libro de Paco sobre el mito de Don Juan, que además reseñé en *Literary Research* 29-30 (1998) y que me había dejado absolutamente deslumbrado, como tantas otras cosas que le leí. Más por los horizontes que abría que por todo lo (mucho y bueno) que afirmaba y descubría; y por las penumbras en las que Paco no rehuía escrutar más que por su erudición inconmensurable. Me sorprendía, además, la sensibilidad hacia la literatura oral y la cultura popular que destilaban muchas de las páginas de aquel libro, tan desusada en la seria y docta academia literaria hispana. Aunque Sam hizo las presentaciones, no creo que Paco se diese mucha cuenta aquel día de mi existencia, porque yo me quedé completamente mudo y a un lado mientras escuchaba la conversación, concentradísima, que ambos gigantes se arreglaron para mantener en los minutos previos al acto de la presentación.

Nunca más se volvieron a cruzar los pasos de Paco con los míos. Pero sí se cruzaron en nuestros buzones unas cuantas cartas, que me llegaban llenas de separatas que jamás dejaron de franquearme puertas intrigantes y caminos llenos de promesas, y unos cuantos emails, siempre con planes para vernos cuando pasase él por España. La última carta llegó a finales de febrero. Paco me invitaba a presenciar el diálogo que en la Fundación Juan March iba a sostener el día 14 de marzo con el historiador Ricardo García Cárcel, y a que fijásemos allí el día y la hora para alguna cita de mayor enjundia. Como las fechas iban ya muy apretadas, le respondí por email que allí nos veríamos, y le planteé la posibilidad de filmar, cuando anduviese él por aquí y si le apetecía, algunas reflexiones suyas sobre la literatura en general y la popular más en particular.

Su respuesta llegó el 3 de marzo:

Sintiéndolo mucho.

Querido amigo: una vez más la fatalidad se complace al parecer en frustrar nuestro encuentro. Debido a una fuerte crisis de salud, he tenido que aplazar "sine die" el proyectado viaje. La cosa exige atención primordial y exclusiva para una serie de meses. De modo que solo me queda la alternativa de lamentarlo y poner a mal tiempo buena cara. Me parece interesante ese proyecto que me describes, aunque me temo (a mí que me registren) que yo no tengo nada sensacional que contar en esos terrenos. Por supuesto, te mantendré informado acerca de futuras posibilidades. Un buen abrazo. Paco Márquez.

Ni el viaje ni el encuentro ni la filmación llegaron a realizarse. Paco falleció el 14 de junio. Si por lo menos el viaje se hubiese salvado, no importa que hubiese sido después, ello tendría el significado dichosísimo de que Paco seguiría entre nosotros. El que la filmación se hubiese realizado o no, eso era algo que quedaba en muy segundo plano; aunque es verdad que sería hoy un documento de valor importantísimo, un legado cuyo valor para las generaciones del futuro podemos añorar más ahora que sabemos que no lo tenemos. "La fatalidad" pudo con casi todo, menos con las ilusiones, que Paco siguió confiando a los demás hasta el final, de que habría "futuras posibilidades", encuentros, intercambios.

En realidad, no se puede decir que anduviese errado. Posibilidades presentes y futuras sigue y seguirá habiéndolas, gracias a sus libros y a su ejemplo humano, que se quedan aquí con nosotros.

José Manuel Pedrosa (Universidad de Alcalá)

Mark DeSTEPHANO

El estudioso por excelencia

Yo tenía el honor de ser el asistente de investigaciones del profesor Márquez y tenía que reunirme con él prácticamente todos los días durante casi cuatro años. Al entrar a su despacho, uno siempre le encontraba rodeado de libros y de tarjetas bibliográficas, ya que solía escribir todos los días. Una vez entablamos una conversación acerca de lo que significaba ser un profesor de la Universidad deHarvard y yo observaba que debiese haber sido maravilloso enseñar en una institución tan ilustre y tener la oportunidad de poder hacer investigaciones diarias en la gran biblioteca “Widener”, donde se encontraba su despacho. El profesor me miró fijamente y asintió a la afirmación pero con su típica nota de cautela: “¡Cuidado! ¡Cuidado!” me decía. “A veces, cuando escribo, Teresa (su queridísima esposa) tiene que traerme dos o tres cambios de camiseta porque sudo tanto. Ya que soy de Harvard, los demás siempre esperan que yo diga la última palabra en todo. Es una responsabilidad enorme. Hay que dedicarse completamente a la vida de investigaciones”. Y así fue. No había ninguno mejor que el profesor Márquez. ¡Que descanses en paz, queridísimo don Paco; ¡nunca nos olvidaremos de ti!

Mark DeStephano (Saint Peter’s University, Jersey City, New Jersey)

Santiago LÓPEZ-RÍOS

*Francisco Márquez Villanueva en su ochenta cumpleaños
Recuerdo de una celebración*

Entre las palabras que más me impactaron de todas las que tuve el honor de escuchar a Francisco Márquez Villanueva durante el tiempo que tuve trato con él —más de veinte años—, siempre estarán las que pronunció con motivo de un encuentro que un grupo de colegas, discípulos y amigos le habíamos organizado en la Universidad de Harvard para celebrar su ochenta cumpleaños.

Fue el 1 de abril de 2011, unos días después de haberse convertido en octogenario.

La idea de festejar tan señalada fecha con una pequeña reunión en la que, aparte de brindar, se leyesen algunos trabajos académicos para homenajear al maestro, había partido de Luce López Baralt. Gracias a su buen hacer, y al de Luis Girón-Negrón y Ángel Sáenz-Badillos, contando siempre los organizadores con la complicidad de su esposa Teresa, Francisco Márquez Villanueva llegó aquella tarde a Cambridge sin sospechar lo que le aguardaba: unas veinte o treinta personas de su misma Universidad, de Brown, de Wellesley, de Boston University, de España, de Puerto Rico... le iban a demostrar su aprecio, admiración y agradecimiento.

De manera informal, intervinimos varios, haciendo una semblanza del *Geburtstagskind* y ofreciéndole el esbozo de alguna investigación, a modo de homenaje. Recuerdo los discursos de Mary Gaylord, Luce López-Baralt, Ellen Lokos, Ángel Sáenz-Badillos, Luis Girón-Negrón... Yo presenté algo sobre la *Celestina*, una obra especialmente querida por don Francisco, y de la que intercambiábamos impresiones a menudo. Y, por lo que a la semblanza se refiere, terminé mis palabras leyendo y glosando lo que escribió Julián Marías con ocasión del ochenta cumpleaños de Américo Castro, cuya obra fue siempre norte y guía para el homenajeado. A pesar del tiempo transcurrido, y hechas todas las salvedades, mucho de aquellos bellos párrafos del filósofo sobre don Américo se podía aplicar a cómo yo contemplaba a un Francisco Márquez Villanueva que entraba en su octava década:

La pasión intelectual

Yo veo a Américo Castro como una hoguera que encontré ya ardiendo cuando me asomé, hace cosa de treinta y cinco años, a la vida histórica española. Era una llamarada que daba luz, calor, chisporroteos y de vez en cuando una humareda de enojo. Era para muchos doctrina y orientación; para otros, un estímulo; para algunos, un hogar; para cuantos andaban cerca de él, esa inquietante, fascinadora realidad que es un maestro incómodo. Después, hace ya casi tres decenios, se alejó de nuestras tierras, más inhóspitas que de costumbre. Pareció que había cambiado, que había abandonado sus viejos temas y se había vuelto a otros. Creo que no es así: es que el

fuego que primero ardía en la provincia filológica se fue extendiendo, de mata en mata, hacia la totalidad de la vida histórica; las llamas fueron cada vez más altas; los chisporroteos de antaño se iban convirtiendo en crujidos, en fuertes chasquidos de ramas secas y troncos inflamados.

Me conmueve verlo, a los ochenta años, enhiesto, enriquecido de su edad pero no vencido de ella, siempre ardiendo. Américo Castro es apasionado y extremoso; se puede discutir con él interminablemente, sin más medida que la que ponen el cariño y la admiración. La hoguera crepita más y más —es la manera que de alegrarse tienen las hogueras—. La pasión no es rara entre españoles. Américo Castro, más español cada día que pasa, más en California, en Princeton o en Texas que en Madrid, tiene una forma de pasión que pocas veces florece entre nosotros: la pasión intelectual. No le interesa otra cosa; no se irrita, ni se acongoja, ni se entusiasma más que cuando están en juego las ideas, por las cuales apuesta, iluminado, con un definitivo gesto: “¡Va todo!”.

Cuando se hagan las largas cuentas de Américo Castro, surgirán dócilmente sus méritos: su enorme saber, su erudición dramática y no inerte, su capacidad de renovarse y renacer, su curiosidad insaciable y nunca vana. Para mí, sin embargo, en esta hora en que los intelectuales suelen echar a correr cuando ven un problema, lo que más admiro y quiero de Américo Castro es su impavidez, su alegría al avanzar recto hacia ellos, dispuesto a empuñarlos por ambos cuernos, aunque lo cojan —quizá con un secreto deseo de que lo cojan, para gozar de toda la realidad de un problema¹.

Todas nuestras intervenciones fueron una sorpresa para don Francisco, al que, insisto, no se le había puesto en antecedentes. Cuando terminamos, le tocó a él su turno. Hilvanó un hermoso discurso de forma improvisada, no demasiado largo, yendo a lo esencial, emocionado, pero con una lucidez y certeza en la palabra exacta asombrosas. Y siempre con su “pasión intelectual” por España y su cultura como telón de fondo, porque Francisco Márquez Villanueva era “más español cada día que pasaba, más español en Massachusetts que en Andalucía o Madrid”. Nunca podré olvidar cómo evocó su infancia en Sevilla, cómo habló de sus padres, de cómo conoció el hambre y la guerra, de la Universidad franquista, del cómo “se alejó de una España más inhóspita que de costumbre”, de la revelación que le supuso descubrir el pensamiento de Américo Castro, de todo lo que le aportó el mundo académico en Estados Unidos, de sus discípulos... Parafraseando a Julián Marías, en ese instante “me conmovía verlo, a los ochenta años, enhiesto, enriquecido de su edad pero no vencido de ella, siempre ardiendo”. A su lado estaba su esposa Teresa, para quien reservó frases de amor, cariño y agradecimiento entrañables, reconociendo todo lo que le debía en la vida.

Quiso concluir haciendo balance y síntesis de su labor académica y le salió del alma una reflexión socrática sobre su “curiosidad insaciable”, envuelta en franqueza absoluta. Francisco Márquez Villanueva, casi disculpándose, venía a decir que él, a esas alturas de la vida, tenía muchas más preguntas que respuestas, que, no obstante haber sido un trabajador

¹Julián Marías, “La pasión intelectual” *Papeles de Son Armadans* 37, 110 (mayo de 1965): 138.

infatigable, su obra significaba solo un mínimo avance del conocimiento, pues era infinito lo que él aún ignoraba y le faltaba por aprender... El “maestro incómodo” afirmaba todo esto con su aplomo característico y con verdadera modestia, sin perder nunca el acento sevillano, de una forma espontánea, natural, sin caer en el tópico, embargado por el sentimiento, pero sereno y muy consciente de cada palabra que pronunciaba y de cómo se le estaba escuchando. Con la “alegría”, “valentía” e “impavidez” que comentaba Julián Marías de Américo Castro, Francisco Márquez Villanueva asimismo “avanzaba recto” hacia el problema, con el “secreto deseo de gozar de toda su realidad”. Aquello me impresionó vivamente y lo considero lección impagable. Era pura “pasión intelectual” y era también la humildad del genuino sabio.

Santiago López Ríos (Universidad Complutense)

Jaime FERNÁNDEZ

Tengo una memoria fatal, incluso para recordar detalles de mis relaciones y encuentros con amigos. No recuerdo la primera vez que me puse en contacto con Paco, ni cómo ni por qué fue. De Paco recuerdo mi admiración por sus estudios en torno a Cervantes. Sobre todo por “Personajes y temas del *Quijote*”, que tanto me ayudó a apreciar aún más a nuestro gran escritor. Y sentí gran admiración por su investigación en torno a la Escuela de Traductores de Toledo (y también sobre la expulsión de los moriscos), ya que me hizo comprender muchos aspectos de nuestra historia.

Paco me ayudó en mi tarea de compilar la Bibliografía del Quijote. Me sugirió la posibilidad de ver los fondos de Widener Library, la gran biblioteca central de Harvard. Y durante dos meses de un año sabático, con toda libertad, pude acceder cada día tres horas, y recoger un material impresionante, cerca de mil títulos entre estudios y artículos. Si no hubiera sido por Paco, mi bibliografía del Quijote no tendría el valor que tiene ahora. Allí me di cuenta de la sencillez y de la amistad de Paco. Los días de “descanso” él me invitaba a su casa, o me llevaba en coche a tomar alguna que otra deliciosa langosta, o a ver alguna película. Incluso me pidió que tuviese una conferencia; y fue sobre Altisidora. También nos vimos en Tokyo. Nuestra Universidad Sophia le invitó a tener alguna conferencia sobre temas literarios de España. Vino, por supuesto, con su esposa Teresa. Y tuvimos ocasión de ir a ver el gran Buda de Kamakura, de conversar sobre temas paralelos en las literaturas clásicas de España y Japón, y de tantas otras cosas.

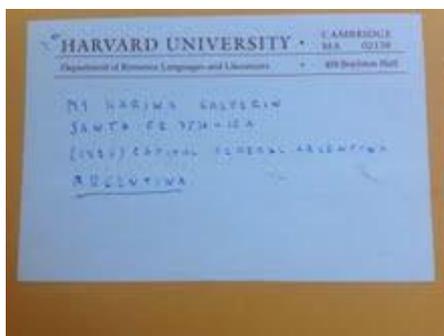
Paco me comentó mucho antes que, cuando se vio “forzado”, en cierto sentido, a salir de España, pasó momentos difíciles buscando el sitio ideal en Estados Unidos. Hasta que encontró su lugar en Harvard. Había sufrido mucho. Pero me dio siempre la impresión de que él aceptaba ese sufrimiento como parte de su vida. Lo cual me ayudó a admirarle y apreciarle aún mucho más. Me hizo recordar las profundas palabras que don Quijote dice a Sancho tras su derrota a manos del Caballero de la Blanca Luna: “*no hay fortuna en el mundo ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos*”.

Jaime Fernández (Sophia University, Japón)

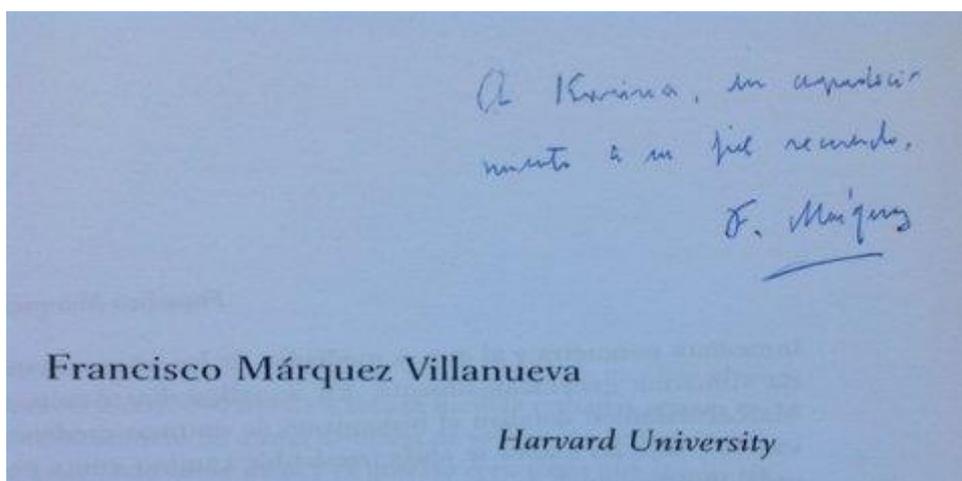
Karina GALPERÍN

Las cartas de Paco

Dos veces al año, desde el 2002, llega a mi casa de Buenos Aires un sobre. A veces grande, otras algo más pequeño, pero siempre con el mismo sello del servicio postal norteamericano, siempre con la etiqueta familiar del departamento de lenguas romances de Harvard. La primera vez no supe qué era. Ya en el 2002, incluso en Argentina, sólo llegaban por correo cuentas a pagar o multas por mal estacionamiento, pero nunca correspondencia privada. Un sobre personalizado, con mi nombre y dirección escritos a mano en letra imprenta prolija, algo infantil en su cuidado por la claridad y el orden, era ya un objeto anacrónico, sebaldiano. En el vértice izquierdo, lacónicas, había dos iniciales: F.M. Así:



Ahora no me acuerdo si me di o si no me di cuenta en ese momento de quién era, pero sí sé que lo abrí rápido, curiosa, como quien recibe algo de un mundo lejano y querido. Adentro había, como iba a haber siempre de ahí en más durante once años, separatas de ensayos de don Paco de recentísima y prodigalísima cosecha. Siempre también en alguno de los ensayos, ahora con letra manuscrita, chiquita, casi ilegible, alguna dedicatoria cariñosa:



Me mandaba artículos suyos, eruditos y apasionados, sobre Mateo Alemán, Cervantes, La Celestina, moriscos y conversos, filología, Andalucía. Había para mí algo voyeurístico en

esas lecturas. Era asomarme a la galaxia Paco Márquez, donde un cúmulo de temas y preocupaciones volvían una y otra vez, siempre nuevos, a veces sosegados y a veces en acalorada polémica con vivos y muertos con los que Paco, como antes Quevedo, discutía seguido. Era asistir a una relación muy personal con la historia, a un involucramiento con el pasado de esos que uno sólo suele tener con su presente.

Yo no fui “tesista” de Paco, pero sí su alumna en varios cursos y asidua visitante de su oficina en Widener. Como casi todos mis compañeros, lo consultaba siempre, lo iba a ver para pedirle bibliografía, conexiones, datos. Y ahí empezó, ahora me doy cuenta, lo que después seguiría por correo. Uno se iba de su oficina con libros, con cosas suyas y ajenas para leer, con la certeza abrumadora de estar recién siempre en la línea de partida, siempre recién empezando con cualquier tema. A veces una iba con una idea totalmente desatinada, a veces con intuiciones correctas apoyadas en datos equivocados. Y Paco ayudaba también con su “No, señorita”, con su “ésta es una interpretación hipercrítica”, con su “esas teorías vienen de gente que no conoce para nada la literatura de España”. O a veces no, y uno seguía con su idea, pero sabiendo que había que sostenerla contestándole a Paco, teniendo en cuenta las objeciones que uno sabía que Paco había hecho o iba a hacer.

Sus sobres a Buenos Aires eran a su modo una continuación de estas conversaciones de oficina, eran para mí nutrientes intelectuales pero también afectivas, eran bibliografía que iba directo a mis trabajos propios pero también eran mis Magdalena de Proust del mundo harvardiano.

Cuando el 17 de junio recibí un mail anunciando su muerte, lo primero que hice fue buscar uno de esos sobres y ponerlo delante de mí, como si la existencia de esos sobres fuera evidencia de la existencia del hombre, como si el sobre sobre mi escritorio hiciera imposible que el hombre no estuviera más.

Karina Galperín (Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires)

Ellen LOKOS

*Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sutil disimio,
y presta ayuda a Apolo
que la tuya es importante.*

Viaje del Parnaso (I, 220-222)

Se nos fue el profesor. Impensable, porque siempre estaba allí, en el salón de clase, en Widener, al teléfono, en casa, dispuesto a ayudar, a apoyar, a animar. Sabio, constante, leal consejero, amigo, mentor. ¿Cómo imaginar la vida sin él, esta persona tan importante, tan influyente, tan querida? Le conocí cuando tenía tan sólo 24 años, recién vuelta a los Estados Unidos de España para empezar el programa de doctorado en Harvard. Me inspiraba reverencia y un poco de miedo, este profesor imponente por su sabiduría, hasta que le había conocido de verdad, y descubrí la compasión, el sentido de humor, la dedicación, la capacidad de cariño, lealtad, y devoción que le distinguía. ¿Cómo podría haber sabido en aquel entonces que su aspecto serio y erudito encubría la generosa ternura de mi futuro mentor y paladín, mi amigo queridísimo, que me cambiaría la vida para siempre?

No tengo inconveniente en confesar que en el momento de conocernos, Paco habría tenido toda la razón en rechazarme como discípula por mi aparente falta de disciplina y madurez. Sin embargo, me incluyó entre los suyos y me dio la bienvenida a su mundo en seminarios sobre el Cid, el Abencerraje, las novelas ejemplares cervantinas y la Celestina. Vislumbró en mí, incluso a los 24 años, algo que no había visto en mi misma; y seguiría fiel a esta visión de posibilidades inagotables y horizontes interminables siempre. Estoy en su deuda por tantísimas cosas, entre ellas, el haberme inculcado con la disciplina, con una ética de trabajo incansable y el imperativo de la excelencia. Me ayudó tantas veces y de tantas maneras que me faltan palabras para expresarlo y vida para agradecerlo. Su fe en mí me impulsaba a lograr niveles en el trabajo y en la profesión que yo jamás habría esperado de mi misma.

El mentor original no hizo tanto para Telemachus como Paco hizo para mí; su contribución a mi desarrollo tanto personal como profesional no tiene cuenta. Muchas veces me preguntaba ¿qué ganaba él con todo eso? ¡Tanto esfuerzo, tanto tiempo dedicado a los estudiantes sin ninguna recompensa por sus esfuerzos!

El profesor hablaba a menudo de nuestra profesión y de la necesidad de la abnegación personal para ejercerla. Dio a sus estudiantes sin restricciones y con generosidad absoluta los regalos más importantes de esa vida: su tiempo, su sabiduría, su cariño y su apoyo incondicional. De los bienes que me ha concedido esa vida, cuento, entre mi familia, la salud, y el bienestar, la presencia de Paco Márquez entre los mayores que he recibido.

La literatura era su mundo. Vivía dialogando con Cervantes y Lope, Calderón, Santa Teresa y Fray Luis de León. Vagabundeaba las tierras del Abencerraje, la Celestina y tantos otros. Dominaba la plenitud y la gloria de la literatura medieval y áurea de manera jamás visto.

Y nadie gozaba tanto del oficio como Paco.

Éramos compañeros en el descubrimiento de los textos y el ejercicio de la creatividad cuando trabajábamos en temas cervantinos. El día que llegué a su despacho de Widener emocionadísimamente por un descubrimiento que me pareció importante sobre el Viaje del Parnaso cervantino, se echó a reír a carcajadas y me dijo: “¡Ahora sí que vamos bien!” Le encantaba ver a sus estudiantes regocijarse con la literatura.

El sitio de los encuentros intelectuales más importantes era el despacho de Paco en Widener. Indeleble para mí son dos imágenes: la de la mecedora y la del "cajón de las maravillas". La famosa mecedora del despacho de Paco era a la vez sede de instrucción, de aprendizaje, de ayuda y de apoyo. El lugar donde los afortunados escuchábamos las historias de Paco, sus teorías y últimas reflexiones sobre la literatura, las explicaciones de ideas que no cabían en el tiempo asignado de la clase. En el lugar del encuentro intelectual y creativo que era el despacho de Widener, había un cajón en el escritorio de Paco, que contenía cosas mágicas. Porque mientras el pozo intelectual donde acunamos las ideas los meros seres humanos a veces se secaba y no daba fruto, el de Paco jamás se encontraba infértil. Por eso, a veces, cuando le visitaba en el despacho y le contaba al Profesor que me faltaba inspiración para escribir, el levantaba la mano, y la acercaba al cajón para abrirlo. Y yo, discípula afortunadísimamente, era el beneficiario en ese momento de lo que estaba escrito en uno de estos papelitos que salían mágicamente del cajón. Esos garabatos contenían, sin lugar a dudas, alguna idea genial que Paco había apuntado en un momento de ocio, pero que no había tenido tiempo de desarrollar en un artículo o libro. El cajón mágico de las maravillas, pozo sin fondo, contenía el derroche de las ocurrencias de este hombre tan generoso como brillante. Compartía con una magnanimidad pura esos tesoros que luego aparecerían como tesis doctorales, libros o artículos de sus estudiantes. Como Cervantes, Paco era "aquel que en la invención excede a muchos".

El nivel intelectual que tenía, incomparable. Su fecundidad, sin par en la profesión. Su legado, claro está, se puede apreciar por sus libros, artículos, y ponencias; pero más aún, en el escuadrón enérgico de discípulos, investigadores, profesores y lectores que él forjó.

Paco me enseñó todo.

Yo sencillamente le adoraba.

Me importaba mucho, como a todos, ganar la aprobación de Paco de mi trabajo; era el sello de calidad que valía más que cualquier otro. Pero el mayor elogio que me dio jamás, que tengo sellado en el corazón, fue cuando me llamó "hija espiritual". Y así me sentía y me siento.

Paco, padre espiritual, profesor, mentor, genio, maestro, querido amigo. Descansa ahora en paz, que tus discípulos continuarán tu trabajo. Tus palabras y tu espíritu se nos quedan para siempre.

*Night with her
Train of stars
And her great gift
Of sleep*

William Ernest Henle

Escrito en el avión, viajando entre Mumbai y Bangalore, a 39,000 pies por encima del nivel del mar arábico. Por ti y para ti Paco.

Ellen Lokos

José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD

Recuerdo de Francisco Márquez Villanueva, andaluz transterrado

De entre las muchas perspectivas y entradas desde las que podemos contemplar la rica personalidad, polifacética y poliédrica, de Francisco Márquez Villanueva destacaría las de “andaluz” y “transterrado”, que para turbamiento nuestro siguen reclamándose la una de la otra con anómala naturalidad. Con esto no quiero decir que Paco Márquez no apreciase Boston, su anclaje norteamericano; muy al contrario, siempre solía decirnos a los cercanos que cuando pasaba una larga temporada en Sevilla –su ciudad natal- o en Isla Cristina –la de su idolatrada esposa María Teresa-, acababa sintiendo sana nostalgia de la urbe de New England que lo acogió en vida, facilitándole el trabajo intelectual, y lo reconoció con las más altas distinciones académicas. Boston: allí donde ahora reposa su cuerpo inerte. Cuando estas líneas estén en la noosfera mediática ya comenzarán a caer sobre su tumba las hojas muertas multicolores del bellissimo otoño bostoniano.

Pero Francisco Márquez, hombre de las áridas tierras ibéricas, donde criar un simple arbusto lleva trabajo y paciencia sin par, no dejó nunca ni en su obra ni en su vida de pensar en español, y tener en el horizonte la particular forma de ver las cosas de los andaluces. Su visión liminal y limítrofe de la historia y la literatura españolas, como la de muchos de sus amigos y cómplices intelectuales, lo llevó a transitar desde Miguel de Cervantes hasta Benito Pérez Galdós, pasando por Francisco de Rojas o Gabriel Miró, y cualquier otro autor que retase su inteligencia, sin respetar encorsetadas especializaciones. Tampoco se atuvo a límites temporales, y frecuentó con holgura y suficiencia desde el ideal medieval del buen gobernante Alfonso X el Sabio hasta los convulsos y agónicos siglos XIX y XX, sin olvidar a los dolientes moriscos y hebreos de la Edad Moderna. En todos ellos, autores y tiempos, encontró puntos inflexivos originales para cuya comprensión completa creía que había que ser en cierta manera “propietario del problema”, no por una oscura razón racial, sino porque era la única forma de intimar con los problemas y de esta forma lograr tener todas y cada una de sus claves interpretativas y comprensivas. No era en este sentido un “hispanista” al uso, es decir alguien externo a las formas y modos de vida hispánicos que a través de una empatía enamoradiza o bien trabajaba, hubiese logrado con más o menos fortuna desvelar alguna parcela del “laberinto español”, como definió a nuestra complicada situación el que sí fue hispanista enamoradizo Gerald Brenan. Márquez Villanueva fue andaluz sin renuncia, pero también fue “transterrado”, manera de señalar de manera más sonora el exilio obligado. El transterrado tiene un dolor lejano, que a fuerza de años se ha ido convirtiendo en un tenue recuerdo, pero que habita profundamente en él cual rescoldo del fuego del hogar. Es un dolor calmo, una cicatriz ya curada que con los cambios de clima recuerda tenuemente lo que la ocasionó. Este recuerdo lejano y vivo a la vez no daba lugar en Márquez al rencor, como sí ocurrió siempre en los viejos exiliados republicanos; era simple recordatorio de la problematidad hispana.

A causa de esa vieja cicatriz, cauterizada sí, pero remembranza ineludible de viejos dolores, Márquez Villanueva salió al encuentro desde muy joven de figuras fascinantes de la

“vividura hispana”, como las Fray Hernando de Talavera, Francisco de Rojas o el mismo Miguel Cervantes, que insinaron caminos distintos de convivialidad, sensualidad y saber vivir que los que finalmente triunfarían en la postrera negra España. Este deseo de salvar de sí misma a una hispanidad doliente y conflictiva le atrajo lógicas amistades; las más significativas en mi opinión la de Américo Castro, que Márquez consideraba su maestro, e igualmente la de Soledad Carrasco Urgoiti, quien a pesar de superarlo en edad lo tenía a su vez por maestro. Pero también tuvo debates muy íntimos y llenos de pasión, como el último que sostuvo con el hispanista galo Bernard Vincent, con motivo de la complicidad o no del pueblo llano con las persecuciones habidas en la España de la Contrarreforma contra las minorías. Él eximía a ese pueblo menudo de las maquinaciones triunfantes y xenófobas de una parte de la nobleza y el clero. Como hombre del exilio Márquez era temperamental y sostenía sus posiciones con firmeza, alzando si es menester voz y pluma. Y como es natural, tenía “enemigos”, que quizás él, de natural discreto, hubiese preferido que llamase aquí “contrarios”. Los mismos sujetos que ahora *post mortem* quizás aspiren a quitarse el fantasma crítico del profesor Márquez de encima haciéndole algún que otro reconocimiento de falsete. Como antes le hicieron a Castro, a Urgoiti y a tantos otros que dejaron su piel sin renunciar por el camino a esa otra hispanidad a la que aspiraban. Pero con eso ya contaba el profesor Márquez Villanueva, de clara inteligencia ornada por la generosidad y la firmeza. Había comprobado su reacción temperamental cuando murió Carrasco Urgoiti en Nueva York hace pocos años: “¡Cuántos buenos discípulos hubiera podido dejar en España si la hubiesen dejado ejercer allí su magisterio!” [me espetó cuando le comuniqué su fallecimiento].

Humanamente era un gozo tratarlo en su querida Harvard. Cuando viajaba siempre lo hacía con la corbata reglamentaria de la institución en la que se lee el lema “Veritas”. Recuerdo que en cierta ocasión en que yo lo había invitado a Granada perdió sin remedio todo su equipaje en el vuelo trasatlántico y tuve que prestarle de urgencia una corbata roja lo más parecida a la harvardiana. Creo que fue lo que más lamentó de aquella pérdida. Por supuesto en la complicidad intelectual entraba también la afabilidad familiar. Era un asiduo de sus amistades en compañía de su querida esposa María Teresa. En ese medio amable el humor y la ironía constituían un disfrute. Recuerdo que conocí a los esposos Márquez con motivo de un congreso en el que yo hablé de las aventuras y desventuras humorísticas hasta la hilaridad de aquel poeta orientalista, casi indigente, que fue José Zorrilla, al que en medio de su miseria se empeñaron en coronar histriónicamente de poeta nacional con una diadema de verdadero oro del río Darro. ¡Cosas de España! A lo que iba: creo que pasaron un buen rato los Márquez con la extravagancia de Zorrilla, síntoma claro de la España negra; desde entonces surgió una corriente de simpatía mutua. Nos unía la ironía.

Transterrado para siempre -esa sí fue una crueldad: nadie le ofreció nada para retornar, me dijo alguna vez- recibió homenajes y reconocimientos en España en los últimos lustros de su vida. Sus seguidores crecieron, y entre ellos tuvo siempre como incondicional de primera línea al gran escritor Juan Goytisolo, quien lo amaba y apreciaba. Sin embargo, como ocurriera con todos los exiliados, en Márquez Villanueva permaneció un poso de asombro: veía España avanzar en el proceso de las transformaciones económicas, e incluso intelectuales, pero seguía comprobando que existían escollos imperecederos creados por viejas resistencias,

labradas a fuerza de siglos, que no quería ceder terreno en el dominio de la vida cultural. A veces dudaba cuando en referencia a su Sevilla natal, la que lo había expulsado a petición de un arzobispo ruin por enseñar a Américo Castro en sus aulas, observaba atribulado el clima acomodaticio de los intelectuales sevillanos, felices con sus copitas de manzanilla y la rutina festera. Entonces en un arranque de sinceridad consigo mismo apostillaba que quizás él “problematizase” las cosas sencillas más de la cuenta, y que no tenía derecho a agriarles a sus conciudadanos la buena vida poniéndoles ante sus narices asuntos inquietantes.

Tuve la ocasión de tratar a Paco Márquez en su Andalucía natal, sobre todo en Granada, donde cuando vivía don Antonio Domínguez Ortiz siempre le rendía puntual visita; tal era su aprecio al ilustre historiador. Allí, en Granada, lo entrevisté en público en un salón de la Universidad. Antes lo había hecho en privado en su despacho de la Widener Library. Las confesiones biográficas de este hombre, que se definía a sí mismo como “del pueblo” –de ahí que no le importase que le llamasen con el coloquial “Paco”-, hechas en las dos entrevistas me impresionaron vivamente. Intercambiamos confidencias intelectuales. En la intimidad psicoanalítica del *vis-à-vis*, se reforzó la amistad. En alguna carta -¡ah, sus cartas de letra menuda!- en las que se empeñaba tozudamente hasta el final en llamarme José Luis en lugar de José Antonio, signo tópico por otro lado de la absorción libresca de su mente, me llegó a catalogar de “mi buen nazari”. Honrado, y abusando de ese afecto en una ocasión le pedí apoyo para una causa laicista, el cual me concedió condicionado a no derivar hacia el anticlericalismo fatuo; reserva que no me extrañó en él. No podemos olvidar que Paco Márquez siempre tuvo predilección por buscar lo que se escondía de racional en la propia Iglesia española, y que suyos eran también los místicos hispanos. En esto coincidía con su amiga también transterrada Soledad Carrasco Urgoiti: ninguna concesión a la demagogia. Márquez Villanueva era pues un “rojo” muy particular, al estilo del escritor republicano Chaves Nogales, que conociendo cuál era su campo no olvidaba ni se engañaba sobre los defectos de los suyos.

Por ello, sin el menor asomo partidista, procuraba entablar conversación con los contrarios. El problema es que éstos no solían querer dialogar con él. Recuerdo su intervención en el congreso que sobre los moriscos se celebró en Granada en el año 2009. En las conferencias de clausura, una de las cuales corría a su cargo, atendió con todos sus sentidos el discurso de un historiador académico de altos vuelos, mirándolo a los ojos sin perder un ápice de sus gestos y palabras. Este caballero una vez que a Márquez le llegó el turno de hablar no hizo ni un solo gesto de acercamiento. No lo miró a los ojos en ningún momento. Yo estaba allí, y doy fe que fue así. Si en la mirada reside el reconocimiento, como quiere el filósofo Todorov, esta anécdota dice mucho del profesor Márquez Villanueva, a la búsqueda del diálogo, y muy poco de aquel otro señor “contrario”, por muy académico y engolado que fuese, bloqueado en su soliloquio casticista.

El combate de Márquez Villanueva, una vez jubilado se libró desde un espartano despacho de la Widener Library harvardiana, en el que estaba rodeado de millones de libros al alcance de su mano, y donde como todo norteamericano del común se llevaba su frugal *lunch* para no perder el tiempo en largos y copiosos almuerzos. Esto no opta para que a su vez

apreciase sobremanera almorzar con los amigos en una freiduría cercana a la Widener, en la que se podía disfrutar un placer gastronómico casi sevillano u onubense: el pescado frito.

Si tuviese que resumir lo que para mí ha sido el trato humano con Francisco Márquez Villanueva diría que además de un amigo, y por ende maestro, siempre encarnó, como ya debe haber quedado patente, la viva imagen de un andaluz transterrado, o sea, de alguien que a pesar de haber vivido feliz y agradecido en su tierra de acogida, como uno más de los *pilgrims* que poblaron Nueva Inglaterra huyendo de las persecuciones de la vieja Europa, no ha dejado nunca de pensar por cuenta propia, en particular en andaluz. Hombre limítrofe que dominaba la lengua y el concepto, deseaba con pasión e ímprobo esfuerzo ayudar a reescribir la narración histórica española. Para él era un trabajo ímprobo, nada fácil. A la magnitud del propósito hemos de añadir que Paco Márquez cuando escribía, ese castellano culto y perfecto, entraba en auténtico trance: me decía que sudaba ya que para él era verdadero trabajo físico el oficio de escribir, esfuerzo del que salía agotado.

Con su muerte muchos proyectos quedarán frustrados, pero nos basta y sobra con lo que hizo, tarea de héroe. Ahora toca divulgar fielmente su pensamiento. Ricardo García Cárcel, último premio nacional de Historia por un excelente libro sobre la memoria española, me había propuesto antes de que Paco cayese postrado por la enfermedad que escribiésemos al alimón un texto sobre nuestro común amigo y su obra. Ahora sin el aliento de Paco será más difícil aunque no imposible. Se trataba no sólo de poner su figura al alcance del público, divulgándola, sino también de continuar su hacer problematizando la historia española, para que finalmente encuentre su encaje intelectual, reconociéndonos en ella colectivamente.

El último mensaje electrónico que recibí de nuestro llorado Paco estaba relacionado con mi nombramiento como académico correspondiente en una veterana Academia española: rezaba un simple y significativo “lo hago mío”. Era halagadora esta comunión. No sabía que ya estaba enfermo, y ahora que está ausente lo valoro más. En los últimos tiempos había perdido su contacto telefónico. Me enteré en París por boca de Bernard Vincent de la gravedad de la enfermedad que lo minaba; durante varios días anduve con su teléfono familiar en el bolsillo presto a llamarlo. No lo hice. Un buen día a través del artículo de Juan Goytisolo en el diario *El País*, nos enteramos los villanuevistas fraternales que nos habíamos quedado huérfanos repentinamente.

Una luminaria, siempre exiliada, nunca aceptada –bien lo sabía él en carne propia-, ha desaparecido de nuestro horizonte. Su obra, nada evanescente *a contrario* de nuestro tiempo, está llamada a permanecer. Empero, a los vivos nos queda sobre todo la experiencia intransferible de su entrañable figura siempre atenta a los detalles afectivos. Paco además de sabio era un hombre emocional, como ya quedo dicho, que siempre tenía un momento para interesarse por lo cotidiano. A veces nos ponía ejemplos de sabios que se habían consumido demasiado entre los libros sin apreciar la sabia nutrición del mundo. Reunidos todos estos pensamientos y sensaciones, una vuelve a imponerse: recalco que mi amigo y maestro Francisco Márquez Villanueva siempre será para mí un andaluz transterrado, de profundo,

pasional y singular humanismo practicado a diario como una religión sensual y vital. — José Antonio González Alcantud (Universidad de Granada)

Pedro M.PIÑERO RAMÍREZ

Recuerdos sevillanos de un cervantista hispalense en el exilio

Cuando Paco Márquez publicó *Trabajos y días cervantinos* (1995) me envió el libro con una dedicatoria que manifestaba, una vez más, su difícil y agridulce relación con Sevilla: “Con el más cordial recuerdo del cervantista hispalense en el exilio”. Todavía en aquellos años sentía el dolor de la distancia forzada de su tierra. Pero su estado de ánimo –soy testigo de ello– fue desde aquellas fechas cambiando en su relación con la ciudad, siempre añorada aunque, eso sí, siempre criticada con el rigor, la sinceridad y agudeza que le caracterizaban. Al paso de los tiempos, Paco Márquez tuvo que ir resolviendo estos conflictivos encuentros y desencuentros con Sevilla.

No había yo comenzado todavía mis estudios universitarios cuando ya supe por sus primos Paco y Pepe Márquez –amigos míos desde la infancia y a los que Paco, que tenía una familia cortita, siempre ha estado muy unido– que un joven profesor adjunto de don Francisco López Estrada había defendido con notable éxito su tesis doctoral; el acto tuvo lugar, con toda solemnidad, en la Antigua Universidad de la calle de Laraña, que había sido Colegio de los Jesuitas en el pasado. Quizá fuera esta la primera tesis doctoral que, sobre estudios históricos y literarios, se presentara en la Universidad de Sevilla, ya que estos actos académicos se celebraban hasta entonces en Madrid. Corría el año de 1958, y, con el título de *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato*, se publicó en 1960. El reciente doctor, meses después de defender su tesis, dio una conferencia sobre esta investigación en la Facultad de Filosofía y Letras, ubicada ya en la nueva sede, la antigua Fábrica de Tabacos. Allí lo conocí, y allí nos enteramos de que dejaba la Hispalense para buscar mejor acomodo en tierras americanas, como así ocurrió en 1959.

La década de los cincuenta del siglo pasado –he escrito en otro lugar con más detalles– no fue nada buena para la universidad española en general, y la sevillana en particular. Las tensiones políticas, aunque aparentemente acalladas, existían, y la confrontación entre unos y otros grupos ideológicos hacía muy tensa la vida académica. El claustro hispalense contaba con reconocidos maestros por su prestigio intelectual y por su talante liberal, pero junto (o, mejor dicho, frente) a ellos había un grupo bastante más numeroso de docentes agresivamente conservadores y fieles al sistema que regía la vida española. Además, era difícilísimo –cuando no imposible– encontrar un puesto en los reducidos seminarios de las facultades, en las que sólo el catedrático podía vivir de su trabajo académico con una cierta dignidad; para los demás profesores, todos prácticamente interinos, la profesión ni siquiera daba para ir tirando de un modo mínimamente llevadero. Quedarse en Sevilla era pluriemplearse en un sinnúmero de clases en academias y colegios privados, para sólo poder dar, de cuando en cuando, algunas prácticas o hacer sustituciones en las aulas universitarias; y sobre todo era luchar, claramente en desventaja y con un resultado que se presumía muy adverso, con la ideología triunfante en aquella España de la Dictadura. Esa ideología en la Hispalense estaba sólidamente representada por el Opus Dei. Paco Márquez, que sufrió un rechazo frontal a sus ideas y planteamientos por parte de los capitostes

universitarios, decidió encontrar mejor fortuna fuera de las fronteras peninsulares, siguiendo la estela de otros –demasiados– hombres ilustres de nuestra intelectualidad que, hacía más de dos décadas, habían marchado, de prisa y corriendo, a buscar una vida menos azarosa en otras latitudes.

Pasaron los años y Paco aparecía, de tanto en tanto, por Sevilla para estar con su familia y ver a sus amigos; se acercaba a nuestro departamento para saludar a don Francisco López Estrada, y allí charlábamos con él. En aquellos años –los primeros de la década de los Setenta– comenzó nuestra amistad, que se ha ido consolidando con el paso del tiempo. La tormenta conservadora estaba amainando, y Márquez Villanueva empezó a retomar relaciones más frecuentes con la universidad hispalense e incluso de cierta responsabilidad académica, pues, en los primeros meses de 1973, impartió en nuestro departamento, para los alumnos de cursos superiores y para sus jóvenes profesores –y yo me encontraba entre ellos–, dos seminarios magistrales, uno sobre Cervantes y otro sobre Lope. Los que asistimos a sus lecciones todavía comentamos aquellas clases inolvidables en las que nos iluminó horizontes imprevistos por nosotros y nos mostró métodos desconocidos, por no habituales, en la interpretación de los textos literarios. Por otro lado, Márquez no dejaba de enviar reseñas y artículos a *Archivo Hispalense*, en cuyos números aparecieron, en aquellos años, hasta seis trabajos suyos. Estaba claro que no había roto, ni mucho menos, los lazos con su ciudad.

Yo pasé el primer semestre del curso de 1973-1974 en Nueva York, como profesor invitado en Brooklyn College; por entonces Paco Márquez enseñaba en *Graduate Center* y *Queens College*. Nos veíamos con cierta frecuencia; alguna que otra vez íbamos a un restaurante japonés de los alrededores de la 41 (a Paco le gustaba la comida japonesa; a mí, bien poco, pero nunca se lo dije), y en un almuerzo en el que nos acompañaba Francisco Ayala, con el que yo compartía despacho en Brooklyn, y Olga Katan, que era en ese momento nuestra anfitriona, salió el tema de las continuaciones del *Lazarillo*. Paco y Ayala me sugirieron que emprendiera la edición de la *Segunda parte* anónima de Amberes (1555) y pusiera al día la escasa bibliografía aparecida hasta entonces. Tardé mucho tiempo en aceptar la propuesta, pero finalmente la llevé a cabo; de manera que puedo decir que es a ellos a quienes debo mis aportaciones en este campo.

Fue también en 1973 cuando apareció su libro *Fuentes literarias cervantinas*, que marcaba, de modo firme, su gran campo de estudio, Cervantes, en el que ha sido maestro incuestionable en las últimas décadas, y lo será ya para siempre. En aquellos meses, muy ilusionado, preparaba su segunda gran aportación sobre la obra cervantina, *Personajes y temas del Quijote*, que vería la luz en 1975. Recién salido este libro, López Estrada nos invitó a tomar un té en su casa, y Paco nos lo regaló; a mí, con dos fotografías: una suya, el original de donde los impresores de la Editorial Taurus habían tomado la que figura en la contracubierta, y otra de su maestro, don Américo Castro, que me había prometido.

Los tiempos estaban cambiando; muerto Franco, la democracia se abría paso, y las universidades, siguiendo una acertada decisión del gobierno, empezaron a recuperar a un escogido grupo de intelectuales a los que se les ofreció cátedras en reconocimiento a sus

méritos incuestionables. Luego de hablar con Paco Márquez, que aceptó –“en principio”, me dijo– mi proyecto, le planteé a Juan Collantes de Terán –por aquellos años se había hecho cargo de la dirección del departamento (López Estrada estaba ya en la Complutense desde 1975), y además era vicerrector de ordenación académica– que hiciera las gestiones ante el Rector para crear una cátedra de Literatura Española para Márquez Villanueva. Fui un gran ingenuo. Collantes de Terán nunca me habló de las gestiones, a buen seguro porque nunca las hizo. Y Paco me anunció que era la última vez (y me parece que la primera) que hubiera aceptado (a decir la verdad, siempre lo hizo con muchas reservas) esta plaza en nuestra universidad. Al poco tiempo, en 1978, Harvard le abrió sus puertas, donde ha ejercido su ejemplar magisterio hasta el final de su vida. La sombra del conservadurismo universitario de nuestra ciudad era demasiado densa todavía, y eso él lo sabía muy bien.

Pasaron algunos años en los que se le veía poco por la Hispalense; cuando venía a Sevilla se reunía con sus amigos, los que formaban un grupo relacionado con el Colegio de San Francisco de Paula, al frente del cual estaba don Luis Rey Romero, que luego, aquejado por la enfermedad, dejaría la dirección en manos de su hijo. Paco Márquez, después de unos años en los Maristas, se había formado en ese centro, que era uno de los pocos de la ciudad donde aún se respiraba el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. Fue, y sigue siendo, un colegio singular, independiente. En sus aulas, en los primeros tiempos de licenciatura, Márquez Villanueva impartió docencia, y la relación que han tenido ha sido, a lo largo de toda su vida, entrañable y de reconocimiento mutuo. El trato que Paco ha recibido de este centro ejemplar lo ha agradecido siempre; baste recordar que uno de sus primeros libros, *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI* (1968), está dedicado a don José Rey, que le inició en el “goce del estudio literario” (son sus palabras) en las aulas de ese centro, y uno de sus últimos, *De la España judeo-conversa. Doce estudios* (2006), está dirigido a Luis Rey Goñi, el joven director que, recogiendo el testigo de sus mayores, rige ahora el colegio.

Yo creo que en la década de los noventa se produjo un cambio significativo en las relaciones de Paco con su Sevilla. Nosotros estrechamos los contactos y nos embarcamos en proyectos de mucho empeño y con desigual resultado: unos salieron y otros, no. La celebración del cuarto centenario de la aparición del *Guzmán I*, que organicé en 1999, la planificamos los dos, aunque él nunca quiso figurar como responsable. Fue un gran simposio que reunió a destacados alemanistas y que se plasmó en una obra, *Atalayas del Guzmán de Alfarache*, que ha resultado de referencia en los estudios sobre Mateo Alemán. En aquellos días del mes de noviembre a Paco se le notaba a gusto: habíamos conseguido reunir en su ciudad, en su universidad, a un buen grupo de especialistas en uno de sus campos preferidos de estudio, al que, a lo largo de tantos años, venía dedicando trabajos que hoy nos resultan fundamentales para conocer a fondo la obra del escritor sevillano. Él y otros colegas, entre ellos Michel Cavillac, me propusieron que me hiciera responsable de seguir convocando estas reuniones y hablamos de la necesidad de editar la obra completa de Alemán. Este proyecto, que ahora está en su fase final de realización, tiene una parte de su prehistoria en aquellas conversaciones.

Por estos años, Luis Rey Romero se estaba moviendo con gran tenacidad a fin de conseguir para Paco Márquez el reconocimiento de la comunidad andaluza, y en este empeño encontré, naturalmente, mi máximo apoyo, así como el de algunos miembros del departamento, que entonces yo dirigía. La constancia de don Luis fue encomiable y dio, finalmente, sus frutos: el Ayuntamiento de Sevilla le concedió la Medalla de la Ciudad, y la Comunidad Autónoma la Medalla de Oro de Andalucía con el nombramiento de “Hijo predilecto”. Era el año 2004. Ahora sí que habían, definitivamente, cambiado los tiempos.

Paco Márquez –me lo dijo en más de una ocasión– empezaba a encontrarse bien en su ciudad, y con la mejor disposición a participar en su vida cultural y académica. Colaboró en la celebración del “Año de Don Juan” (2007), que dentro del ciclo de *Sevilla y sus mitos*, organizó el Ayuntamiento; asistió aportando ideas a varias de las reuniones a las que nos convocaba Juan Carlos Marsé, delegado municipal de Cultura, e impartió, en la Facultad de Filología, un curso monográfico de libre configuración sobre *Tirso de Molina, Sevilla y “El Burlador”*, que fue su colaboración en esta celebración, a la que hay que sumar su participación en los estudios que se publicaron en el Catálogo de la exposición *Visiones de Don Juan* (2010), que había organizado José Rodríguez Gordillo.

De Luis Rey Goñi y de Juan Carlos Marsé salió la idea de crear un centro de estudios superiores hispánicos, que ellos quisieron denominar “Centro Superior de Estudios del Hispanismo *Francisco Márquez Villanueva*”. Paco aceptó el proyecto (no tanto la denominación, pues él prefería –como me comentó– llamarlo *Mateo Alemán*), y me propuso como director del centro, si él iba a ocupar la presidencia. La verdad es que la idea nos ilusionó, y mucho. Contamos de inmediato con la colaboración de Juan Gil, Pablo E. Pérez-Mallaína, Luisa López Grigera, y empezamos a trabajar. Con las indicaciones de Paco Márquez, ahora convertido en mi presidente, comencé a elaborar el proyecto académico del centro: se trataba de programar unos cursos especiales, con una oferta de másteres impartidos por reconocidos maestros del hispanismo internacional; conseguimos el compromiso de Alan Deyermond, Samuel Armistead, Giuseppe di Stefano y José Manuel Pedrosa (quiero recordar que hablé también con Margit Frenk); incluso empezamos a fijar fechas con ellos. Por su parte, Marsé se movía ya para hallar una sede adecuada, que encontró en el complejo de “La casa de los poetas”, que por entonces estaba preparando la Delegación municipal de Cultura. Todos nos entregamos a la labor, y con el proyecto ya definido nos dio el visto bueno el Alcalde, don Alfredo Sánchez Monteseirín, que nos recibió en varias ocasiones para interesarse por él. Pero la economía empezó a dar muestras de sus barruntos desastrosos, los presupuestos menguaron de manera alarmante, y tan ilusionante proyecto se fue al traste. Una pena, pero así pasó.

Antes, en 2005, en el paraninfo de la Universidad de Sevilla, presidiendo el solemne acto el Rector, presentamos el homenaje que le hicimos. Reuní –el Decano de la Facultad y el departamento, en bloque, apoyaron mi propuesta– en dos cuidados volúmenes, bajo el título de “*Dejar hablar a los textos*”. *Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, los trabajos de no pocos de sus amigos y discípulos, que presentaron, en su gran mayoría, colaboraciones en los campos en los que el homenajeado era maestro indiscutible. Rodeado de los suyos,

convivimos unos días con un Paco Márquez feliz y reconciliado con la vieja universidad sevillana. Se le notaba, aunque a veces lo dijera con la boca chica; pero lo decía. Para él fue un acto inolvidable, y para mí también. En sus palabras de agradecimiento nos presentó, de sorpresa y recién sacado de las prensas, su *Cervantes en letra viva*, que me dedicaba con una frase tomada de Eurípides (“El trato con los hombres justos y buenos es un bien más poderoso y fértil que la tierra”), que emociona y coloca en su preciso lugar el concepto que Márquez Villanueva ha tenido siempre de los hombres de bien, y él lo ha sido de modo ejemplar, y su consideración de la amistad, y él tuvo muchos, y buenos, amigos.

En los días en los que preparábamos la presentación de su homenaje, con el profesor Juan A. Carrillo, que era catedrático de Derecho Internacional, hice las gestiones para que se le concediera la Medalla de nuestra Universidad. El Secretario General nos comunicó que, por el momento, no era posible porque estaba en estudio la normativa que iba a regir dicha concesión, pero que le parecía excelente la idea. Con el cambio de equipo rectoral, pasado un tiempo, las cosas fueron de otra manera y yo, que había dejado la dirección del departamento y disfrutaba de un año sabático, no volví a plantear este asunto. Tampoco tuvimos suerte cuando en 2007 un grupo de profesores sumamos nuestras solicitudes para que se le concediera el Premio Príncipe de Asturias, en su modalidad de Comunicación y Humanidades. De todas formas, ya habíamos conseguido que una buena parte de la sociedad sevillana, y andaluza, y, sobre todo, la Universidad de Sevilla, su universidad, reconociera, por fin, su trabajo ejemplar, su magisterio incuestionable y el valor inconmensurable de su obra.

Escribo estas líneas en memoria de mi gran amigo y maestro Paco Márquez, con el mar de Huelva en el horizonte, a dos pasos de Isla Cristina, donde, durante años, Teresa y él tuvieron casa y disfrutaron de los paseos por la playa en unos atardeceres inigualables. Allí nos reunimos más de un día y compartimos el disfrute de unas charlas inolvidables. Nuestro último encuentro fue en mi casa, el 29 de noviembre de 2012. Habían venido a Sevilla a la inauguración de la biblioteca del Colegio de San Francisco de Paula, que llevará su nombre y donde se guarda una buena parte de sus libros. En casa cenamos con María Teresa y su primo Pepe Márquez, el que me había puesto, tantos años antes, en contacto con él. Luego de la cena la tertulia se extendió de lo lindo, y Paco estuvo gracioso, dicharachero y ocurrente, como pocas veces. Se encontraba muy a gusto, y nos animó, con insistencia, a que pasáramos unos días en Belmont con ellos. No pudo ser. Creo que fueron sus últimas horas en Sevilla, pues al día siguiente salieron para Madrid, camino de América, una vez más, la última vez. A los pocos meses me comunicó en un correo, con la mayor serenidad del mundo, las “malas noticias” de su enfermedad, a las que añadía las buenas de la propuesta de su *doctorado honoris causa* por la Universidad de Alcalá de Henares.

Pedro M. Piñero Ramírez (*Universidad de Sevilla*)

Jacobo GUTIÉRREZ

Admirado profesor Márquez:

Amigos y compañeros me piden unas líneas con anécdotas e impresiones sobre su aspecto humano, más que sobre el académico. No me atrevería yo a sintetizar su categoría académica, que es de sobra conocida y admirada en todo el mundo universitario e intelectual, no sólo en Estados Unidos y España, sino en todo el resto del planeta, allá donde la literatura y la historia de España son estudiadas.

¿Que puedo decir de su personalidad, de su humanidad? Pues que está a la altura de su humanismo, e incluso lo supera. Nunca olvidaré aquella primera vista a su despacho en Harvard cuando destinado por el Ministerio de Educación de España llegué a Boston con la tarea de empezar a trabajar en la promoción del español en los colegios de Massachusetts. Corría el año 1999 y llegaba yo a Boston con un consejo del profesor Antonio Garnica, mi antiguo profesor en la Facultad de Filología de la Universidad de Santiago, e ilustre sevillano también: presentarme al Profesor Márquez Villanueva tan pronto pudiese. Desconocía yo entonces su relevancia mundial, su autoridad dentro del hispanismo. Usted me recibió con mucha amabilidad, se interesó por mi futura labor y me animó en la ingente labor que ante mí se presentaba, y en la que trabajaría los seis años siguientes. Nunca le confesé lo mucho que me animó aquel primer encuentro en el Departamento de Lenguas Romances de la mítica Harvard. Muy pronto conocería a una de sus más destacadas discípulas, la hoy reconocida profesora en Chapel Hill doctora Carmen Hsu, que me abrió todavía más los ojos sobre su figura y me mantendría permanentemente al tanto de su devenir.

Recordará, querido profesor, que coincidimos en muchas otras ocasiones: en múltiples actos académicos, en recepciones ofrecidas por los Cónsules Generales de España en Boston, en actividades del Real Colegio Complutense, en reuniones sociales que ofrecía a sus discípulos en su casa de Belmont y a las que amablemente me invitó, e incluso compartiendo mesa en uno de sus restaurantes favoritos de Cambridge.

Me acuerdo con especial cariño de los actos de entrega de la Medalla de Honor de las Casas Consistoriales de Sevilla que se celebró en la Universidad Harvard en 2004. Fue un reconocimiento merecidísimo de su ciudad y resultó emocionante para todos los presentes escuchar al alcalde de Sevilla narrar las virtudes y logros de aquel profesor que dejó Sevilla en busca de las oportunidades que la España de entonces no podía ofrecer. ¡Con qué alegría, justificado orgullo, y gran humildad recogió usted aquella medalla! ¡Qué sentimiento de que por fin su propia ciudad le hacía justicia y reconocía a un sevillano maestro de tantas generaciones de hispanistas de todo el mundo! Lo que más me impresionó de aquel acto, lo que más me enseñó usted, profesor, en todas las ocasiones en que coincidimos, fue el valor de la humildad, humildad que, como usted demostró, no está reñida con la sabiduría, con la brillantez, con la sobresaliente categoría académica y profesional. Ojalá muchos españoles pudiesen apreciar estas virtudes de las que tanto carecemos en nuestro país.

Finalmente, profesor, no puedo evitar una nota más personal en esta breve reseña: el cariño extremo que siempre mostró hacia mi hija Triana Lu, que dejó Boston con nosotros cuando tenía tan sólo tres años. Siempre que usted la veía tenía un gesto de ternura hacia ella ("carita de porcelana", recordará que la llamaba), la cogía en brazos, la acariciaba. Resultaba enternecedor ver a un intelectual de su categoría mostrando ese gran afecto a un bebé tan alejado de lo que usted estudiaba, pero por otro lado tan cercano a su querida Sevilla, aunque sólo fuese por su nombre.

La humildad y la humanidad de un gran sabio es lo que siempre recordaremos de usted, junto a los inigualables estudios sobre España y su literatura. Gracias, profesor, por lo mucho que nos ha enseñado, por lo mucho que seguiremos aprendiendo de usted, de su recuerdo, de sus escritos. Nunca le olvidaremos, siempre estará con nosotros.

Jacobo Gutiérrez (profesor y exasesor Técnico del Ministerio de Educación de España en Massachusetts)

Bryant CREEL

Reminiscencias de Francisco Márquez Villanueva

Ha muerto un gran hombre. Francisco Márquez Villanueva era un genio gigantesco y único del hispanismo y de la crítica literaria en general. Pero no desaparecerá -será una fuente inagotable de conocimiento y de comprensión cada vez más variada y profunda-. Es uno de los estudiosos más intelectualmente perspicaces y valientes (ambiciosos, honrados y finos) que ha habido nunca. Se le echará de menos también como amigo que no dudaba en ayudar como podía. “Estaba allí” para mí (me salvó la carrera), consiguiéndome un puesto temporal en Harvard hace veintitrés años cuando yo apenas le conocía y me vi convertido rápidamente en una cifra más de la estadística del desempleo. Nunca dejaré de sentir humildad y agradecimiento por esa generosidad tan poco merecida. Su pérdida es trágica para todos. Siguen aquí algunas reminiscencias mías de Paco Márquez:

Como gran investigador, era un hombre extraordinariamente bien informado. Quizás por eso tendía a tener ideas bastante definidas. La primera vez que le conocí, me acerqué a él durante un descanso en un congreso en UCLA en 1984. Me presenté a él y le pregunté qué interpretación tenía él del motivo “el mundo al revés” en la literatura del Siglo de Oro. Me dijo: “Hay que entender que la idea del mundo al revés no tiene que ver con nada más que con su significado carnavalesco”. Como yo sospechaba, y llegué a confirmar después, esa idea también tenía toda una serie de serias y explícitas implicaciones sociales y lo que ahora llamamos “políticas” (relacionadas con el reformismo). Una vez, cuando estábamos conversando en un congreso en Davis, yo usé el término “protestante”. Él dijo: “No se puede hablar del protestantismo hasta después de Trento”. No disputé su observación, pero (como afirma Bataillon en la página 174 de *Erasmus y España*) el término “protestantismo” no es más que un sinónimo moderno de lo que en el siglo XVI se llamaba “luteranismo”, y sí se puede hablar, y se hablaba, de luteranismo (y se vio perseguido) antes de Trento. Paco era un crítico de perspectiva fundamentalmente histórica. Quizás una de las razones por las que él y yo nos llevábamos bien era que no bebíamos demasiado de las mismas aguas (aunque no pretendo compararme con él). Yo tendía a ver los sucesos culturales y literarios de España en el Siglo de Oro como comparables con lo que pasaba en otros países europeos (la crisis de la aristocracia, la refundición en términos seculares y metafóricos de ideas reformistas, etc.), pero también reconociendo diferencias importantes entre el mundo protestante y el mundo católico. Para Paco, las tradiciones y los fenómenos más bien exclusivamente peninsulares ocupaban el primer plano. Yo prestaba mucha atención a la teología (lo equivalente a la política en la época), la axiología, la psicología analítica y la lírica amorosa, campos a los que Paco --castrista en el fondo-- dedicaba poca atención. Por eso me interesó mucho que me dijera hace no mucho que estaba preparando una serie de conferencias sobre Cervantes y Shakespeare. No sé si pudo llevar a cabo ese proyecto. Le dijo a Antonio Carreño que yo podía haber hecho más con el aspecto converso de Montemayor. Para mí, buscar rastros de judaísmo en los autores del Siglo de Oro era una cosa que me repugnaba por inquisitorial (me parecía lo último que los mejores de esos autores, erasmistas cosmopolitas que querían evadir todo estigma, habrían apreciado). Por otra parte, las interpretaciones de Paco sobre

alegaciones de identidad conversa en la época no eran nada simplistas. Él reconocía que, en general, esa identidad tenía menos que ver con realidades genealógicas que con maquinaciones del poder monárquico (hasta en el plano de la psicología individual).

*

Como gran historiador, le molestaban mucho las teorías críticas que ignoraban arbitrariamente las realidades sociales. Me dijo que cuando Derrida dio una conferencia en Harvard declarando que “el autor ya no existe”, él se puso de pie y se marchó de la sala como gesto de protesta.

*

Como el hombre genuinamente culto y estudioso tan logrado como auténtico que él era (enfrentó y trataba de superar el problema de explicar realmente las cosas, y se valía de los investigadores que también perseguían esa meta), no le llamaban la atención los honores temporales más allá que para conseguir un trabajo digno de sus credenciales. Si no era miembro de la Real Academia, me sorprende; por otra parte, puedo entender que no haya buscado activamente que le hicieran miembro. Él sabía cuál era el valor de su trabajo, y si otros no se daban cuenta, él no lo consideraba culpa suya. La posteridad es el juez definitivo de las contribuciones culturales, no lo es la idolatría. Él esperaba que Harvard fuera un refugio donde no se cultivaba la fetichización académica, pero vio sucumbir hasta las instituciones más prestigiosas a la peste de las corrientes intelectuales de moda pasajera en una cultura erudita sujeta cada vez más a una escolástica basada en las presiones de mercado. El año que enseñé en Harvard (1990-91) yo no había tenido tiempo de preparar el programa de un curso (sobre el análisis crítico), y lo tuve que hacer sobre la marcha. En ese curso Christopher Maurer había usado *Literary Theory* de Terry Eagleton. Paco me invitó a almorzar, y me dijo, “Enséñales cómo se interpretan los textos, pero no les enseñes crítica doctrinal”. Una vez cuando le dije que yo había enviado un artículo mío al *PMLA*, me dijo: “¿Por qué quieres publicar allí? Yo no publico allí. Esa gente no es más que “name droppers”.

*

Era buen amigo de Paul Bénichou, que cuando le visitamos mi esposa y yo en su casa en París, Paul, hablando de él y su colegas intelectuales, dijo: “Éramos republicanos”. En ese círculo de republicanos sitúo yo a Paco y a gente que yo llegué a conocer en diferentes épocas y que eran amigos suyos: Helena Percas, Jorge de Sena, Sam Armistead, Antonio Sánchez Romeralo, Antonio Carreño, Diego Catalán, Germán Bleiberg, Enrique Martínez López, Stan Zimic, Joe Ricapito, Rodolfo Cardona, José de Pina Martins, etc. También Paco apreciaba mucho a Rafael Lapesa y se sorprendió cuando le dije que yo había participado en un congreso en Toulouse donde se hizo homenaje a Rafael Lapesa. Fue algo que Anne Cruz preparó a última hora para una sesión sobre Garcilaso y que no se anunció hasta el comienzo del congreso. Sé que a Paco, que se consideraba, y era, ante todo filólogo en la tradición de don Rafael, le habría gustado participar en ese homenaje y celebrar a su amado colega. Me dijo una vez que cuando él era joven él y sus contemporáneos en Sevilla tenían que ir a Lisboa para comprar libros de Rousseau. Un día le pregunté en la casa de Joe Ricapito dónde había estudiado y llegado a ser tan increíblemente sabio. Me dijo: “Hice el doctorado en la Universidad de Sevilla, pero en realidad soy autodidacta”. En Harvard, tenía su oficina en la biblioteca. Como Jorge de Sena, era un hombre humilde en el fondo. Una vez nos topamos en un avión en que a él le tocó por casualidad un asiento en la sección de primera clase que él no

había pagado. Le dio mucha risa y vino a donde yo estaba sentado para decir que él no tenía la costumbre de viajar así (en palabras de Jorge de Sena, describiendo a los administradores de la Fundación Gulbenkian, “como gente de estado” [status]). Me escribió cartas de consuelo cuando mi hijo de 18 años se moría de cáncer cerebral. En esas cartas me trató como un buen amigo y me habló de muchas cosas porque sabía que me haría sentirme menos afligido. También, Paco aceptó ser miembro del comité científico de Albatros-Hispanófila Siglo XXI, la colección monográfica que dirigía yo y que yo organizaba de nuevo. Sus juicios sobre proyectos propuestos eran impresionantes y siempre justos, aun cuando severos. En realidad, nunca llegué a conocer personalmente muy bien a Paco (a pesar de que me dijo que le llamara Paco), ni tampoco pasé mucho tiempo con él; pero sí teníamos mucho en común en el plano intelectual. Creíamos ver y tratábamos de describir lo progresista (en relación con la época) en la literatura que estudiábamos, y no reducíamos las cosas a fáciles categorías políticas. En casa de Joe Ricapito, Joe me presentó a Paco mencionando mi libro sobre la poesía religiosa de Jorge de Montemayor. Paco dijo: “Lo conozco –está en la lista de lecturas que doy a mis estudiantes”. Le impresionaba mi dominio del español (para un americano). Una vez en Harvard cuando estábamos juntos y él se paró para hablar en inglés con un colega algo intruso del departamento de historia, Paco usó la palabra “pecheros”. El colega le preguntó cómo se traduce esa palabra al inglés. Él dijo que no lo sabía, y yo dije “tax payers”. Él dijo “sí”, y ve que se quedó impresionado, y a mí me complació parecer momentáneamente omnisciente.

*

En un almuerzo en mi casa en Rhode Island (con Teresa, mi esposa Johnnie, y Antonio y Lilia Carreño), después de que las mujeres habían hablado mucho de joyas, Paco dijo, “Bueno, hablemos ahora de libros”. Yo saqué de la casa (estábamos en el jardín) un códice antiguo, libro manuscrito grande y pesado que me había dado mi madre y que a ella le había regalado su amiga Florencia Zubirri de Pamplona. Era de música litúrgica, como homilías a la Virgen, etc. Dijo Paco que el libro era del siglo XV (dato que confirmó Teresa, que es paleógrafa) y que la música en ese libro era la misma que él de niño y su familia y muchas otras familias, todos aterrorizados, habían cantado refugiados en la catedral de Sevilla cuando se bombardeó Sevilla durante la Guerra Civil. Hace bastantes años dejé ese libro en préstamo permanente en la biblioteca de libros raros en la University of Tennessee.

*

Dijo una vez: “El peor coñac es mejor que el mejor whisky”. Le encantaba el vermut rojo. No bebió otra cosa en una fiesta que hizo en su casa en Belmont. Después de una conferencia suya en un congreso en Davis (organizada por Adrienne Martín, estudiante suya), dijo: “Me gustaría tener ahora un vermut rojo”. No había manera de proporcionárselo en esa institución estatal. También le gustaba la hueva de pescado. Dijo que la comían mucho en Huelva. Yo llevaba a Harvard para Teresa y él hueva y filetes de *blue fish* que yo pescaba de Rhode Island. Creo que alguna vez yo lo había dejado en nuestra nevera demasiado tiempo. Teresa me tuvo que explicar que no conviene dejar el pescado en el congelador por más de dos semanas.

*

Francisco Márquez era un hombre de espíritu independiente y complejo y no poco elusivo (hasta cierto punto, por formal) en el trato personal (dijo una vez, hablando de él y Teresa: “We are cat people” -ver su foto con un gato en la vuelta de su *Lope: Vida y valores*-)

que era sobre todo un estudioso que adhería ejemplarmente a rigurosos criterios de calidad y seriedad académicas. Se podría escribir mucho sobre él, pero lo tendría que hacer alguien que le conociera mejor que yo y lo pudiera hacer con más elegancia y sutileza que yo. Es increíble cómo Paco dominaba hechos y realidades históricos y sociales del medioevo y de la primera época moderna. Aparte de sus conocimientos amplísimos, tenía un sentido tan despierto y vivo del tejido de la vida en esas épocas remotas que constituye uno de los grandes misterios de nuestra época. Respetaba a los artistas que estudiaba y trató de darles todo lo que se merecían. Todo su ánimo se relacionaba con ese mundo, y en ese sentido estaba en contacto con todo un espíritu de rigor y seriedad que (hasta con alguna tendencia autoritaria) ahora resulta, desgraciadamente, cada vez más ajeno a la trivialización e histrionismo “que ahora se usan”. Espero que mis intentos de recordar a Francisco Márquez no hayan resultado demasiado ridículos o ingenuos. Nunca decidí escribir lo que he escrito aquí ni sé cómo lo hice, pero creo que llegué a la conclusión de que sería más fácil para mí que para los que le conocían realmente bien durante mucho tiempo, porque para ellos habría resultado casi imposible elegir de todo lo que sabían qué escribir. Yo tampoco he dicho todo lo que creo saber de él.

*

¡Y hace días ha muerto Sam Armistead! Una vez en Davis, cuando estábamos mi hija Celeste y yo en la calle con Paco y nos encontramos brevemente con Sam, dijo Paco de Sam, “Es lo mejor que hay”.

Bryant Creel (Professor Emeritus, University of Tennessee, Knoxville)

Adrienne MARTÍN

Como todos los que colaboramos en este número de *eHumanista/Cervantes* hemos confirmado durante años, Francisco Márquez Villanueva fue no solo uno de los cervantistas más destacados en la historia del hispanismo, sino un ser excepcional en todos los sentidos. Yo personalmente cuento los años que pasé de doctoranda en Harvard (1981 a 1987) entre los mejores y más satisfactorios de mi vida intelectual. En aquella época tuve la gran suerte de experimentar la docencia, conocer la investigación, y recibir la guía y tutela del profesor Márquez.

Como docente, Paco fue generoso, exigente, correcto y profesional. Siempre disponible en su despacho ubicado entre las estanterías de la biblioteca Widener -una verdadera torre de marfil- recuerdo la tarjeta colocada en su puerta que aseguraba: “All are welcome”. Y sí, Paco siempre tenía tiempo para contestar preguntas, compartir sus vastos conocimientos, alentar, desafiar ideas recibidas, sugerir, o simplemente charlar. Fue en aquel despacho que Paco finalmente aprobó mi tesis doctoral, diciendo acto seguido: “Ahora podemos tutearnos”. Me di cuenta que estudiar con él había sido un rito de iniciación y que nuestra relación había entrado en otra etapa, de colegas y amigos; aunque me costó varios años de insistencia por parte de mi antiguo maestro atreverme a tratarle de tú. Desde aquellos años, siempre pude apreciar la calidez, la enorme humanidad, de este hombre que considero no solo padre intelectual sino amigo de los que hay pocos.

Hace más de dos décadas participé en un número especial de la revista *Anthropos* dedicado a Francisco Márquez y su obra (el número 137, de octubre de 1992), con un breve ensayo sobre su enseñanza, “Francisco Márquez Villanueva y la docencia áurea” (me dijo después que le había gustado mucho lo de la “docencia áurea”). Vale celebrarle ahora como entonces, constatando el efecto duradero de este gran maestro, de su legado.

Recuerdo lo especialmente grato y significativo que fue para mí un curso dictado en la Universidad de Harvard durante la primavera de 1983. Fue un curso del tipo que se denomina definitivo en la carrera del estudiante de doctorado, en el cual no solo descubrí un tema de tesis y libro posterior (sobre los sonetos burlescos de Cervantes), sino también un entusiasmado director de tesis y un tema inagotable para la investigación: Cervantes.

Al verme unos cuantos años después en otro curso cervantino, pero ahora encabezando la mesa como profesora, son doblemente apreciadas y significantes las palabras de una joven estudiante quien, con el *Quijote* en alto, al entrar en el aula vocifera: ‘¡Adoro este libro’. Parecerá de película, sentimental y bonachón, pero tantas de estas verdades no son otra cosa que eso, verdades pedagógicas de reflexivo valor humano. Recuerdo haberme repetido esas mismas palabras muchas veces al terminar una sesión de clase con mi antiguo maestro. Y este entusiasmo y, por qué no, esta pasión por la materia y la profesión docente, es la herencia que nos sigue legando Francisco Márquez Villanueva.

Adiós, querido Paco, con la eterna gratitud y el cariño de tu discípula y amiga, Adriana.

Adrienne Martín (University of California, Davis)

Querido Paco,

Esta carta, la última que recibí de Paco Márquez, tipifica al hombre y al maestro. Es respuesta a un artículo mío que le envié sobre *La Gatomaquia*. Creo que a Paco le gustaban todos los animales, pero los gatos eran los que más le apasionaban desde luego. Me acuerdo de largas conversaciones telefónicas en torno a nuestras mascotas, y en particular de una notita suya muy cariñosa cuando murió uno de mis perros de cáncer. Te mando esta carta porque me parece una lección magistral desgraciadamente inédita sobre el poema de Lope. Creo que a sus colegas y discípulos les podría interesar. Lo que dice al final de Sam (Armistead) me llena de tristeza ya que los dos se nos han ido.

Un fuerte abrazo, Adriana

Carta de Francisco Márquez a Adrienne Martín

22 de mayo, 2012

Querida Adriana:

Muchas gracias por la gratísima sorpresa de ese trabajo sobre *La Gatomaquia*, que ha sido siempre para mí una fuente de infinito goce, y sobre la cual he tenido siempre un proyecto de trabajo aplazado. Ya sabes cómo los seres humanos nos dividimos en tres clases: los que nos gustan los gatos, los que prefieren a los perros y los que no gustan de ningún animal (como ocurría a mi madre). Cervantes disfrutaba con los perros, igual que Lope con los gatos ¡y cómo! Yo he tenido siempre gatos, el último de ellos y el más inolvidable de todos un ragdoll al que por su dulzura e inteligencia casi humana llamábamos Grisel. Solía por las tardes salir a hacer un poco de vida privada por el yard de la casa, que tiene por borde un pequeño bosque, donde tuvo un mal encuentro con un coyote que muy de antes rondaba la casa. Yo no pude verlo, pero escuché los maullidos horrorizados del pobre animal. Solo después de la desgracia y del vacío imposible de colmar, no hemos tenido corazón para darle un sustituto.

Y *La Gatomaquia* es un gran poema, una auténtica joya aún sin valorar. Hemos tenido que llegar a la de Carreño para disponer de una edición en condiciones. Tu estudio hace plena justicia a un aspecto fundamental, como es el de la caracterización femenina de las gatas por no ya un experto en ambos paralelos enfoques, sino por un Lope igual de seducido por la previa fusión vital e indistintamente adentrada de ambas categorías. Más allá y a la vez más acá de toda literatura, Lope y Elena Osorio eran muy de veras un par de gatos cuando (como el poeta nos ilustra) se salían los dos a fornicar no por los tejados, sino en medio del campo. *La Gatomaquia* combina sin esfuerzo, ostentación ni pedantería ni apenas conciencia los acordes de la *Batracomiomaquia*, la épica medieval y la ariostesca bajo el popularismo espontáneo y festivo de la comedia de capa y espada. La presencia enloquecedora de lo

femenino, igualado a la alegría de vivir, como en la maravillosa escena en que las gatas se sobrepasan en algunas libertades para encandilar con su danza.

A mí lo que más me encanta es el aspecto lingüístico de la obra, es decir, el desafío de poner en pie una lengua gatuna, risueña pero también profundamente poética. Yo tengo muchas notas guardadas para un estudio de su maravillosa onomástica. Ahí está el adjetivo *mirlada* como supremo encomio de la sofisticación del mujerío gatuno. Y después, por delante, la sensacional Zapaquilda, con el supremo prestigio de reina universalmente codiciada, es decir una híbrida locura de Helena y de Angélica, a la vez que una tempestuosa Elena Osorio. Con su nombre compuesto del humilde *zape* y su terminación elegante *-hilda*, que la proclama muy en carácter de altiva dama visigoda. La variada fauna de compuestos de *zape*, *gar-*, *cola*, *hocic-*, *miz-*, *-fuz*. La broma del parentesco con los *Marramaos* italianos y de vestirlos a todos de Godofredos *de Bullones*, en un sabroso y variadísimo banquete de golosinas léxicas.

Todo equivale a decir que queda aún mucho – casi todo por hacer y que estamos solo en los comienzos. La deliciosa *Gatomaquia* es una obra muy seria. Yo he tomado muchas notas de tu artículo y en particular te agradezco también la bibliografía. Es fácil estar muy de acuerdo con prácticamente la totalidad del trabajo.

Hace mucho tiempo que no sé nada de Sam y ello es desconsolador. María Teresa y yo estamos bien, aunque inevitablemente más viejos. Un fuerte abrazo, Paco

James T. MONROE

Remembering Francisco Márquez Villanueva

Toward the end of my first year of graduate school at Harvard, where I studied Spanish and Arabic literatures from 1959 to 1964 under a brilliant constellation of stars such as Stephen Gilman, Raimundo Lida, Sir Hamilton Gibb, and George Makdisi—alas, all long since gone from our midst—my fellow students² and I were informed that a brilliant young Assistant Professor, only a few years older than ourselves, named Francisco Márquez Villanueva, would be joining the Department of Romance Languages, where he would teach Spanish literature. When he arrived, we all eagerly enrolled in his course, which was on the medieval period. We were not disappointed, as he proceeded to expound upon the texts included in his reading list, while offering us fascinating and unsuspected insights into the subject.

I, in particular, found his approach to be especially valuable and persuasive. As an undergraduate, I had studied for three years, from 1956 to 1958, with Américo Castro, at the University of Houston, which he visited after his retirement from Princeton. From Don Américo, I had come to appreciate the great influence that the Arabs had exercised on the Iberian Peninsula during their eight-hundred-year rule. This had enticed me into the study of Arabic, which I had begun with a Fulbright scholarship to the Université de Toulouse, from 1958 to 1959, and which I was now continuing at Harvard. Hence, as soon as I enrolled in Márquez's classes, I immediately realized that I was in a sympathetic environment, insofar as Márquez too, was fascinated by the uniquely Semitic dimensions of Iberian culture, and proceeded to encourage and support me in my goals. It should always be kept in mind that those were also the years in which a pan-Hispanic war, in which the Semitic influence was a subject of heated debate, was being waged between the partisans of Castro and Sánchez Albornoz.

Márquez was not the only person in his family to encourage his students. So was his wife, Doña Teresa. At one point during my stay in Cambridge, I moved out of the Harvard dormitory where I had been living, and took up residence in a "cooperative house". There were seven of us living in that house, ranging from an elderly, and very liberal lady named Florence Luscomb, who bore the distinction of having been the first woman granted admission to MIT, to myself, the youngest member of the establishment. In that house it was the duty of each resident to prepare a dinner, once a week, for the entire household. Such a division of labor meant that one was able to sit down, for the remaining six days of the week, to enjoy a meal pre-cooked by someone else. But alas, I did not know how to cook. When Márquez heard of my plight, he informed his wife who, in turn, invited me to dinner, asking me to arrive an hour early. When I did so, Doña Teresa led me into the kitchen and proceeded to show me how to prepare a delicious Spanish *tortilla*. Her kind efforts on my behalf continued for some time, until I had mastered several recipes, including *paella*. Thus, I was

² Among whom were Donald Larson, Michael Ruggiero, George Shipley, and others.

able to regale the members of my “cooperative house” with an impressive array of Spanish dishes. I shall always be grateful to Doña Teresa for her kind efforts on my behalf.

Toward the end of my stint as graduate student, the Márquezes’ visitors’ visa, with which they had gained entry into the USA, expired. All efforts to renew it were rejected by the State Department so that they were left with no option but to leave the country. In this bind, Márquez was offered a position in Canada, at the University of Vancouver, which he accepted. Before leaving, however, and when the academic year was almost over, Márquez summoned me to his office. There, he explained to me that, within two weeks, he was scheduled to teach in the Spanish program at the Middlebury College’s Summer School, adding that, since he had to leave the country at the last minute and was, therefore, unable to meet his commitment, he was appointing me to take his place. The courses he was scheduled to teach were (1) The History of the Spanish Language, and (2) Spanish Phonetics. I was both moved and overwhelmed by his decision; moved by the fact that he thought highly enough of me that he would want me to take over for him, and overwhelmed by the fact that I knew nothing about phonetics, be it Spanish or otherwise. When I expressed my misgivings about the latter, he handed me a book,³ and informed me that I had two weeks in which to master the subject, adding that I was to come and see him on a regular basis, so that he could teach me the basics of phonetics.

In this way, I went to Middlebury, whose Summer Spanish Program was, in those days, directed by Francisco García Lorca, brother of the poet. There, I taught my courses, and was invited back for three years, during the last of which, I met my wife Juliane, who was a student there. We were married and came to California.

The Márquezes were eventually able to re-enter the USA, and returned to Harvard. Despite the great geographic distance that separated them from us, we were able, for many years to keep up a warm relationship that gradually evolved from that of teacher and student to the more unusual one, in academia, of friend and colleague. On one occasion, my wife and I along with Márquez and Doña Teresa attended a conference held in Santander, and took advantage of the occasion to go on a sightseeing tour of the surrounding area, after the conference was over. On another, we drove from Berkeley to Los Angeles to attend a conference in his honor, organized by Carrol Johnson, at UCLA and, along the way, we visited a number of Spanish missions, about which Márquez had many interesting comments to make. In 2002, we met again in Cambridge, at another conference organized in his honor, and in 2003, I was able to convene a conference in memory of Américo Castro, in Berkeley, where Márquez delivered a paper with his accustomed brilliance. Over the years, we kept up a lively correspondence about subjects of mutual interest. A major one had to do with the Arabic dimensions of Spanish culture. Just a few years ago, he personally inspired me to write an article on the *Libro de buen amor*, in which his contributions to the subject are

³ Tomás Navarro Tomás. *Manual de pronunciación española* (Madrid: Casa ed. Hernando, 1932).

highlighted.⁴ After the article appeared, and I had sent him a copy, he wrote me a most moving letter to express his approval, and then telephoned to convey the same message in a more personal way, as was always his wont. That was the last time I heard from him. With his departure, it suddenly struck me that all my beloved professors, both in Arabic and in Spanish, are now gone. One can only hope that one has not failed them.

James T. Monroe (Professor Emeritus of Arabic and Comparative Literature University of California, Berkeley)

⁴ “Arabic Literary Elements in the Structure of the *Libro de buen amor*” *Al-Qanṭara* 32:1-2 (2011): 27-70; 307-332.

Julieta Victoria MUÑOZ

Todos los alumnos lo aplaudimos: contentos y puestos de pie

Comparto con el lector algunos recuerdos de cuando era estudiante en el departamento de *Romance Languages and Literatures* de Harvard, su contar es breve, y va con ellos un guiño de ojo al vuelo del tiempo ya que no ha podido borrarlos de la memoria del corazón.

Había decidido no presentarme a los Exámenes Generales (*circa* 1993) y un día antes, luego de reunirme con Mary Gaylord, mi directora de tesis, ella me pidió que, antes de tomar una decisión final, conversara con Márquez en su oficina; él me estaba esperando, me dijo Mary. Fui, toqué tímidamente la puerta de su oficina en Widener, me miró con benevolencia, -pienso ahora-, me convidó a sentarme y empezó a recordar experiencias de su vida en las que tuvo que sobreponerse a sí mismo; recuerdo una en Canadá; lo escuché, atenta y sorbiendo cada una de sus palabras y sus gestos (miraba siempre sus manos -yo, no él-); charló largo rato, me restauró la confianza en mí misma al comunicarme lo que pensaba el departamento de mí. Su sonrisa fue afable, lucía muy distendido y cómodo con la tarea que realizaba, me miró siempre a los ojos, y creo que al salir de su oficina hasta una palmadita me dio en el hombro, y recordó mi primer trabajo en uno de sus cursos: *Quijote*. Salí contenta, y decidida a presentarme, con entusiasmo, al examen, y fui directo a mi apartamento en Harvard Street donde me enclaustré por horas largas a repasar.

Desde Puerto Rico, los que entramos ese año (1989) a Harvard, Richard Rosa y yo, conocimos los cuentos de las pruebas cortas de comprobación de lectura en el curso *Quijote* que impartía Márquez, y sabiendo esto, en nuestros *stalls* del sótano más abajo en Widener, crucificamos los libros con marcas de los objetos e incidentes, así como de los nombres de cuanto personaje y artefacto aparecen en el *Quijote*. El detalle era importante, pero a mí se me olvidaron el nombre de la cabra y el incidente de los galeotes.

Estábamos asustados, todos, pero deseosos de saber qué nos preguntaría. Y contestamos, salimos bien, una mañana en un salón de la planta baja en Sever, y esa fue una de nuestras iniciaciones, quizás la primera, a los estudios del departamento de *Romance Languages and Literatures* de Harvard: de la mano de Márquez.

Su fin del curso *Quixote* se produjo una mañana de copiosa nevada en Cambridge, cuando luego de escuchar sus palabras todos los alumnos aplaudimos, una y otra vez y puestos de pie, muy contentos por la travesía que acabábamos de terminar de la mano y la voz de Márquez. Comenzaba en ese momento el camino de la tesis, y luego la lid en el mercado laboral.

Del curso: *Libro de buen amor* y *El conde Lucanor*, asoman persistentemente a mi recuerdo las serranas y el *Intelectum tibi dabo* con el Arcipreste, y el cuento de las perdices con Don Juan Manuel y Patronio; ambas instancias de lectura y discusión en clase me traen a la memoria la voz de Márquez en este curso en el cual me matriculé en 1990: fueron dos

presencias textuales que significó, entre otros, en los dos textos que nos introdujo con la pasión y sencillez que admiramos siempre en sus clases.

Al conocer de su muerte, por un mensaje de texto del compañero de estudios de Harvard en esos tiempos, Rafael Burgos Mirabal, me entristecí y le agradecí a la vida haber sido su estudiante en estos dos cursos. Lo escogí a él (Medieval) para que fuera miembro de mi Comité de Exámenes Generales, junto a Mary Gaylord (Siglo de Oro) y Luis Fernández Cifuentes (Contemporánea) y nunca olvido sus generosas palabras cuando me estrechó la mano al terminar el luengo examen. Vive en mi memoria ese estrechar de manos: cálido y lleno de fuerza, un ritual de cierre del ciclo de estudios doctorales.

Mi pensamiento, a veces, revolotea en esos prados imaginarios donde también están los galeotes, las perdices, las serranas, y la voz de Márquez guiándonos el camino y recordándonos la noción de *Adab*, en el salón de Boylston.

Y Teresa a su lado, siempre; así también lo recuerdo.

Julieta Victoria (Escuela de Artes Plásticas de Puerto Rico, Viejo san Juan, Puerto Rico)

Rafael BURGOS

*Homenaje afectivo a Francisco Márquez Villanueva,
o la ética de la vocación*

El mío no ha de ser el testimonio panegírico convencional del discípulo conocido por haber continuado escuela *sensu stricto*. Por el contrario, soy seguidor del ejemplo magistral de manera muy traslaticia, indirecta, o aun quizás meramente evocadora, antes que directa y reconocible a través, digamos, de aportaciones académicas a las culturas hispánicas de los siglos bajomedievales y áureos. Aunque sí fui discípulo formal suyo durante más de una década (1986-1997). Salvo la tesina del *Bachelor's*, actualmente archivada en la biblioteca universitaria, no hay rastros “fehacientes” de haber profesado fervoroso discipulado. En mi caso, los “cuasi” rastros, si se quiere, discurren más bien por dimensiones interiores, las relativas a como habito mis vividuras laborales, echando mano aquí, y apta la ocasión, confío, de la conceptualización de Américo Castro, la cual siempre me ha parecido fecunda y precisa para encuadrar tantísimos fenómenos humanos de ayer y de hoy. Es decir, la impronta dejada la constituyen actitudes fundamentales ante la razón de ser de la docencia, del estudio y del servicio a los demás en mis comunidades, tanto las universitarias como las sitas allende el claustro. Éstas son actitudes que he cultivado en no poca medida gracias al ejemplo cotidiano suyo, muy quedamente acrisoladas al calor de mi primera y segunda formaciones universitarias bajo su dirección. Nunca lo he hecho, de modo que espero por primera vez poder dar fe de tales actitudes brevemente en los párrafos que siguen.

Actitud ética fundamentada en una labor de amor. Dar de sí generosamente parece ser la siembra que con mayor probabilidad germina en alguna cosecha humana, con la promesa de ser ésta generadora a su vez. Era estudiante de química y de segundo año, *college sophomore*, cuando quise cursar como asignatura suplementaria su seminario doctoral avanzado sobre aspectos de la comicidad en la literatura bajomedieval peninsular (de Castilla, desde luego, pero allí también trabajamos las *cantigas de escarnho e de maldizer*). Un día, la querida Verónica Cortínez, estudiante doctoral avanzada con quien ya había cursado un par de introducciones panorámicas a las literaturas y culturas hispánicas, me presentó al profesor. Yo con muchísimo miedo de novicio sentí de pronto que mi osadía resultaba en efecto bastante inusitada para él. El profesor, con una gravedad a la cual no andaba yo aún del todo acostumbrado, quiso confirmar si verdaderamente andaba con las ganas necesarias para estudiar arduamente y en profundidad durante ese semestre. Mi asentir como respuesta a su pregunta constituyó el abracadabra iniciático para entrar en contacto con sus legendarias facultades formadoras. Y también fue la oportunidad para poder ir mostrando de mi parte el interés que desde entonces a su vez lo motivaba a él a invertir en mí con generosísima intensidad un enorme caudal formador a lo largo de lo que terminó siendo un período de once años. Al semestre siguiente de aquel seminario, decidí dejar los estudios de química para abrazar las ciencias humanas más de inmediato (originalmente tenía intenciones algún día de “profesar” la historia y la filosofía de las ciencias). El compartir recursos intelectuales motivado por un interés intrínseco en la comprensión de fenómenos de la disciplina fueron las primeras lecciones tanto de amor al conocimiento como de amor por hacer disponibles los

recursos en nuestro haber para aquéllos que a su vez muestran el interés y los talentos con que realizar, en su momento, buenas obras más adelante.

El trabajo académico es la vocación por querer comprender y compartir los frutos de dicha comprensión. Otra gran lección, muy vinculada a lo anterior, ha sido el intentar encaminar la vida profesional como vocación. *Intentar*, puesto que tal cosa resulta cada vez más difícil de lograr en nuestro mundo, una actitud que cada vez se proscribe por considerarse más herética y peligrosa, si se quiere, conforme los quehaceres universitarios (y muchos otros que no lo son) se instrumentalizan, por imperativo social. Fue en el verano de 1986 cuando le escribí la carta en que le avisaba que me comprometía a seguir la carrera de letras bajo su supervisión, dando así mi salto desde los estudios físico-matemáticos. En su respuesta ya me anticipaba que no me esperara “un caminito de rosas”, pero que aun así se alegraba muchísimo de poder considerarme alumno suyo. Y con humor ya me sugería que además fuera preparándome para asumir votos de relativa mendicidad en lo por venir (!) El “hacer carrera” no satisfaría como guía de motivos para seguir este camino arduo y aun ingrato a veces. Con los años, su ejemplo me persuadió de que el papel de estudioso “profesional” no era tanto un asunto incentivado por medidas extrínsecas como por el profesar intrínsecamente la actitud vital de querer esclarecer los fenómenos humanos, y en nuestro caso específico por vías histórico-culturales.

Actitud ante el deber comunicadoren la exposición. Corolario de lo anterior, me ha parecido siempre su voluntad de estilo, no tan solo en su prosa escrita sino también en la comunicación de viva voz, en las aulas, de todos aquellos asuntos de interpretación histórico-literaria que suponían no pocas complicaciones, y el alumbrarlos, meditada y pausada disquisición. Era como si venerara la claridad comunicadora con su palabra, cualquiera que fuese el medio sociolingüístico que la ocasión precisara: ensayo o capítulo, conferencia pronunciada, lección dictada, discusión y calas llevadas más informalmente. Siempre sentía yo que en él se aunaban no solamente el afán por comprender fenómenos de que tenemos noticia y evidencia sobre todo por vía de obras escritas, o de cultura oral fijada en las variantes textuales, de la tratadística auxiliar, en fin, de palabras, comunicación e ideas, sino también el prurito estético por hacer óptima en todo momento la forma, el propio medio expresivo, es decir una praxis cultivada del estilo expositivo elegante, que a mí se me figuraba iría guiada por alguna oculta idio-ciencia con su teoría y sus métodos implícitos.

“De eso se trata nuestro quehacer: de establecer conexiones”. En el verano de 1988 comenzaba a trabajar en mi tesina de licenciatura. Supervisado por “el profesor Márquez” (a quien nunca pude llegar a llamar *don Paco*, y ni jamás pensar en *Paco* a secas), esbozaba las bases generales para reconstruir corrientes de pensamiento averroísta en regiones del Occidente bajomedieval (Francia, Italia y España). Él me transmitía la urgencia de realizar tal trabajo de arqueología sociocultural para poder abordar la interpretación, en *La Celestina*, de algunos de sus aspectos conceptuales de fondo (y anómalos desde luego para la historiografía de entonces, la cual solía ubicar buena parte de la producción literaria medieval y áurea en coordenadas disciplinares de capacidad interpretadora y perspectivismo disminuidos). “Aun cuando debamos partir de alguna disciplina humanística (pongamos por caso la de letras), la

actitud que habremos de cultivar será siempre la transdisciplinar”. Es decir, que como principio *ético* de metodología fundamental, en lo que atañe a la interpretación de fenómenos humanos en el tiempo, siempre habría de adoptarse una amplitud de miras transdisciplinar, y sobre todo cultivar y ejercitar constantemente la facultad suprema del conocimiento histórico-cultural: la imaginación interpretativa. ¿El método? Siempre apoyarnos en un riguroso ir y venir entre la inducción de claves sensatas para el mejor alumbramiento de obras significativas del pensamiento (el cultivo de la hermenéutica de la sospecha, diría Ricoeur), por una parte, entroncándolas tanto diacrónica como sincrónicamente con los sistemas, o las clases, de textos auxiliares que nos han quedado, y, por otra, la justificación de tales claves e imbricaciones de ideas en tradiciones y contextos sociohistóricos esbozados, si no reconstruidos, con la mayor minuciosidad que tengamos a nuestro alcance como investigadores.

Y como siempre nos recordó, acogerse a dicha modalidad transdisciplinar como principio metódico es, por demás, harto desafiante institucionalmente (ya al margen de las mentalidades forjadas), y de ahí los no pocos escollos que supone la adopción con conciencia de la actitud *marquecina* para con otros proyectos y campos del saber. Hoy día, fuerzas mayores hacen que la academia occidental vaya relegando al olvido tamaño imperativo ético, el del estudio de lo que fuimos y somos, o del por qué y del para qué preguntarnos tales “descabellamientos”. No hay más que mirar cuántos campos del saber hay (en las ciencias sociales y naturales, sobre todo) en que se lo considera *antiacadémico*, un ejercicio interpretativo desacreditado si no ocioso, el adoptar una actitud de seria veneración a la comprensión plurivalente de los fenómenos humanos, culturales y sociales en el tiempo. Salvo las ciencias humanas que directamente traten el pasado, o lo consideren como significativo, o aquellos otros campos que sigan estando de base animados por indagaciones de tipo arqueológico o genealógico, las conexiones que el profesor Márquez consideraba como medulares caen en peligroso desprestigio institucionalizado, de conformidad con la economía política imperante, la que nos delimita las condiciones del pensar y del quehacer académico de la manera como presenciamos esas realidades cotidianamente, y ya naturalizadas, casi sin darnos cuenta. Nos define las consabidas jerarquías de lo que debemos saber así como los encasillamientos que dictan lo que puede ser cognoscible, lo que será digno de conocerse preferentemente y los métodos legítimos para acercarnos a las cuestiones prestigiadas, en detrimento de la integración de los saberes, ésta orientada a contemplar los “adónde vamos” y “de dónde venimos” rubendarianos.

En poco, que mi apreciación de la vida del profesor Márquez fue la vivida como vocación devotísima. Todo se afianzaba en el amor y de ahí que pudiera hacer labor de amor y suscitarla en otros, darse como se entregó tanto al campo como a la forja discipular mediante el ejemplo, creo que esto último sin habérselo propuesto nunca, como sucede en los casos excelsos. Pues de esas actitudes bien orientadas intentamos beneficiarnos otros y al mismo tiempo continuar profesándolas en nuestras circunstancias traslaticias del presente, y en la medida en que tales circunstancias nos lo permiten, muchas veces a contracorriente.

Me vi precisado a colgar hábitos (le dije que sería de manera temporal), a suspender los votos de vocación a la reflexión y al estudio formal, por circunstancias que en mi caso siempre he visto como mayores. Años después le regalé una tortuguita de arcilla. Con ello quise comunicarle que los caudales invertidos en mí no se habían perdido para nada, sino que se iban trasformando, transmutando lentamente, según me reorientaba en mis próximos espacios vitales, y que, como la tortuga esópica que alcanzó la meta, no obstante lo lento que en su caso le era hacedero, a mi manera también confiaba en la posibilidad de que todas esas actitudes volverían a dar renovados frutos en su momento.

Rafael Burgos

Aurora EGIDO

Francisco Márquez Villanueva y el blanco de su escritura

“Y es como el gusano de la seda,
que labra casa donde al fin se queda”.

(Anónimo, *Coplas en loor deste monesterio de San Lorenzo el Real*)

De Francisco Márquez Villanueva, hijo predilecto de Andalucía, que falleció en Boston el 15 de junio de 2013, destacan multitud de trabajos que abarcan todo el arco de la Historia de la Literatura Española, aunque se centrara particularmente en el Siglo de Oro y en los cuatro puntos cardinales de los conversos. Entre las dos orillas del Atlántico él estableció un puente de sólidas palabras que circuló siempre en dos direcciones: el de la Filología y el de la Historia, sin que faltara nunca, para tan largo viaje, un sustrato personal, que, como en una buena parte de los trabajos de su querido Américo Castro, convertía la erudición en algo vivo e incluso vivido.

En 1991 Francisco Márquez y Mary Gaylord organizaron en la Universidad de Harvard un Simposio Internacional sobre Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, que se publicaría cinco años más tarde (Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1996), con una aportación del propio Márquez sobre “Fray Luis de León y el Monasterio de San Lorenzo el Real”. Su lectura no sólo me ha servido para evocar unos días deliciosos al lado de un río al que “llamaban Carlos”, como decía el verso de Dámaso Alonso, sino para volver a recorrer unas páginas que son un estupendo retrato de su autor. Pues, efectivamente, estas se alzan como una sólida aportación donde se unen la documentación exhaustiva, el rigor científico y la intensidad de una prosa clara y precisa que se va cargando poco a poco de fuerza para arrastrar nuestro interés hasta el punto final.

Como siempre ocurre con sus trabajos, la elección no es inocente, sino provocada por la llamada de un tema controvertido lleno de luces y sombras. Márquez Villanueva despliega para ello el amplio mapa de fuentes que lo circundan, tratando de revisar los documentos a nueva luz, para descubrir la realidad histórica oculta bajo las pompas de un lugar tan loado por la bibliografía al uso. Se contrasta así la magnificencia de tanta maravilla con el dispendio económico que representó para la sociedad española de su tiempo la erección de San Lorenzo el Real. Como recuerda Márquez, Quintana lo calificaría siglos después de “infamia del arte y de los hombres”, aunque ya en su tiempo fuera objeto de críticas, que conocía muy bien, por cierto, el propio Felipe II. La Literatura se hizo eco tanto de la corriente laudatoria como de la satírica, mostrando hasta qué punto son las palabras las que perpetúan o destruyen en cierto modo las fábricas del arte.

Fray Luis de León no perteneció a la saga de quienes ensalzaron el magno edificio escurialense, sino a la familia erasmista, que no veía con buenos ojos “la fiebre constructora de su época”. Pero hay más, Márquez enfrenta al agustino con la figura de un rey que se alejaba de los valores de paz y concordia, interpretando una soterrada crítica del monarca en *De los nombres de Cristo*, donde consideró falsa su prudencia. Sin entrar en el menudo de los

ataques de Márquez contra las tergiversaciones luisianas del Padre Félix García, lo cierto es que va desmontando paso a paso sus argumentos para demostrar cómo El Escorial se convirtió en símbolo de una tiranía que atraería finalmente la cólera divina. Los argumentos de fray Luis ofrecían, a su juicio, un ataque constante a la política de Felipe II e incluso añadían sal profética sobre la futura extinción de la casa de Austria.

Para Márquez, los textos de fray Luis relativos a El Escorial probaban no sólo el reflejo de alguna venganza personal, sino la inserción del autor en los problemas de su tiempo, desmontando el perfil del agustino elitista y aislado del mundo. Lejos de ello, el agustino trasladaba el sentir de un pueblo que estaba muy lejos de aplaudir los fastos y gastos representados por aquel edificio émulo de todos. Pero el crítico sevillano estuvo, en este caso, más prudente que el rey al que juzgara negativamente fray Luis, ya que no trató de terminar su lección escorialense con una sentencia firme sobre el monarca o sobre el poeta, sino, como él mismo dice, de “iluminar la realidad de una España mucho más compleja de cuanto se viene imaginando”.

Esa y no otra fue su tarea de historiador y crítico de la Literatura Española, entrando a analizarla siempre en campo abierto con la fuerza de la razón, pero también con la de la pasión de quien no sólo pretendía analizar los textos, sino revivirlos.

Según dice fray Luis de León en el Libro Primero de los *Nombres*, “*Camino* se llama en otra manera la profesión de vivir que escoge cada uno para sí mismo, y su intento, y aquello que pretende o en la vida o en algún negocio particular, y lo que se pone como por blanco”. Desde el principio Francisco Márquez Villanueva supo de las dificultades para avanzar por la escondida senda, pero también de la necesidad de saber, con claridad meridiana, el objetivo hacia el que encaminaba sus trabajos y sus días. Toda una lección en la que se enlazaron indisolublemente vida y obra.

Aurora Egido(Universidad de Zaragoza)

Luis REY GOÑI

Biblioteca de vida

La inconfundible crestería de Widener despunta contra el cielo cuando vamos avanzando por Mass Ave -con el dolor ahondando su también característica garra en las entrañas-. Se diría que aquella percibe, majestuosa, cómo los recuerdos bullen, asaltan la mente en esta triste hora: y que desea unirse al pesar por la definitiva ausencia de uno de sus inquilinos más ilustres.

Ilustres... y devotos. Escuchar a Paco Márquez hablar de la biblioteca de Harvard era compartir una experiencia rayana en lo místico. Visitarla con él constituía un doble gozo. Primeramente se sumergía uno en el intrincado y maravilloso mundo de sus galerías, pasadizos y secciones; se extasiaba ante el tesoro de los fondos bibliográficos; se asombraba por la persistente determinación, la amplitud de miras, la generosa ambición de poner al alcance del investigador todo lo que pueda ser de interés y utilidad para el avance del conocimiento. Pero al tiempo se desgranaban anécdotas, vivencias, reflexiones de quien tantas horas pasó entre sus muros.

Uno de los episodios que con más fruición contaba se refería, justamente, al tiempo en que se encargó de los pedidos en lengua española del Department of Romance Languages. “Pregunté cuánto podía gastar y, pese a lo rigurosa que es Harvard, no logré una respuesta clara; me dijeron simplemente que decidiera lo que había que comprar. Así que yo me dediqué a adquirir todo lo que veía de interés. La verdad es que lo hacía con una cierta aprensión, porque estaba gastando mucho dinero”, decía con esos ojillos pícaros que ponía cuando iba a sorprender a su interlocutor. “Hasta que un día me llamaron al despacho del Director – y yo me dije ‘¡Ya está! Llegó la reprimenda’. Allá que fui, un tanto cariacontecido, con mis excusas preparadas”. En este punto uno ya sentía casi en las propias carnes el chaparrón que iba a caer; pero aún no: “Cuál no sería mi sorpresa cuando me recibe muy amablemente y me felicita por las adquisiciones; pero luego añade: ‘Aunque... [y aquí Paco hacía una breve pausa, para aumentar la *com-pasión* del oyente] he visto que en algunos casos se nos adelantan otros compradores: por favor, cuando haya algo muy interesante, pídale por telegrama, no por carta.’” Ya con la estupefacción de su interlocutor asegurada, Paco sentenciaba: “La biblioteca es la única partida de Harvard que no tiene un presupuesto: se compra todo lo que se necesita y luego se hace la cuenta”.

Caminamos juntos a lo largo de los kilómetros de anaqueles. “¿Has visto qué maravillosamente está diseñada la Widener? Las propias estanterías de hierro constituyen la estructura de las plantas. Y las simples losas de mármol forman el pavimento. Así no hay riesgo de incendio”. ¡Y qué losas! Inmensas, níveas. Bello monumento al joven bibliófilo, desaparecido en el Titanic, concibió su madre: daba así a su hijo una suerte de segunda vida, de gloria, para la posteridad. “Los bibliotecarios son encantadores y enormemente serviciales; prestan toda la ayuda que uno pueda necesitar”. En efecto, sus libros recogen el

agradecimiento al personal de Widener, ese que con una sonrisa acoge siempre a quien se acerca.

Una buena biblioteca es mucho más que un lugar donde buscar los libros que uno necesita. A la mente curiosa, inquisitiva, le depara mucho más: “De vez en cuando –explica mientras despliega el brazo en un amplio ademán, como queriendo abarcar los millones de volúmenes que nos rodean–, cuando voy paseando entre los estantes, cojo uno, al azar o porque me ha llamado la atención, y lo hojeo. Me ha sucedido con frecuencia encontrar cosas interesantes, sorprendentes: pequeños tesoros que parecían aguardar pacientemente a que los descubriera...” Seguimos adelante. “La maravilla de una biblioteca así es que halla uno lo más impensado, y puede gozar mirando aquí y allá, en toda clase de disciplinas y de ámbitos”. Y cuenta cómo la biblioteca original, de unos cinco mil volúmenes, ardió. “Pero se propusieron recuperarla y han ido comprando ejemplares de las mismas ediciones que se perdieron: y ahora en esta sala oval hay más de un noventa y cinco por ciento restituido”.

De pronto se detiene, contempla los estantes y se vuelve, con una mirada seria y reflexiva. “Pasear por aquí es una cura de humildad también. Porque uno piensa que, tras toda una vida de trabajo, podrá añadir... ¿cuánto? ¿Un metro o metro y medio de libros a un estante? ¿Dos, acaso? ¡Nada, comparado la magnitud con el conjunto!” La momentánea gravedad se disuelve en una nueva sonrisa de ilusión ante sus investigaciones: “Ayuda a recordar que siempre es mucho más lo que se ignora que lo que se sabe, y que todo esfuerzo que se haga contribuirá a la enorme tarea colectiva de avanzar en el conocimiento. ¡Hay un montón de cosas que tengo pendientes de abordar, pero requieren su tiempo!”

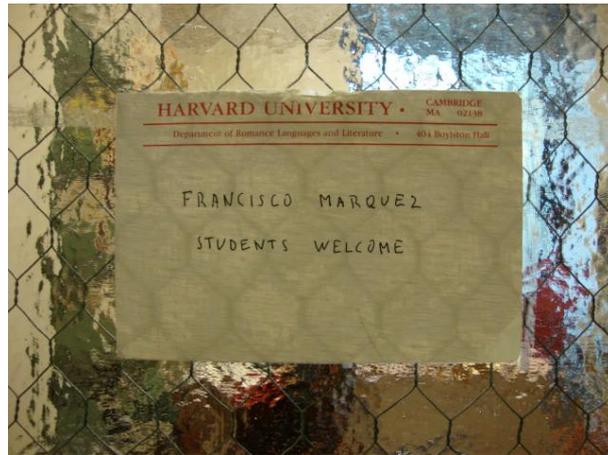
Tiempo...

¡Ay!

No es cierto que *Tempus fugit*. Nunca lo he creído. *Tempus est; fugimus nos*.

Con María Teresa, su compañera de tantos años y su apoyo en tan tremendas dificultades, y con Luis Girón, su queridísimo discípulo, entro una última vez en el adusto despacho 476. Yace silencioso pero aún resuena en mi memoria el íntimo orgullo con que Paco lo mencionaba: “Lo tendré asignado mientras viva. Dispongo de una llave para entrar en Widener cuando lo necesite, a cualquier hora del día o de la noche, todos los días del año”. Y así fue, desde luego: pues en su jubilación trabajó tanto o más que antes. Mobiliario sucinto, espartano. En la puerta, sobre el vidrio, una sencilla pegatina de la universidad que tuvo la inteligencia de acogerlo. De su puño y letra, en solo dos palabras, la filosofía de toda una vida:

“FRANCISCO MÁRQUEZ
STUDENTS WELCOME”



Luis Rey Goñi (Director Colegio de San Francisco de Paula, Sevilla – España)

Joseph RICAPITO

I published many years ago an article on the origin of the critical and negative sense of the Lazarillo, highlighting Machiavelli's role in this. If there ever was a picaro it was Machiavelli. I had become aware of Paco's work on Sebastian de Orozco's work as a possible author of the Lazarillo, so I sent him a copy of the article. Shortly thereafter I received a two page, single-spaced response. I was at that time a don Nadie, yet he made the time to elaborate on what I was doing. I have never forgotten that.

Over the years I continued to send him copies of my work, and he sent me his. We often met at different conferences around the world--Puerto Rico, Seoul, South Korea, Sevilla and other places. Always we found time to talk, to take walks and discuss different things. We talked about issues of great magnitude and small ones as well. He mentioned to me the fact that he had his hair cut by an Italian barber, so I suggested that the next time he had his hair cut he tell the barber that he, Paco, was Italian and his name was Marchese. He later answered in kind by insisting on calling me by don Beppe Ricapito, the name that my grandfather was referred to. I loved it and I always answered my letters and e-mails to him by that name.

One year I invited him to be the keynote speaker at one of the Chispa conferences and offered him our house for hospitality. He regaled my wife and me with stories about his family cat. Since our daughter is a cat person, we loved it. I always said that he was one of the prime Hispanists in the world, and his record of publications certifies that. His books on the Celestina and Santiago de Compostela as well as other major books are a fitting example of the committed scholar. Paco made such great contributions to the field of Hispanism. He wasted no time in going to the next project once one was finished and published. In this he is in great company as well as Sam Armistead, Elias Rivers, Manuel Duran, and Gonzalo Sobejano. They all are great scholars, and he was a giant. He shall be greatly missed by the profession and his family.

Respectfully submitted, Joseph V. Ricapito (It seems almost fitting that I sign this also as don Beppe Ricapito, but the informality might be out of order in something as important as this).

Joseph Ricapito (Louisiana State University. Baton Rouge, Louisiana)

Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS

Mi homenaje a Paco Márquez es tan breve como profundo. Durante años conté con su amistad y su compañerismo, y también con sus extraordinarios trabajos y estudios. La sombra generosa de Don Américo le acompañaba.

Cordialmente,

Julio Rodríguez Puértolas (Catedrático Emérito, Universidad Autónoma de Madrid)

Dorothy S. SEVERIN

I was 18 years old and in my second year of undergraduate studies at Harvard (Radcliffe College division) when I first took an advanced Spanish language class with Paco in 1960-61. Those were heady days, when Harvard alumnus John F. Kennedy was first nominated Democratic candidate for the presidency and then elected. Paco was an assistant professor brought over from Spain, as his brilliant thesis on Juan Alvarez Gato was in press and then published in 1960. Although Paco's first stay at Harvard was broken by US visa requirements and he went to Canada for academic years 1962-64, as a junior I attended his graduate seminar on *cancionero* poetry and wrote about the then little-studied field of religious poetry of the late fifteenth-century. This suggested the topic of my senior year thesis, *La pasión trobada* by Diego de San Pedro. I somehow squeaked a *summa cum laude* and the die was cast; the thesis became my first major publication by the then new *Anuario de Estudios Medievales*. I renewed my studies with Paco as a Harvard graduate student (with the help of the Woodrow Wilson Foundation), and he co-directed my thesis *Memory in 'La Celestina'*, with Stephen Gilman. Paco was rather dubious about my penchant for lit crit, and was pleased when I developed a second string to my bow and continued to work on *cancionero* poetry and editions alongside my stylistic essays and monographs. Both mentors were rather dismayed when I was whisked off to the then *anti-americanist* enemy camp of England, and rather delighted when after a few years I emerged as the editor of the *Bulletin of Hispanic Studies*. But my agenda was a different one, to spearhead equal opportunity for women in the Hispanic field by being the first female chair of Spanish in Great Britain, and eventually the founding chair of Women in Spanish, Portuguese and Latin American Studies.

But enough of my career and more about the debt owed to Paco. What was Paco like at 29-30, just married to the beautiful palaeographer Maria Teresa? I remember the kindest and most loveable and loyal person, who could equally be the strictest taskmaster when it came to his 'favourite' students. I got used to being thrown in at the deep end and having to compete with graduate students from an early age, as there weren't enough undergraduate Spanish majors to make up numbers for most classes. It was sink or swim, and I managed to dog-paddle my way through. I doubt that I ever managed to live up to the mark that Paco set, but it was character-forming to have to try.

My greatest regret is that in the past three years I had abandoned my written letters to Paco (mostly thanking him for the never-ending stream of offprints) and I took to the email. As I never had a reply I now wonder if these were ever opened; I had no word of his illness until I heard of his death. My *maestros* are all gone now; first Steve in '86, then Alan Deyermond in 2009, and now the first and earliest of them, Paco. I am bereft.

Dorothy Sherman Severin, Hon OBE (Professor Emerita of Spanish, University of Liverpool Corresponding Member (UK), Real Academia Española)

Patrizia BOTTA

Recuerdo de Paco Márquez (2005)

Es con mucho gusto que acepté la invitación a participar de este *Homenaje afectivo a Francisco Márquez Villanueva*, que sale a los pocos meses de su muerte gracias a la hermosa iniciativa de Francisco Layna Ranz, porque, efectivamente, tenía yo con él una relación afectiva además de científica.

Como entrega, decidí enviar una charla que le dediqué en Sevilla hace 8 años, el 5 de mayo de 2005, cuando se le dieron los dos volúmenes magníficamente editados por Pedro Piñeiro Ramírez y titulados *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*⁵. Aquel día Pedro Piñeiro también organizó, junto con el Rector, en el Paraninfo de la Universidad de Sevilla, una mesa a la presencia de Paco Márquez en la que tuve el honor y el placer de intervenir junto con Juan Gil (Universidad de Sevilla), Luisa López Grigera (Michigan University), Luis Girón-Negrón (Harvard University) y Yannick Llored (Université de Lorraine, Nancy). Publico aquí, pues, lo que leí aquel día y que no había enviado para las Actas de dicha Mesa.

* * *

Sevilla, 5 de mayo de 2005

Agradezco ante todo la invitación del profesor Pedro Piñeiro y del Magnífico Rector de la Universidad de Sevilla, que me proporciona la ocasión de estar presente en este hermoso acto académico en honra de “un hijo predilecto de Andalucía” como lo es el profesor Francisco Márquez Villanueva.

Me uno al coro de quienes le brindan este Homenaje Sevillano de hoy, así como aplaudo la idea de reunir un magnífico libro en dos volúmenes, repleto de artículos en su honor escritos por un reparto impresionante de hispanistas de fama internacional, que son colegas, discípulos, amigos, o simplemente admiradores como yo, y que tienen por común denominador la deuda, en su propia formación, de la lectura de muchas de sus páginas: porque a todos nos ha formado Paco Márquez y de él hemos aprendido mucho.

Una de las admiradoras, como decía, soy yo, desde hace mucho. Como la ocasión de hoy va más allá de un acto académico formal, porque es más bien una ‘fiesta’ con sus amigos, me perdonará el público si lo que voy a decir irá salpicado de notas personales y amistosas, que atañen a mi propia recepción de sus escritos, o mejor, de algunos de sus escritos, los que estuvieron a mi alcance y que son poca cosa frente al alto número de sus publicaciones (unos

⁵Sevilla, Universidad, 2005. En dicho Homenaje yo también tuve la honra de participar con una entrega sobre las invenciones cortesanas: “La rubricación cancioneril de las letras de justadores”. I, 173-192.

200 títulos entre libros y artículos) y frente a la abrumadora variedad de sus intereses, que van de la Edad Media a nuestros días.

Tuve con Márquez Villanueva, antes de conocerle, dos encuentros bibliográficos: dos lecturas de libros que me resultaron muy fecundas.

La primera fue en los años 70, cuando yo era licencianda y joven en formación: preparaba en Roma la tesis de licenciatura sobre un poeta cancioneril luso-castellano (Dom João Manuel), y, en la bibliografía de consulta, una etapa obligada (junto con los consabidos Le Gentil, Lida, Lapesa, Salinas y otros) fue la monografía de Márquez Villanueva sobre Juan Álvarez Gato, de 1960, que era su tesis doctoral dirigida por Francisco López Estrada y leída aquí en Sevilla en 1958. En mis primeros pasos hacia los estudios, esta monografía me resultó determinante y se me impuso como modelo de análisis a seguir, sobre todo en los densos capítulos sobre los temas de la poesía amorosa, o alegórica, o sagrada, o de circunstancias, y sobre la casuística de los motivos cortesanos, con gran abundancia de ejemplificación. Al mismo tiempo, los capítulos sobre las formas, sobre la métrica, sobre el lenguaje o sobre el uso de los refranes eran para mí modélicos de cómo encasillar e interpretar los materiales que iba estudiando yo. He de confesar que la monografía sobre Juan Álvarez Gato me aclaró aspectos, cuestiones, matices que no lograba entender ni en los textos ni en la bibliografía que iba leyendo. Fue un modelo operativo, un ejemplo concreto de análisis, aclarador y didáctico, que pude adoptar. Fue mi primera experiencia de discípula (a distancia) de un profesor que yo no conocía, y que sin embargo me daba la sensación de estar escuchando en clase. Al mismo tiempo, los capítulos preliminares (biográficos y de contexto histórico) me daban la pauta de la vastedad de la investigación, de la solidez de los datos aducidos y de la importancia histórica del grupo de los conversos al que pertenecía Juan Álvarez Gato. En otras palabras, para mí que empezaba a dar los primeros pasos, fue un modelo de método a seguir, y que pude aplicar en algunas partes de mi tesis.

El otro gran encuentro que tuve con Márquez Villanueva (aun sin conocerle) fue veinte años después, en los años noventa, cuando ya estaba de plantilla en la Universidad y daba un curso sobre *La Celestina* en Padua. Acababa de salir su monografía *Orígenes y sociología del tema celestinesco*, publicada por Anthropos en 1993, y yo me apresuré a procurarme el libro. Fue otra lectura muy fecunda, que ejerció en mí gran poder de fascinación y que encontraba en mí terreno fértil por varias razones: por una parte, por mi anterior interés por las teorías de Américo Castro (que también me tenían fascinada), por otra, por cinco años de mi vida pasados entre los árabes que me dejaron inclinada hacia todo lo que sea oriental. Y, por último, por otra circunstancia personal, esta vez docente: también venía enseñando en aquellos años Historia de la Lengua Española, y entre tanta gramática histórica pidaliana o historia de la lengua lapesia, entre tanta yod primera o cuarta o diptongación o ultracorrección, me percataba yo de que todo aquello sólo se encaraba desde su vertiente occidental, neolatina, y de que, en el caso de España, no era suficiente o no abarcaba los millares y millares de palabras (y conceptos) de origen árabe, cuya semántica no siempre queda clara, máxime a un hispanista no de lengua madre española. Ni lo entendía yo ni lo entendían mis estudiantes, que me lo preguntaban. Eran también los años en que un gran

maestro como Aurelio Roncaglia, filólogo románico de envergadura y autoridad, me decía (o nos decía a todos los del Dipartimento di Studi Romanzi en Roma) que un filólogo románico que quiera ser hispanista ha de ser también arabista y hebraísta, si no, le faltan partes imprescindibles y claves de comprensión. En este comedio, leo yo la monografía recién salida de Paco Márquez Villanueva que justo responde a varios de estos interrogantes. Reanudando el pensamiento de Américo Castro sobre la necesidad de mirar más allá de los modelos occidentales (pero a la vez insistiendo con fuerza que ello no significa la negación de lo occidental –como a menudo se le achacó a don Américo), Márquez Villanueva iba trazando una trayectoria densa y eruditísima de los modelos orientales del tipo de la alcahueta (densa y eruditísima porque son oceánicas las fuentes exploradas, y en todos los casos se trata de fuentes poco visitadas por un estudioso de literatura o por un filólogo románico que ni siquiera tiene la preparación o la competencia para estudiarlas). Había emprendido una vez más Márquez Villanueva el camino de la “Historia Incómoda” de la Literatura. Pero también se detenía el autor en los tipos reales, en las alcahuetas de carne y hueso que pululaban por la España del XV, ofreciéndose como “fuentes” tomadas de la vida misma, y como *pattern* o patrón antropológico. De hecho, las páginas de Paco Márquez iluminaban varios pasajes oscuros de *La Celestina* que a mí me costaba interpretar cuando preparaba la edición crítica del texto. Ni que decir tiene que ese año, en ese curso celestinesco que yo daba en Padua, puse como obligatoria para el examen de Español la lectura de la monografía de Márquez Villanueva (por lo que el nombre de Paco Márquez fue muy popular entre los estudiantes paduanos).

Tras estas dos lecturas, para mí etapas determinantes en mis estudios, lo que fui leyendo en su inmensa bibliografía (acá y acullá, y no de forma metódica) fueron trabajos sueltos, artículos, notas, o volúmenes que reeditaban ensayos anteriores. Luego le conocí y volvimos a coincidir en otros eventos, y empezó mi amistad con Paco Márquez, que me honra y me enriquece, y que me ha dado momentos muy gratos de solidaridad.

De los trabajos sueltos que fui leyendo, sin entrar en los detalles de cada uno, diré las que logro entrever como constantes de su línea de investigación.

En primer lugar un enfoque histórico, que significa exploración sistemática de las fuentes más diversas, de archivo, de crónicas, de historiadores, todas ellas utilizadas en abundancia en las notas al pie.

En segundo lugar, la inmensa latitud de los horizontes explorados: amén de la española y de la latinoamericana, visita la tradición francesa, la italiana, la inglesa, la alemana, las tradiciones nórdicas, leyendas folklóricas de todas partes, fuentes clásicas, bíblicas, orientales y mucho más. Es impresionante la amplitud de la visión, de alcance universal, y no restrictiva de la patria chica. Sabe realmente mucho, y lo brinda constantemente entre sus páginas.

En tercer lugar, el amor por el sentido recóndito, por lo que hay detrás, que le lleva a interpretaciones no canónicas de los textos. Así, por ejemplo, las claves sociológicas o

antropológicas de los conversos reflejadas en sus obras. Así, por ejemplo, la lengua bisémica y lo que hay detrás de la primera lectura.

En cuarto lugar, y por ello mismo, el constante interés por el léxico, por la cala lingüística que nunca abandona entre sus páginas, en busca de semánticas etimológicas o jergales de doble sentido técnico (por ejemplo, la lengua alusiva de la literatura erótica, o la lengua bisémica de la picaresca), y ello siempre por descubrir el sentido último de los textos, y no dejarse llevar por la prisa o la facilidad de la lectura primera.

En quinto lugar, la claridad de la escritura, y en este sentido sus mayores aciertos están en los trabajos breves, que a veces vienen de clases a los estudiantes (un ejemplo es *Relecciones de Literatura Medieval*, donde llama la atención la magistral claridad de la argumentación de cada uno de los ensayos).

En sexto y último lugar, el amor por curiosidades o por textos marginados. Tras visitar los grandes clásicos (Alfonso X, *Libro de Buen Amor*, *La Celestina*, Guevara, Alemán, Cervantes, Tirso) sobre los que nos ha dejado trabajos de gran peso, también se dirige a los menores, o a géneros poco usitados (como la literatura bufonesca, o la poesía germanesca, o como cuando, al ocuparse de Romancero, no mira a los romances áureos sino al Romancero de Cordel tardío que dio origen, junto con una selva de leyendas nórdicas, al *Sombrero de Tres Picos* de Alarcón).

Mi lista podría seguir, pero aquí me paro para no extenderme demasiado, sin antes dejar de expresarle con un abrazo fuerte a Paco Márquez mi sincera gratitud por el rol que él ha tenido en mi propia formación.

Patrizia Botta (Università di Roma la Sapienza)

Julio ORTEGA

Memoria de Paco Márquez

Conocí a Francisco Márquez Villanueva en la primavera de 1988, en la Universidad de Harvard, cuando yo era profesor en la de Brandeis, en el vecindario académico de Nueva Inglaterra. Me habían invitado a dar un seminario de teoría literaria en la división de español del Departamento de Estudios de Lenguas y Literatura Romances, y el *chairman* entonces, Per Nykrog, me pidió entenderme con el profesor Márquez, supongo que a cargo de estudios graduados de español. Tenía entonces la fama de crítico puntual de las flaquezas académicas y de severo polemista de la historiografía española y oficial. Yo había estudiado en Lima con Luis Jaime Cisneros, discípulo de Amado Alonso en el Instituto de Filología Española de la Universidad de Buenos Aires, y con Armando Zubizarreta, discípulo de Alonso Zamora Vicente en Salamanca. Ambos maestros eran, a su vez, discípulos de Menéndez Pidal. Pero yo lamentaba que Menéndez Pidal no hubiese reconocido más y mejor el trabajo de Andrés Bello con el manuscrito de *El Cid*, y tenía reparos a sus descalificaciones del padre De las Casas. Márquez Villanueva tenía una relación matizada con el gran maestro, con quien, de un modo u otro, uno no cesaba de dialogar. Al año siguiente me mudé a la Universidad de Brown, y esa conversación sobre las tradiciones críticas que dan forma a nuestra biografía, se fueron desplegando, y es probable que yo haya abrumado a Paco con toda clase de indagaciones sobre la historia intelectual hispánica y sus representantes en esta tierra. Había él empezado como historiador americanista, y cultivaba el gusto heterodoxo del grande Marcel Bataillon. “No sé por qué hablas de literatura colonial americana -me dijo-, si la colonia no existió. No pudo haber colonia donde no hubo imperio”.

Paco recordó siempre que aprendió a leer de mano de su madre, que era maestra de escuela, con el *Quijote* como texto abecedario. Esa escena del nacimiento del sujeto lector (un yo hispánico en el espejo cervantino) no es menos americana, le propuse: todos hemos aprendido a leer literatura en el *Quijote*. La criada le decía a mi madre al oírme reír: “El niño va a enloquecer si sigue leyendo ese libro”. Sin saberlo, era cervantina. Paco se divertía con la historia de la lectura quijotesca americana, que invariablemente nos llevaba a Borges. Una vez García Márquez me pidió averiguar por ahí cuántos ejemplares de la primera edición del *Quijote* fueron a América; le pasé la pelota a Paco, quien respondió que era imposible saberlo dado que la contabilidad autorizada era mínima comparada con la del contrabando. Le intrigó la historia que escuché de chico en mi pueblo: un amigo de mi padre me había contado, muy serio, que un hueso fémur de Don Quijote estaba enterrado en la ciudad vecina de Trujillo. Podría tratarse del eco carnavalesco de la primera parodia del *Quijote* en América: la pareja disfrazada de Don Quijote y Sancho en las fiestas de un pueblo peruano. ¿O una broma erudita de frailes nostálgicos de alguna reliquia sacra? Paco no creía posible que algún pueblo español se declarase dueño de un hueso triste y sin figura.

No hubo tiempo ya de contarle que también en Chile hay un pueblo que se cree tumba del Quijote. Más le sorprendió a Paco que mi personaje favorito haya sido Ricote.

En cambio, deportivamente, no coincidimos en la historia de la última batalla quijotesca: el juicio de Nabokov, cuando pretendió eliminar a la novela del sílabo de los Grandes Libros, el curso que Harry Levin le impuso. Paco no le podía perdonar a Nabokov semejante disparate, y celebraba que Levin le obligara a incluirlo en su clase. Escribió Paco un elocuente y sarcástico artículo sobre el tema, y le tentaba la idea de convertirlo en una monografía sobre las lecturas arbitrarias de *Don Quijote*. Yo me atrevía a defender no la quema del *Quijote* sino la última victoria de Cervantes: las notas de lectura de la novela que Nabokov publicó luego como libro de comentarios. Me parece que esa lectura pausada lo reconcilió con la novela y le reconoció sus méritos. No le reconoció mucho - protestaba Paco-, apenas y a regañadientes... Todavía conservo una *cassete* con la grabación del coloquio “La cervantiada: El *Quijote* y la literatura de innovación” que organicé en Brown, en 1993. En reconocimiento del juicio de residencia quijotesca emprendido por Francisco Márquez Villanueva, el encuentro empezó con una conferencia suya sobre “Cervantes, libertador literario”; contó con la presentación de Carlos Fuentes, “My Dinner with Don Quijote”; y con la participación, entre otros, de Alan Trueblood, querido colega nuestro, ya entonces jubilado; Carlos Rojas, novelista y memorialista catalán, entonces profesor de Emory; y Roberto Ruiz, escritor y erudito santanderino, a quien Paco me había sugerido varias veces invitar a nuestros coloquios; Ruiz había vivido en México, exiliado, y enseñó muchos años en Wheaton College, también en éste vecindario. Fue un encuentro memorable también por las contribuciones de varios escritores que proseguían “la tradición de La Mancha”; entre ellos José Balza, Edgardo Rodríguez Juliá, Carmen Boullosa, Julia Castillo, José Antonio Millán, Adolfo Castañón, Francisco Hinojosa, Javier Ruiz y Diamela Eltit. Este encuentro prefiguró el espacio de lectura trasatlántico que se desarrollaría en Brown como una hipótesis del hispanismo internacional del español de las mezclas.

Fui por varios años “research assistant” de Paco en la Widener de Harvard. Cada otoño hacíamos el trámite para el nuevo carnet de lector, que me permitía sacar libros de esa biblioteca. Y en cada visita a Cambridge comíamos en los alrededores aunque, casi siempre, en *Casa Portugal*, su lugar favorito para compartir una botella de *vinho* verde y los temas de la hora y de siempre: la biografía de Cervantes, en primer lugar, pero también la suerte de Herrera y su libro perdido, de Fray Luis y la traducción, de Mateo Alemán y sus desventuras, de la Universidad y sus extravíos. Fue siempre un intelectual comprometido no sólo con el pensamiento heterodoxo sino con la gran tradición liberal, secular y crítica. Tenía una especial predilección por la prosa de Gabriel Miró y, ciertamente, por el papel crucial de Juan Goytisolo en una España plural y democrática. Había conocido la virulencia de las horas negras de España; y ante el recrudescimiento de esa tradición autoritaria, llegaba a temer por la suerte de los espacios ganados por la transición.

Con Juan Goytisolo acordamos que la jubilación reciente de Francisco Márquez Villanueva era el mejor pretexto, si alguno hacía falta, para dedicarle un coloquio en reconocimiento de su fecundo trabajo. Después de muchos años de investigaciones y novedosas interpretaciones de la historia intelectual española, por fin se daba la extraordinaria sintonía de ésta obra y el momento histórico español de una lectura que buscaba, más allá del historicismo positivista y la filología obligatoria, una imagen fecunda de la España de la mezcla como signo de lo moderno, una práctica crítica capaz de romper la matriz de la censura, y una revelación creativa de las posibilidades de articular las lecciones de la historia como memorias del porvenir. La vuelta de la figura de Francisco Márquez Villanueva a España, aunque extraña al canon crítico complaciente, se hacía lugar entre los estudiosos más alertas y las corrientes de apertura y relevo. Esa labor ilustrada de su trabajo la celebró, no sin gusto polémico, Juan Goytisolo. De manera que cuando Juan me prometió que estaría en Brown para celebrar los trabajos de nuestro amigo, convocamos al encuentro “La tradición crítica. Coloquio en Honor de Francisco Márquez Villanueva” (Mayo 3, 2002). Actualizando, con atención al entramado literario, la crítica y el ensayo de sus modelos, Américo Castro, Asensio y Bataillon, Márquez Villanueva le dio a su formación filológica e histórica una instrumentación analítica y un discernimiento de estilo capaces de revelar la forma cultural elaborada de la imaginación crítica española. Como Auerbach y Curtius, hizo de la crítica una forma de la plenitud que busca proyectarse en la mejor literatura. Goytisolo dedicó la conferencia central a *La Celestina*, que evocaba su temprana dedicación al Medioevo.

Participaron en el coloquio Beatriz Pastor, Randolph Pope, Ángel Sáenz-Badillos, Irene Zaderenko, Alan Smith, Lola Peláez, Antonio Monegal, Wadda Ríos-Font, Christopher Conway, Fermín del Pino, y recuerdo también la amistosa presencia de Teresa Gilman y Dinah Lida. He encontrado la presentación que leí esa mañana de mayo:

A la tradición –que un poeta llamó “llama viva”- le debemos la sabiduría de las formas y la justicia del reconocimiento. Nos debemos, en efecto, a esa memoria que, cada tanto, nos concede la extraordinaria posibilidad del agradecimiento. En esta casa hemos tenido la buena fortuna de celebrar el trabajo de nuestros colegas mayores; entre ellos, más recientemente, Alan Trueblood –que por feliz coincidencia hoy cumple 85 años- ; José Amor y Vázquez –quien a sus 80 años acaba de publicar una edición de amor erudito-; y a Geoffrey Ribbans, quien ha hecho del retiro un taller de excelencias. Como uno es hechura de sus maestros, y los escuchó hablar una y otra vez de los suyos, cree haber aprendido que la vida intelectual –o como dice el anglicismo, la “vida académica,” lo que es más conventual que ecuménico- está hecha en la convivencia del diálogo. Reconocer, por ello, el trabajo de un colega vecino, en su turno y a tiempo, es un plazo de tributos que, de paso, nos reconoce en el diálogo mayor. Hace cinco años en esta misma sala de música de Rochambeau House, pudimos dedicarle a Rodolfo Cardona, que se había retirado de Boston University, un cálido tributo.

Francisco Márquez Villanueva es, claro está, un vecino excepcional. Varios de los profesores de este Departamento de Estudios Hispánicos lo tenemos por interlocutor, maestro y amigo. Hablando con Juan Goytisolo de lo mucho que el pensamiento crítico español le debe a Márquez Villanueva, acordamos de inmediato que la ocasión de su retiro era propicia para reunirnos en torno a la suerte de la crítica hispánica. Un foro sobre la reflexión crítica iberoamericana sería la mejor forma de reconocer la calidad y riqueza de sus muchos trabajos.

Goytisolo –el intelectual que más intensamente ha tratado de actualizar la diversidad de la tradición española, rescatándola del tradicionalismo y el conformismo- había ya prologado *El problema morisco (desde otras laderas)* (Madrid, 1991), uno de los libros en que Márquez Villanueva demuestra que la complejidad de la trama cultural hispánica está hecha también por el entramado árabe, tanto como por el hilo hebrero, según prueban otros tratados suyos, plenos de erudición, sabiduría y gusto. De modo que la presencia de Juan Goytisolo en este coloquio dedicado a su buen amigo y compañero de travesía no hace sino más vívido nuestro tributo al amigo sevillano, colega harvardiano, y maestro trasatlántico. Acompañenme a dar la bienvenida a Paco y Teresa a esta su casa.

Me complace especialmente, en esta melancolía retrospectiva, que Francisco Márquez Villanueva tuviera en Brown un lugar de acogida. Dos semestres, año de por medio, dictó aquí dos seminarios sobre Cervantes, el primero sobre el *Quijote* y el otro sobre las *Ejemplares*. Venía en el tren, uno de nuestros estudiantes lo esperaba en la estación, comíamos en el *campus*, y dictaba su clase a un grupo privilegiado. Pocas cosas le placían más que enseñar, hablar con los estudiantes de sus proyectos, comentar con detalle sus trabajos. Vino también, alguna vez con Teresa, la última a compartir una cena con Juan Luis Cebrián. Me acuerdo que hablando por teléfono (largas charlas de puesta al día) para quedar en otra visita suya, le pedí que viniera con nuestro querido Luis Girón, en su coche. ¡Pero Luis no tiene coche, no conduce! -me respondió, y de inmediato escribí esta parodia erudita:

Si Luis tuviese coche
y supiera conducir
podría venir con Paco
y comer tan contentos.
Categorías y portentos
de pausas y de afectos
nos gobiernan la vida
entre Harvard y Brown.
Sólo el moro Ricote
de la hora y la distancia
salvaría camino y cogote.
Académicos rimando

y buen vino para tanto.

Por esas simetrías en que la realidad se complace, como decía Borges, Paco Márquez había sido responsable casual del levantamiento de la censura del tratado celestino. Unos meses antes de su partida, cuando había vuelto de un viaje a Sevilla, donde le dedicaron justos reconocimientos de pródigo hijo, recordó que siendo estudiante había acudido a la Biblioteca de su escuela para pedir al bibliotecario el tomo de *La Celestina*. El buen hombre le respondió que estaba entre los “depurados” por la censura; pero como nadie lo había reclamado nunca y la guerra civil había terminado, era hora de sacarla a la luz. “Es probable que yo contribuyera- decía él, con humor- a terminar su depuración”. También recordó que cuando le negaron plaza en la Universidad de Sevilla, un funcionario del régimen conocido de la familia le había dicho a su madre: “Aconséjele a su hijo que se marche al extranjero, allí le irá mejor”. La madre sólo se lo contó muchos años más tarde, antes de morir. Calló la amenaza para dejar al hijo en libertad de elegir.

Como en el episodio de Ricote, se trata, al final, de la libertad, el don máspreciado y la lección más durable.

Julio Ortega (Brown University)

Kevin LARSEN

Professor Márquez in My Life

I met Prof. Márquez in September of 1978, when I was a first-semester grad student and he was newly-returned to Harvard, where he'd been junior faculty years before. I took two classes from him that fall term. Before then, I'd never heard of Gabriel Miró, whose literary *corpus* Prof. Márquez would later refer to, using the English word, as his "hobby". I enjoyed reading and re-reading and re-reading ... what was assigned, and even more, working with the Professor who'd assigned *El humo dormido*. I ended up writing a doctoral thesis on Miró, in large measure, because I wanted to do something in the 20th century, and I really wanted to work with Prof. Márquez. I'd never met anyone as knowledgeable, so off-the-chart smart, as he was. Any topic I could bring up, anything, almost out of thin air, that I might be able to discourse on for, say, half a sentence or so, he was able to illuminate for hours, quoting chapter and verse (effortlessly, matter-of-factly, unnervingly, it always seemed, then, as long thereafter). With typical grad student aplomb, I might just have discovered -so I thought- the Mediterranean, only to realize that he'd done more traveling there, that he'd planted oars on sea and on land, perhaps more than wily Odysseus himself. Years later in our association, he told me that he felt a gaping hole in his preparation in the Greco-Roman Classics. Though I'd had a graduate minor in Latin during my M.A. work elsewhere, Prof. Márquez took me to school on a variety of topics of which I'd never heard. So much for literary *lacunae*. Along this same vein, he once told me a story of how, quite by chance, he'd run across a topic in Italian literature, and now, as he put it, "me creen gran conocedor de las letras italianas". But chance favors the prepared mind, and Prof. Márquez was most definitely prepared. For me, even his serendipity was inspirational. In his reflected light, many, many times I wake up in the wee hours, knowing, just knowing, that today I'll discover something totally cool and totally enlightening. Often, that's just what happens.

From my earliest days in Cambridge, I was also mightily impressed by the way Prof. Márquez conducted himself as a spouse and parent. I was just starting out in those roles and took him as a model. He was always gentle and kind, and very interested, whenever he saw my young family. He told me various stories of his when he and his beloved wife were young parents. He revered María Teresa, Mrs. Márquez, as we always respectfully referred to her in our home, and never tired of singing her praises and reminding how much she'd sacrificed of her own career possibilities to marry him and raise a family. In the example of Prof. and Mrs. Márquez, I realized that one could do well personally and professionally. He did not compartmentalize: the public man was the private one. What you saw was what you got. That's how I've tried to be, as well. I was a head taller than he was, but I always looked up to Prof. Márquez and worked hard and harder to try to please him, if not to be a little like him. I was never quite sure I could ever measure up. Even as I neared the end of my graduate career, sometimes he'd ask me to come to his office, and I was petrified that he was going to tell me that he was through with me and that I was out on my ear. But he never did, though I still am not sure what he saw in me. One way or the other, after I graduated (1983), he continued to work with me, reading and correcting my essays before I'd send them to a journal. Actually,

he placed several with prestigious publications, once he'd helped me bring them up to his rigorous expectations. I was flattered (and flustered) beyond expression, when a couple of years later he suggested that in our conversations we switch to "tú" from "usted". It took me a while to do that, and as I recall, he got annoyed with me: I was just so much in awe and, quite frankly, more than a little scared of him, even then. But down through the years every time he called me his "amigo", and more recently, "viejo amigo", I was so proud and pleased that I thought I might pop. Along these same lines, it was in Alicante in November of 1997, at a Miró congress where we'd both been invited to speak, that he took me aside and told me how proud he was of me and that everything he'd done on my behalf had been worth it. Very shortly thereafter, I went back to my hotel room and wept like a baby. Certainly, there'd been signs along my way that he was trying to nurture me, as when he inserted a question on Hemingway and Baroja into the written part of my doctoral generals. Many months earlier, casually, pretty much in passing, I'd mentioned that I'd written my senior honors thesis on that same topic. I knew he'd been listening to me, and that he wanted me to succeed. I wanted more than anything to show him that his confidence wasn't misplaced.

I can't imagine myself without his sterling example and the inspiration it remains in my code of conduct. Watching him and remembering who/how he was, I know that it's possible to be fiercely rigorous, especially with oneself, yet gracious and kind to colleagues, students, and even administrators. On numerous occasions, he spoke of his "segunda jornada", the work he'd undertake at home after he'd left his office at Widener Library: he achieved so much not just because of his innate brilliance of mind, but because he was the hardest worker I ever knew. Still, he always let it be known how much he enjoyed what he did professionally. Such enthusiasm was contagious. To this effect, I'll quote one of his pithy sayings to me, one I still cite to students (and to myself). I was all done with coursework (so I thought) and was preparing for doctoral generals. Paco persuaded me to enroll in his seminar on Mateo Alemán; in retrospect, I'm grateful for the experience of this class, though maybe not so much as I took it. I know he probably needed the enrollment, but he also wanted me to broaden my horizons, which is what happened. Even now, I still work on Alemán once in a while, though mostly as a counterpoint to Cervantes and the *Quijote*. As I considered enrolling in his seminar, then, Paco gave me to understand that all I'd have to do was read the texts, attend class, and write the final research essay. Cruising along as I thought I was, I felt put upon to be assigned a short (a couple of pages, as I recall) paper over a weekend. I butchered it. Rather than taking me apart, or at least taking me down a few pegs, as I probably deserved, Paco took me aside and gave me advice I still live by: "Si no puede divertirse con ello, debe hacer otra cosa". This was some of the wisest career advice I've ever had. I regularly pass it along to students in the formative phase of their lives. Paco was trying to communicate the joy that one should feel in our profession. He wouldn't condemn me if I didn't feel it, but just wanted me to understand that I had other options.

Another salient word of counsel came not too many years after this. As I recall I was complaining to him that no matter how many times I might read page proofs, I could never correct all the typos, and if I did the editor would insert one. Bless his heart for listening so patiently to my whining. When I'd had my say, he reminded me—graciously and gently—

that he'd seen it all and more, and that if I stuck with it, so would I. That has been borne out, even the part about editorial creativity. But Paco wasn't through with his sage advice. The kicker came when he asserted that "la perfección no es cosa de este mundo". I realized that he wasn't countermanding *Matthew* 5:48. Rather, he was helping me reconcile to the fact that, though we strive to get it right, to find every last secondary source, to discover every little detail, to say what we say with elegance and flair, *ad infinitum*, we are mortal creatures and very fallible. We'll make mistakes, in my case, tons of them, but it is our responsibility to strive for perfection, albeit in a relative, rather than an absolute sense. And maybe, just maybe, we can come close, as Paco did on so, so many sallies into print. He was most incisive with his own work, which is perhaps why it came so close to the ideal. I remember when it came time for him to address a gathering of friends and former students, the first thing he did was apologize for all the "errores" he'd made over the years. I remember thinking to myself: with such "mistakes", many of us, especially yours truly, could make a pretty good career. Speaking of duty and obligation, as I close, I remember that in the summer of '79 as I started to prepare for doctoral generals, I'd noised about to some of my friends that I hoped to write my thesis under Prof. Márquez's direction. But I'd neglected to inform him. I ran into him in Widener Library, and he chastised me, not severely, but sufficiently to teach me an invaluable lesson. He kept saying "es cosa de mucha responsabilidad". It finally dawned on me that he meant my responsibility to him, his to me, and especially, ours to our profession and to the material we would investigate. In all my exchanges with Francisco Márquez Villanueva, he was nothing less than an exemplar of responsibility and a paragon of the professorial pursuit of perfection. In his wake, I mean to continue to live my life as his disciple, in word and, I hope, in deed. Looking down from on high, I hope Paco can stay proud of me, as I'm sure he is of his family, his friends, and his other students.

Kevin S. Larsen (University of Wyoming, Laramie, Wyoming)

Jean CANAVAGGIO

Mis encuentros con Francisco Márquez Villanueva

Aunque se remonta a más de cuarenta años, nuestro primer encuentro no merece en rigor tal nombre: durante un descanso en el congreso de la AIH de 1971, en Salamanca, por pura casualidad, venimos a coincidir ante una mesa cargada de fiambres. Paco estaba charlando con otro Paco -Francisco Rico- y no me atreví a interrumpir su conversación. Tuve que esperar cinco años para establecer un primer contacto, cuando nuestro amigo publicó en Gredos una recopilación de varios estudios suyos titulada *Fuentes literarias cervantinas*: descubrí entonces que el autor de este libro se refería en varios lugares a la memoria de licenciatura que yo había dedicado en 1959 a la posible huella en el *Quijote* de la *Philosophía antigua poética* de Alonso López Pinciano. Claro que no tardé en manifestarle por carta mi grata sorpresa. Me contestó acto seguido muy amablemente, y fue así cómo iniciamos una relación que llegaría a estrecharse cada vez más con los años.

Una segunda etapa fue el contacto telefónico que mantuve con él en 1976, aprovechando esta vez una breve estancia en Nueva York, donde él impartía clases en una de las universidades de esta ciudad. En agosto de 1977, llegamos por fin a vernos, con motivo del Congreso de la AIH en Toronto, donde leí una comunicación titulada “Cervantes en primera persona”. Paco fue el primero de los oyentes en darme su visto bueno, con una exclamación que no se me olvidará nunca: “¡Los puntos sobre las íes!” Al año siguiente, cuando publiqué mi tesis doctoral sobre el teatro de Cervantes, Maxime Chevalier me pidió que le indicara una persona dispuesta a dar cuenta de este libro en el *Bulletin hispanique*. Le propuse el nombre de Paco y, en 1980, tuve el placer de leer en esta benemérita revista una nutrida reseña que llevaba la ilustre firma de Francisco Márquez Villanueva. Ésta sigue siendo para mí referencia fundamental, no sólo porque Paco declaró hacer suyos mis planteamientos esenciales, sino porque me hizo unas objeciones perspicaces a lo que yo consideraba como la ejemplaridad de este teatro.

En mayo de 1982, Augustin Redondo organizó un coloquio internacional en la Sorbona, dedicado a la exclusión y sus problemas en la España de los siglos XVI y XVII. El día de la inauguración, al doblar la esquina de la rue Saint-Jacques, Paco se me apareció con don Antonio Domínguez Ortiz. No sólo compartimos entonces las diferentes sesiones de este congreso, sino que nos reunimos una noche en casa de Paul Bénichou, en compañía de Sylvia Roubaud, su hija, y de nuestras respectivas esposas. Aquella cena fue un gran momento, amenizado por el exquisito trato del anfitrión. Bénichou nos hizo disfrutar, entre otras joyas, de su extraordinaria familiaridad con el romancero, llegando a ofrecernos una sabrosa parodia de varios romances viejos con un maravilloso sentido del humor.

En enero del año siguiente, a iniciativa de Javier Herrero, fui a pasar el semestre de invierno en Charlottesville, en calidad de profesor visitante de la Universidad de Virginia. Al llegar la primavera, Paco tuvo la gentileza de invitarme a dar una conferencia en Harvard, donde llevaba ya varios años ocupando una cátedra en el Departamento de Literaturas

románicas. Conservo un recuerdo inolvidable de los tres días que pasé en esta prestigiosa universidad: por la cordialísima acogida que me reservó Paco, por la simpatía que me manifestaron los estudiantes que asistieron a mi conferencia, la cual trató sobre los pastores del teatro cervantino, y, más que nada, por una velada a la que me convidaron y en la que se cantaron de improviso, acompañadas al piano por un servidor, los cantares populares españoles recogidos y armonizados por Lorca. Algunos meses después, en junio de 1984, Paco me acusó recibo de mi edición de *Los baños de Argel*, publicada en la editorial Taurus, sin dejar de comentar una noticia personal que yo le había comunicado algunas semanas antes: el nacimiento de mi tercer hijo, Emmanuel. Me escribió Paco, a este propósito, lo que sigue: “Nuestras felicitaciones por ese bebé, cuya llegada a cierta edad dice algo (y muy bueno) sobre los matrimonios. Los tres míos nacieron en ametralladora y a veces mi mujer y yo hemos añorado un niño para criarlo gozosamente, pues lo otro fue un proceso forzosamente industrializado”.

Ocho años después, en julio de 1992, otra oportunidad que se me presentó fue el seminario que Paco dirigió en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo sobre literatura bufonesca y en el cual intervine en dos sesiones distintas: en la primera hablé de tres estilizaciones bufonescas de las Comunidades de Castilla (las de Villalobos, Guevara y Francesillo de Zúñiga) y, en la segunda, de las bufonadas de Sancho durante su estancia en el palacio de los Duques. Guardo un grato recuerdo de estas sesiones, pero tampoco se me olvida el almuerzo oficial presidido por el llorado Ernest Lluch que tuvo lugar ese mismo día: y fue que, al entrar en el comedor, reparé en que todos los convidados masculinos llevaban corbata y chaqueta, menos yo: por aquellas fechas, estaba veraneando con mi familia en una playa cercana a Santander, y no se me había ocurrido llevar un traje decente, por lo cual tuve la desagradable impresión, durante toda la comida, de ser la oveja negra del rebaño.

Por cierto, las ideas defendidas por Paco en el campo del cervantismo no siempre fueron las más. Entre los defensores de la tesis de una ascendencia judeoconversa del manco de Lepanto, él es quien ha llevado más lejos la investigación en este resbaladizo terreno, considerando dicha ascendencia como una “probabilidad bien fundada”, de forma que, en su opinión, “sería mucho más difícil probar que Cervantes fuera cristiano viejo que lo contrario”. Personalmente, me inclino más bien hacia el parecer de Antonio Domínguez Ortiz, uno de los mejores conocedores del tema, para quien, si bien “el autor del *Quijote* pudo tener algún antepasado converso, [...] las raíces del sereno criticismo que campea en la novela inmortal hay que buscarlas en otras fuentes”. Así y todo, esta leve discrepancia no empañó lo más mínimo la cordialidad de nuestras relaciones.

Cuando se puso en marcha la elaboración de *Dejar hablar a los textos*, el libro homenaje que Pedro M. Piñero publicó en 2005 en honor a Paco, el tema de mi contribución lo tuve claro en seguida: la figura de Marfisa en *La Dorotea*. Me había llamado la atención, entre otras cosas, aquello que la pobre mujer suplica a don Fernando al recordarle sus amores frustrados: “Que si hallares nuevas de aquella prenda tuya, expósito del furor de mis parientes, me des aviso y licencia para poder cobrarle (IV, 8)” ¿Cómo interpretar semejante petición? Pues bien, la pista que seguí, en “Las desdichas de Marfisa”, había sido abierta por Paco, al

examinar cómo don Fernando se refiere en otro lugar a lo que pasó entre él y Marfisa pocos momentos antes de que ésta llegara a reunirse con su viejo marido: “El día que el referido juriconsulto la llevó a su casa, hice la salva a su boca porque no le matase el veneno que llevaba en ella con el disgusto de la violencia, y lloramos los dos detrás de una puerta, mezclando las palabras con las lágrimas; tanto que apenas supiera quien nos mirase cuáles eran las lágrimas o las palabras (IV, 1)”. El que aquel beso fuera más que [un]beso es lo que Paco supo inferir de estas palabras, en el agudo comentario que les dedicó en “Literatura, lengua y moral en *La Dorotea*”: “La imagen aquí es acertadísima, pues hacer la salva consistía en ceremonia de reyes y grandes señores, cuyos manjares eran antes probados por un oficial responsable de que no se hallaran envenenados. Tan exquisito modo de decir va, sin embargo, irónicamente apeado por ese atroz “detrás de la puerta”, para que no quepa duda acerca de la turbia naturaleza de aquellas caricias”. Así se nos explica cómo, en vísperas de la infausta boda, pudo ser concebida aquella “prenda” que su madre tuvo que abandonar para huir “del furor de sus parientes”.

No quisiera terminar este breve recorrido sin recordar nuestros dos últimos encuentros. El primero ocurrió en Rabat, en marzo de 2005, donde Paco, a la hora de la cena, nos contó cómo, en julio del 36, siendo un niño de cinco años, presencié en Sevilla el éxito del golpe militar. El segundo tuvo lugar en Madrid un año más tarde, en junio de 2006. En esta circunstancia, varios colegas, alumnos y amigos me ofrecieron un Libro Homenaje con título sacado del *Coloquio de los perros – Por discreto y por amigo –* y a Paco, que figuraba entre los colaboradores de este libro, le correspondió hacer una presentación del homenajeado en la cual no dejó de evocar aquella velada musical de Harvard que se remontaba a más de veinte años. Desde aquella fecha, nos limitamos a intercambiar cartas y separatas, pero la lectura de sus últimos libros – especialmente *Moros, moriscos y turcos de Cervantes* – me confirmó que no se le había escapado nada de lo que yo seguía publicando. No quiero dar a entender así, por supuesto, que estas sucesivas menciones marcaron los hitos de mi amistad con Paco, sino que, al seguir en el camino que había emprendido hace más de medio siglo, me beneficié del extraordinario estímulo que fue para mí el reconocimiento con el cual Francisco Márquez Villanueva siempre me honró.

Jean Canavaggio (Université de Paris X)

Francisco LAYNA RANZ

“*Antes que el tiempo muera en nuestros brazos*”
Tributo a Francisco Márquez Villanueva

1. Salamanca, noviembre de 1991. En un Congreso dedicado a Fray Luis de León, Francisco Márquez Villanueva da una conferencia sobre el goticismo de “La profecía del Tajo”. El moderador le avisa de que el tiempo ha concluido. No le permiten terminar. Recoge sus papeles airadamente. Esa noche los dos coincidimos en el mismo restaurante. Él en una mesa, yo en otra, solos. No quiero molestarlo. Al marcharme me acerco a la suya y le comento algo acerca de la mutilación de su “Profecía”. Agradece mi apoyo, acaso mi broma. Un día después yo comparto panel en el Congreso con Ignacio Elizalde, Rogelio Reyes y Fernando Gómez Redondo. Entra en la sala Francisco Márquez cuando ya lee el primer ponente. Sale el primero, casi al tiempo de los últimos aplausos. Lo alcanzo y le llamo. Damos varias vueltas al claustro. A cada tres pasos nos paramos. Lleva un abrigo de alpaca *beige*. Ha leído dos artículos míos, sobre vejámenes teológicos y sobre el *Quijote*. Hablamos de *Celestina*, de que Maravall había tomado una dirección “desacertada”. Es Salamanca, y hace frío en noviembre. “Hay que tener cuidado. Vivimos en parte de nuestras gargantas”.

2. En 1993 El Ministerio de Educación y ciencia me concede una beca posdoctoral por dos años. Se llama F.P.U (Formación de Profesorado Universitario). Es ayuda que ya no existe. Contacto con Francisco Márquez, y me llama a su lado. Me nombra *visiting scholar* en Harvard University durante los años 1994 y 1995. Mi vida cambia desde entonces. Me abre todas las puertas. Me obliga a trabajar a destajo. “Quiero ese artículo para la *NRFE*, y ese otro para el *Anuario de Letras*. Tengo buenos amigos en México”. Conferencias, contactos, publicaciones, conversaciones, muchas, muchas conversaciones. Mi gratitud no es de fácil formulación.

3. Me pide que le ayude con las galeradas de su libro dedicado a Tirso. Son segundas galeradas. Me dice que sea riguroso, inmisericorde incluso, que desconfía a sabiendas de la editorial. Leo con todos los ojos posibles, y encuentro errores. Le corrijo también bastantes arcaísmos. Una semana después llego a su oficina de Widener. Llevo bajo el brazo el primer capítulo. Acepta corregir los arcaísmos que le señalo, a veces de no buena gana. Empiezan los errores. Se enfurece porque ya él los había marcado en las primeras pruebas. Unos versos trastocados desbordan su paciencia: es volver sobre las mismas enmiendas. La editorial es la culpable, su corrector. A partir de ese momento no me acepta ya ninguna propuesta a sus arcaísmos: “¿Tiene usted algo contra ellos?”. Termina la sesión y me cita para el día siguiente: “Aquí a las 10 de la mañana”. Esa misma tarde me llama por teléfono a mi casa: “Layna, usted ha hecho su papel de abogado del diablo, y muy bien, por cierto. ¿Puede de veras venir mañana a las 10? Se lo agradecería”. *Orígenes y elaboración de “El burlador de Sevilla”* es un libro magnífico. Don Francisco, un hombre de carácter. Y yo un privilegiado por merecer su confianza.

4. Las fiestas en su casa de Belmont son casi de obligada asistencia. Por allí coincido con algunos de sus estudiantes: Luis Girón, Benjamin Liu, Javier Egea, Gabriela Sánchez Basterra, Carmen Hsu... Márquez está exultante. Comemos *blue fish*, ensaladas con aliños variados, almendras dulces... Salgo a fumar. Soy el único. Veo a Luis que canta. Márquez da palmas. Parece que pide a todos que se sumen a su palmeo. Al acabar la sesión me acompaña a la parada del autobús. Ya se fueron los demás invitados. “¿Sabe una cosa? –me dice- Cuando mis hijos eran pequeños y yo iba a España siempre les preguntaba qué querían, qué les podía traer de España. ¡Pipas, me pedían pipas, pipas de girasol!”

5. Septiembre de 1995. Primera reunión del departamento. Nos presentamos todos, es la costumbre. Llega el turno de Paco: “Cómo podemos estar aquí sentados cuando tenemos delante de nuestros ojos a Anderson Imbert mendigando una ayuda. En este país una enfermedad puede arruinar a cualquiera. No olviden que fue durante muchos años *Víctor Thomas Profesor* de esta Institución. ¿Qué hacemos nosotros, qué hace la Universidad? No tiene nombre, bueno sí lo tiene, escandaloso”. Alto y claro. Lo acompaño a la Houghton Library. Creo que cuando está enfadado camina más deprisa. “En asuntos importantes las medias tintas no tienen cabida, yo diría que nunca la tienen”.

6. Le veo llegar con su capa española y su gorro de astracán. Asistimos juntos a una lectura de poemas de Guillermo Carnero, también *visiting* en Harvard. Arremete entre poema y poema contra la poesía de la experiencia. Hablo con él al terminar. Hablamos de aficiones comunes. Hablamos de Antonio López de Vega. Vemos a Márquez atarse la cadencia de la capa. No parece fácil. “Es un bestia, un sabio de los de antes. Ya no quedan como él”, me dice Guillermo.

7. Sufre un infarto de miocardio. Voy a su casa y consigo sacarlo. Un paseo, por allí, sin alejarnos. Teresa, su mujer, me lo agradece. Caminamos, él cogido a mi brazo. “¿Ve usted? No hay nadie. Nadie usa la calle salvo para ir y venir. Nunca para estar”. Le recuerdo que nos conocimos en el Congreso de fray Luis, allá en Salamanca. “¡Ah, pobre fray Luis! Sabe que una vez en una cena, rodeado de insidiosos, alguien le preguntó con impostada inocencia: ¿vino o no vino? Claro, allí se aludía a si vino o no vino el Mesías, querían buscarle las cosquillas judaicas al bueno de fray Luis. Ya ve usted, no hay nadie, no hay nadie en la calle”.

8. Mejora la salud. Le comento que cada día está más joven. Le traigo a cuento aquella obra de Jardiel, la del corazón con freno y marcha atrás. Ríe el chiste. Está de buen humor. También ha llegado al departamento Isidro Pliego, sevillano de arte y pulidísimo inglés. Mary Gaylord, *chair* entonces, me comenta: “Isidro y tú le hacéis reír. Sin duda, tenéis ese don, esa facilidad”.

9. No acepta injerencias teóricas. Sufre en sus últimos años una cierta soledad. El departamento se ha vendido a teorismos de aula, se suma a banderías de interpretación exitosa y de hornada recentísima. Se desprecia la historia, el documento, la estricta letra del texto... Eso dice. Caen acusaciones que causan daño. Él acepta el error, pero no la ignorancia. Me comenta la visita de Julia Kristeva a la universidad. Levanta una expectación inusitada. Ni un

alfiler más cabe en el salón. Gente de pie. Es una mujer atractiva. Delgada, pelo corto, a veces rubio, a veces negro. Va a presentar –me dice ya con un rictus en los labios- un gran hallazgo. Una escritora que nadie conoce y que es el acabose, el acabose de todos los acaboses. Me dice que escucha detenidamente sus palabras. “Y descubro, eureka, que lo que lee es una traducción de tercera o cuarta generación de Teresa de Jesús. Me levanto y salgo por el pasillo, taconeando, que se oiga bien mi retirada”. Son años que Márquez Villanueva siente como un derrumbe, una demolición de los pilares básicos del conocimiento. Es la conferencia Raimundo Lida. Este año le toca a Isaías Lerner. *La Araucana*, claro. Hacen preguntas los estudiantes. Veo a Márquez que ante esas preguntas se revuelve en su silla. “Esto es lo que hemos conseguido. Tanto trabajo tirado por la borda”. Mary Gaylord nos convoca en su casa. Lerner, Lia Schwartz, Teresa Gilman... También Ana María Barrenechea, que anda de visita. Paco sigue comentando la actitud de los estudiantes. “¡Qué perra han cogido con el “otro”, qué perra!”

10. “Blanco White, Antonio Machado, Cernuda... Sevilla nunca supo..., o no quiso, no sé..., pero todos hicieron las maletas. Ese fue el error de Fernando de Herrera. De ahí su neurótica obsesión por los errores de imprenta. Quedarse fue su mayor torpeza. Se volvió insoportable”.

11. Henry Sullivan me dice que admira sobremanera su buena prosa. La tilda de neobarroca. Le veo escribir notas. Una letrita como de miniaturista. Cualquier trozo de papel es válido. Su mano es pequeña. No es extraño que levante un dedo, diría que exhortativo, cuando se dirige a un auditorio. Cuida mucho, como nadie, el estilo de su escritura. Tal vez Paco Rico, pero no es lo mismo, no lo es. Admira como a pocos a fray Antonio de Guevara. Allí, en la obra del cántabro, está el mejor castellano jamás escrito. Aunque yo siempre pienso que detrás de su buen hacer se esconde una de sus aficiones menos aireadas: Gabriel Miró.

12. Marta y yo regresamos a España. Siempre que Paco pasa por Madrid algo se nos ocurre para hacer con él. Un día reservo mesa en Ciriaco, en la calle Mayor. “Pídetes los salmonetes, que te gustan mucho”, le dice Teresa. “Madrid, siempre tan tumultuosa. Regreso pronto, y te llamo”. Así es. Ahora le llevo a cenar a una taberna de vinos y embutidos, producto nacional. Sevillano como es, la chacinería es apuesta segura. Marta, Paco y yo. Pedimos la bebida: Márquez quiere una sidra. El camarero manifiesta confusión. También yo hago alguna que otra mueca a mi mujer. Regresa después de preguntar: no hay sidra. En esto veo una clara señal de que Paco lleva mucho tiempo fuera de España. Está muy animado. Habla y no para, de todo. Se le ve contento. Nos habla de su familia, de la guerra civil. “El día de la sublevación militar estábamos en mi casa agazapados, sin abrir la boca. Mi madre intentaba nuestro consuelo. Y he aquí que de repente una voz nos llegó del patio. Una vecina llamaba a mi padre, con terca insistencia. No era momento aquel para hablar de ventana a ventana. Mi padre, ya harto, atajó el asunto: ¿Qué quiere, dígame, qué quiere? ¿Sabe usted -le preguntó aquella fisgona beata- si habrá hoy misa? Mi padre, con ojos como platos, espetó: No habrá en toda la historia de España un solo día menos aconsejable que hoy para celebrar misa” Y reía, reíamos juntos.

13. Estoy organizando un volumen dedicado al cervantismo americano. Son treinta y nueve colaboradores y todos deben escribir un artículo inédito, en español. Se me ocurre, para dar énfasis al aspecto este del cervantismo en Estados Unidos, que cada uno escriba un prólogo a su artículo. Un diván preliminar, un confesionario de lo que cada cual ha llevado a cabo en la práctica del cervantismo: orígenes, cambios, crisis, trayectorias en curso... Hablo con Paco. Su colaboración es segura, creo. Acepta todo menos escribir ese prólogo. “Ya lo hice para el número de *Anthropos*. No me pidas lo que no me apetece. Ese mirarse el ombligo no es para mí”. Me envía un nuevo correo: “Paco: no me pidas imposibles, ahora que soy un vejstorio y la posteridad, que tengo tan cercana, me importa ya un comino. Esto de hablar de uno mismo es atroz si uno no es Santa Teresa, y a mí de eso que me registren. Claro que desearía complacerte, pero las fuerzas ya no me dan para lo que me pides”. La paciencia es una cuestión de tiempo. La cabezonería, que se suele decir. Al final Paco propone una entrevista. Con manguitos, chaleco y visera de periodista, elaboro una serie de preguntas sobre su trayectoria académica. Quedamos en el hotel Agumar, en la calle Reina Cristina, frente al Panteón de Hombres Ilustres. Ha llegado para una conferencia en la Universidad de San Luis en Madrid sobre moriscos. Grabo sus respuestas. Larga y larga Paco como para veinte prólogos. Aborda cuestiones interesantísimas. El libro de Herrera dedicado a Lepanto es una de ellas. “Le destrozaron la vida, le destrozaron su obra, se la quemaron”. “En Mateo Alemán hay un baúl de secretos, pero muy en la superficie, ahí, para quien quiera entender, al alcance de cualquiera. Solo hay que saber leer entre líneas”. “Cervantes nunca pensó escribir el *Quijote*, se vio obligado, mejor dicho, le abocaron”. “Lope, sin embargo, hizo y deshizo a su antojo, pero tenía muchos miedos, no se crea”. Me encarga Paco que yo redacte el prólogo. Lo hago, con enorme dificultad, pues ninguna de sus palabras me parece prescindible. Le envío el resultado. Al poco me escribe: “Fantástico, fantástico. Ojalá los periodistas tuvieran tu capacidad”. En dos semanas recibo las correcciones al prólogo que yo había escrito. No hay ni una sola línea de lo redactado por mí, ni una. Lo que me envía es un repaso fascinante a sí mismo, al alcance de cualquiera, como los secretos del sevillano Mateo Alemán. “La amable insistencia de tan buen amigo como el editor del presente libro me sitúa en el trance de meditar sobre el tema general del cervantismo y de mi modesta presencia en el mismo”. Tengo ahora sobre mi escritorio los dos prólogos, el mío y el suyo. Los releo con sumo cariño.

14. Le escribo recientemente. Sale a la luz la revista *eHumanista/Cervantes*. Le pido nueva colaboración. Me envía un correo que conservo. “Ya no, querido Paco. Ahora me canso antes. Y tengo por ahí mil cosas pendientes ¿Entiendes que no pueda, verdad?”. Me preocupo.

15. Hoy Paco va a dar una conferencia en la Fundación Juan March. Es el 14 de abril de 2013. Es un diálogo con Ricardo García Cárcel dentro de la serie de *Autobiografías intelectuales* que programa la Fundación. Me dispongo a salir, pero me avisan. En la página web hay un mensaje: “Sesión cancelada por el propio invitado... por motivos graves de salud”. ¡Ay!

16. Ceno con Anne Cruz, Adrienne Martín y Ramón Alba, dueño de ediciones Polifemo. Hablamos de Paco. Está muy enfermo. Busco teléfonos. Hablo con unos y con otros.

17. Justo dos meses después, el 14 de junio de 2013, llega un correo de Luis Girón: “Me apena profundamente notificarles que el profesor Francisco Márquez acaba de fallecer hoy, después de lidiar por un par de meses con un cáncer del esófago. No tengo mayores datos que ofrecer por el momento. Estuve con él en la mañana, pero falleció poco después de que yo volviera a Cambridge”. Se suceden los correos. Adrienne Martín, Ignacio Díez, Antonio Carreño... Paco ha muerto.

18. “Antes que el tiempo muera en nuestros brazos”, reza el último verso de la *Epístola moral a Fabio*. Amigos, colegas y alumnos le rendimos aquí tributo. Quédese en nuestra memoria el recuerdo imperecedero de Francisco Márquez Villanueva.

Francisco Layna Ranz (New York University en España y Middlebury College en España)

Ricardo GARCÍA CÁRCEL

Mi memoria de Francisco Márquez Villanueva

Conocí a Francisco Márquez Villanueva en Toledo en uno de los cursos de Cultura Hispano-judía y sefardí que se organizaba en esta ciudad en los primeros años noventa. Previamente había leído mucho su obra y desde luego me sorprendía su ausencia de la auténtica explosión historiográfica que el tema de la Inquisición había experimentado desde 1978. He escrito mucho sobre la llamada “nueva historiografía de la Inquisición” que generó infinidad de coloquios, congresos y publicaciones varias sobre el Santo Oficio, con expresa voluntad de replantearse las grandes preguntas sobre las que habían debatido los historiadores del siglo XIX, conservadores y liberales, apologetas y críticos del régimen inquisitorial. En los múltiples foros abiertos con objeto de exhumar la memoria de la Inquisición, Márquez siempre estuvo ausente. Recuerdo que mientras comprábamos algún mazapán en Toledo le manifesté mi perplejidad por esa ausencia a lo que me contestó, con una sonrisa irónica, que no había sido por voluntad suya. Me escribí esporádicamente con él, pero tardé años en volverle a ver. Lo reencontré en Granada en el congreso sobre los moriscos que organizó en esta ciudad Manuel Barrios en el año 2009. Dio una magnífica conferencia de apertura del congreso y tuve ocasión de hablar mucho con él durante los cuatro días que duró el encuentro científico. En nuestras conversaciones en Granada, le planteé tímidamente que me gustaría hacer un libro con él en el que mi papel fuera similar al de Flores Arroyuelo en su libro-entrevista con Caro Baroja. La idea fue tomando cuerpo y consensuamos que el primer hito del proceso de gestación de ese hipotético libro podría ser una sesión en la Fundación March de lo que se denomina *autobiografía intelectual*, un diálogo entre un maestro reconocido y una persona que hace de lanzadera de las ideas de éste, a través de sus preguntas. Hice la propuesta a la Fundación March y Javier Gomá y Lucía Franco aceptaron encantados.

Ciertamente, a Márquez no le hacía falta invitación propedéutica alguna porque él tenía una singular vocación autobiográfica y ha escrito relatos magistrales acerca de su propia vida. A finales de noviembre del año 2012 el Colegio San Francisco de Paula organizó un pequeño homenaje a Márquez Villanueva en Sevilla. Allí estuvimos con él unos cuantos amigos. Hablamos mucho y me enseñó la ciudad de Sevilla como nadie hasta entonces me la había mostrado. El encuentro en Madrid en la Fundación March estaba previsto para el 14 de marzo del 2013. El 21 de febrero me escribió un e-mail informándome de lo que los médicos le habían detectado, un correo que empezaba con un “perdona la mala noticia” y acababa con un “espero tu comprensión más que amistosa” y en el que hacía gala de una sobriedad y naturalidad impresionantes. A lo largo de sus últimos meses de vida nos llamamos por teléfono y nos cruzamos varios e-mails. Siempre manifestó un vitalismo extraordinario. El 15 de mayo, un mes antes de su fallecimiento, titulaba su correo con un “Noticias y planes por delante” en el que subrayaba que “espero recuperarme y no renuncio a nada de nuestros gratos proyectos. Estoy a tu integral disposición, aunque limitada, en este momento por mi estado físico”.

Aquel libro de conversaciones ha quedado forzosamente aparcado. Me gustaría llegar a publicar un libro-homenaje en el que a través de sus propios artículos-tengo algunos inéditos, que él me envió en su último año de vida- pudiera reflejar lo que fue su vida y su obra.

A mi me fascinó siempre de Francisco Márquez Villanueva su afán por el rescate de la alteridad, por ponerse del lado de los otros, los perdedores o marginados de la historia, por situar siempre su mirada desde “las otras laderas”. No fue un exiliado político en el sentido literal del término, pero siempre se sintió políticamente desterrado por la mediocridad y la grisura del franquismo de la España de 1959, viviendo con la melancolía del contraste entre la realidad de la España que fue y la que pudo ser y no fue. Tan cervantino como el morisco Ricote, nunca fue un sectario ni siquiera en su devoción por Américo Castro. Su identificación con las cuitas de los conversos y musulmanes de la España del Siglo de Oro nunca le hizo olvidar el goticismo originario previo al 711, siempre tuvo en cuenta la referencia de Santiago y lo que la misma significaba. Armonizó a Castro con Bataillon y hasta con Eugenio Asensio.

Él fue, ante todo, un hombre libre, apasionado por las fronteras culturales, el mestizaje identitario, el territorio híbrido y poroso que queda entre las confesionalizaciones dogmáticas y reduccionistas. Soñó con la tolerancia como planta escasa en la historia española, en lucha contra las Inquisiciones que tanto han moldeado el pensamiento español, no sólo la Inquisición clásica, institucional, sino la pedagogía del miedo, del control social, la Inquisición inmanente. La literatura del Siglo de Oro siempre la interpretó en el marco de las imposiciones y coacciones sufridas por los individuos, que buscarían en la literatura el oxígeno de la libertad, la válvula de escape a los condicionamientos ortopédicos. Exploró, para ello, como nadie, las claves internas de los textos, rastreando las dobles intenciones, los guiños de complicidad de los autores con sus mensajes implícitos. En contraposición a Maravall, a él no le interesó la literatura producida por los intelectuales orgánicos del sistema, sino por los sujetos pacientes del poder o poderes establecidos.

Siempre le sangró la herida de su Sevilla natal, de su España lejana. Nunca olvidó la entrevista que tuvo en noviembre de 1959 con Menéndez Pidal que le encareció que no olvidase el deber de un posible regreso a España. Pero más allá de diversas invitaciones académicas, nadie lo reclamó sería y formalmente para volver a la universidad española en calidad de lo que merecía. Y esa frustración nunca la superó pese al reconocimiento de que gozó como catedrático, nada menos que en Harvard, o algunas distinciones que se le concedieron en España. En él siempre latió la íntima discordia entre el amor a la madre-patria y el desgarró de su percepción de la España-madrastra.

Para terminar quiero exponer el programa-cuestionario que consensué con él y que queríamos que fuera en la sesión de la *Autobiografía intelectual* que pensábamos desarrollar en Madrid, en la Fundación March y que podría servir de índice de un hipotético libro de Francisco Márquez Villanueva, si fuéramos capaces de rescatar los textos escritos por él respondiendo a estas preguntas. Sería su gran libro póstumo.

Tema sobre los que girará la conversación nuestra en la Fundación March:

VIDA

- Orígenes familiares. Influencia de los padres (¿las dos Españas en casa?)
- La guerra. Comienzo cuando tenía 5 años. ¿Desgarros familiares? ¿Recuerdos de la guerra y la represión franquista?
- La educación y la enseñanza media. Los Escolapios y el colegio San Francisco de Paula (otra vez las dos Españas).
- La Universidad franquista. Imagen global de la universidad de Sevilla. Tiempo de silencio. ¿Posibles brotes verdes? La figura de López Estrada, su maestro directo. Julio González, Mata Carriazo, Giménez Fernández.
- 1959 ¿Exilio? ¿Emigración? ¿Fuga? ¿Cómo definiría el salto a América? ¿Qué te sacó de España? ¿Qué te llevó a América? ¿A quién conocías previamente allí? Menéndez Pidal y tu entrevista antes de salir de España. Balance de la significación de Don Ramón.
- Los referentes intelectuales americanos (Lida, Gilman, Gordon...). Comentarios sobre algunas figuras como Sicroff.
- Las relaciones con el exilio español en Estados Unidos (Carrasco, Marichal, Guillén...) ¿Quiénes fueron tus mejores amigos?
- Proyección política. Antifranquismo. ¿Vínculos con la militancia antifranquista española?
- Valoración del hispanismo norteamericano. Comparación con el francés y el inglés.
- Recorrido por universidades americanas. Análisis comparativo (Harvard-Vancouver. N. Brunswick y New York). Experiencia teatral en Vancouver.
- Alumnos. Buenos y malos recuerdos.
- Nexos con la universidad española. El descubrimiento de Márquez Villanueva en España. Cursos y presencia académica en España (desde los años setenta).
- El sentimiento España. Percepción del exilio. Nostalgias y reafirmaciones.

OBRA

- La globalidad de la historia de la literatura española. ¿Nunca se ha planteado una obra de conjunto? ¿Por qué el escaso interés aparente por el siglo XVIII? ¿De dónde le viene la fascinación por el alicantino Miró?
- La metodología. Su visión crítica del marxismo y de los catecismos de historia social. Su rechazo a la posmodernidad, sobre todo francesa. La literatura como fuente histórica. El problema de las secretas intenciones del autor. El autor propone, el lector dispone. Información y opinión en la literatura.
- Su visión de Castro. Memoria del primer y del último encuentro. La percepción de Castro y el paso del tiempo ¿Ha cambiado su imagen de Castro a lo largo del tiempo? ¿En qué aspectos hoy sería más crítico con Don Américo? Tres cuestiones a debatir sobre el castrismo: el biologismo implícito con sus apriorismos, la idealización de la España de las tres culturas y el fatalismo de la eterna bipolaridad conflictiva (los sueños de la España que no pudo ser). ¿Qué opina de las críticas a Castro de Eugenio Asensio?

- Tolerancia e intolerancia, ortodoxia y heterodoxia. El reduccionismo nacionalcatólico de Menéndez Pelayo. ¿Superación o vigencia actual del menéndezpelayismo?
- La España de las tres culturas. El concepto cultural alfonsí. Las críticas a la idealización por parte de Domínguez Ortiz.
- Cristianos viejos y cristianos nuevos. Dos maneras de vivir, dos maneras de creer. El mundo converso. ¿Por qué escogió a Álvarez Gato como tema de tesis? El talaverismo actual de la historiografía italiana (Ianuzzi, Pastore...) ¿Qué opina de la bipolaridad Talavera-Cisneros? ¿Se puede pensar como converso sin ser converso?
- España, Europa y África. ¿Hubo un giro del Castro de *El pensamiento de Cervantes* al de *España en su historia*? ¿El goticismo sánchezalbornociano significa una apuesta por las raíces europeístas de España? ¿Es posible la conjunción Castro-Bataillon? ¿Qué opinas de las corrientes espirituales afines?
- El mundo musulmán I. ¿Qué opina del andalucismo que quiere interpretar Andalucía sólo en clave musulmana con Fernando III o los Reyes Católicos caracterizados como los perversos distorsionadores de la identidad primigenia?
- El mundo musulmán II. Los mitos de la expulsión de los moriscos (la inevitabilidad, la imposible asimilación, la amenaza conspiratoria). La defensa de una España sincrética. ¿Desde cuándo arrancarían el sincretismo?
- Cervantes y Ricote. ¿Ambigüedad? ¿Indefinición? ¿Razón frente a sentimiento? Ricote y las terceras Españas. Las identidades fronterizas en la historia de España.
- ¿Qué opinión le merece la llamada alianza de las civilizaciones? ¿Ha tenido alguna incidencia en la historiografía reciente sobre la expulsión de los moriscos el terrorismo musulmán?
- El escritor y el compromiso político. De Cervantes a Lope. ¿Era Lope un intelectual orgánico? El Lope oficial y el Lope populista.

Luce LÓPEZ BARALT

Paco Márquez Villanueva, maestro cómplice, hermano andaluz

Pese a mi pasado harvardiano y americocastrista, no coincidí en mi reverenciada *alma mater* con Francisco Márquez Villanueva. El entonces muy joven maestro ya había pasado y volvería a pasar por las aulas de Harvard, pero fue mi marido Arturo Echavarría quien alcanzó a tenerlo como profesor. Arturo siempre evoca a un Paco recién llegado de Sevilla, aún de “novio formal”, como él mismo decía con orgullo, de María Teresa. Al año siguiente llegó a Cambridge aquella preciosa lozana andaluza de largos cabellos negros que habría de ser el norte seguro de la larga vida de Paco. Ella fue la elección más sabia de la vida del maestro.

Antes de conocer a Paco me alcanzó su merecida fama. Al fin lo pude ver en persona en ocasión del sexto Congreso de la AIH, celebrado en Toronto en 1977. Enseguida hablé con el distinguido hispanista de nuestros estudios en común, que siempre corrieron por las sendas hermanas del respeto a la pluralidad cultural de España. Paco me dio cuenta de cómo se inició en las orientaciones críticas que le durarían toda la vida con unas palabras que me quedarían grabadas con fuego en el alma: “Cuando leí a Américo Castro por primera vez, fue como si un rayo me hubiera explotado a los pies”. También yo, como él, leía a Castro a escondidas en mis años de estudiante en Madrid, y me causó la misma hondísima impresión: fue como si me hubieran quitado una venda de los ojos y pudiera comprender al fin muchas cosas de la historia española que me habían sido ocultadas. Como Paco, había tardado en saber que España era el país más fascinante de Europa justamente por su tardío mudejarismo, aún vivo en los albores de la modernidad.

En aquel Congreso -el primero de mi vida, por cierto-, Paco habló sobre “Los joyeles de Felismena”. Fue desgranando con tal pasión y primor erudito la simbología oculta detrás de las gemas engarzadas del personaje de la *Diana* de Montemayor que escucharlo fue como si otro rayo “me explotara a los pies”. Había recuperado al fin al maestro que el destino me había negado en Harvard, y me declaré inmediatamente su discípula. El mismo destino benévolo me depararía aún otra sorpresa: el ir acompañada del sapientísimo experto en joyas literarias en busca de joyeles exóticos por las callejuelas del zoco de Túnez y por el barrio chino de Nueva York. A este último fuimos Paco y yo con la compañía de la entrañable Marisol Carrasco, que observaba divertida nuestro entusiasmo de mercaderes instintivamente orientalizados.

Quedó inmediatamente sellada una intensa amistad en la que Paco y yo fuimos descubriendo complicidades secretas al margen de nuestros estudios en común. Allí en Canadá decidí robarme al maestro, siquiera temporalmente, para la Universidad de Puerto Rico, donde nos habría de ofrecer conferencias magistrales y un curso memorable sobre el *Quijote* cuyos apuntes aún conservo. En mi isla Paco adquirió un harén de admiradoras que mantiene al día de hoy, con la generosa aprobación de María Teresa. Algunas de ellas habrían de publicar cosas muy importantes en la línea de investigación moriscóloga tan cara a nuestro maestro.

Nunca olvido el momento en el que Paco llegó por vez primera al Caribe: recién salido del avión, oteó con una exaltación anticipada propia de los descubridores de Indias, aquel verdor tropical, para él desconocido, que lo hizo exclamar emocionado: “He tenido que venir aquí para saber lo que es el color verde”. Y añadió más: a las flores de Estados Unidos habría que darle una limosna, comparadas con las que se abrían espléndidas ante sus ávidos ojos azules. Huelga decir que nuestro novel “cronista de Indias” se puertorriqueñizó inmediatamente, con elegante sombrero de paja incluido. Entonces descubrimos que otro misterioso vínculo nos unía: la hermandad inmediata que, por razones históricas, une siempre a andaluces y a caribeños. Puerto Rico aún tiene una personalidad muy andaluza, pues la isla fue colonizada en el siglo XVI no sólo por sevillanos, sino por trianeros, y nuestra ascendencia aún se nos nota, y mucho. Paco resumió esta nuestra cercanía vital con otra de sus frases lapidarias: “Lo que divide a Sevilla y al Caribe no es un océano, es un río”. En efecto: el Atlántico devino un íntimo Guadalquivir ante la fraternidad jubilosa que compartimos con Paco y María Teresa hasta el día de hoy. Fuimos degustando con alegría nuestra antigua prosapia en común: les cocinábamos platos “puertorriqueños” típicos como la “carne mechada”, que ellos celebraban porque los reconocían como andaluces. Compartimos hasta las primicias de un huracán en el hotel Primavera de Rincón, del que los cuatro salimos afortunadamente ilesos. Hubiera sido terrible para las letras españolas perder a Paco en el Trópico.

Paralelamente a estos alborozos caribeño-andaluces, seguí bebiendo en las aguas de la sabiduría de mi maestro elegido y entregándole muchos de mis inéditos para recibir su sabio consejo. Considero imposible entender a Cervantes sin contar con su obra sin par, que Paco siguió actualizando con brío sorprendente hasta sus últimos días. Difícil penetrar aspectos claves del Arcipreste (¡aquél misterioso “*pan pudendum muliebris*”!), del teatro de Lope, de la literatura morisca, del mito de Santiago, de la presencia conversa, de *La Celestina*, incluso, del delicado estilista Miró sin los estudios, ya legendarios, de Márquez Villanueva. He celebrado en más de una ocasión los méritos científicos de Paco: en el *Homenaje* que le rindiera *Anthropós* lo declaré “profeta de la literatura erótica española” a la luz de su ensayo “Las lecturas del deán de Cádiz en una cantiga de mal dizer”. Esta otra complicidad que tengo con Paco en el tema erotológico hizo nacer un libro en colaboración: *Erotismo en las letras hispánicas*, que editamos en el Colegio de México. Pero lo que realmente me interesa aquí es celebrar al amigo de tantas décadas y desvelar algo de la humanidad rebosante y generosísima que se ocultaba bajo la deslumbrante inteligencia del maestro.

Cuando Arturo y yo regresamos a Harvard por como *visiting scholars* en 1981-82 seguimos compartiendo muy de cerca con Paco y María Teresa. Nunca olvido nuestra Nochebuena íntima, que los cuatro celebramos combinando platos andaluces y puertorriqueños: pernil al horno y turrónes con Anís del Mono. Aún me parece verlo llegar a casa bajo la nieve, con una elegantísima capa negra que manejaba con el garbo de un personaje de Lope. Poco después fuimos juntos a Túnez y les puedo asegurar que quien no haya ido de compras con Paco a un zoco oriental no conoce a Paco. Agradecí mil veces su *savoir faire* en las medinas, porque mi marido, con su obvia sobredosis de países árabes, las detesta. Mi solidario compañero de zoco resultó, en cambio, tan fino catador de joyeles

extraños en la medina como en las páginas de Montemayor: que lo diga María Teresa, la gran beneficiaria de su *expertise* en joyas. Por cierto, conservo una foto espléndida de un Paco felizmente orientalizado con un coqueto ramillete de jazmines tunecinos en la oreja que celebro poder compartir por este medio. También va otra foto feliz tomando el café turco a la oriental con María Teresa y aun otra saludando desde la ribera tunecina a la que tantos moriscos como Ricote arribaron en el 1609. Paco rebosa felicidad: quien escribe un libro tan sensacional como *Moros, moriscos y turcos de Cervantes* tiene que sentir verdadero entusiasmo por su campo de estudio. Y a Paco, lo sé por experiencia, le sobra esa pasión.

No sólo me unieron a Paco las andanzas felices por el Alcaná de Toledo tunecino, sino otra cosa que fue medular en su vida: los felinos. Lo saco a colación porque cuando Paco presentó en Madrid mi libro *La literatura secreta de los últimos musulmanes de España* aludió a ello sin empacho. Es tanto el amor de Paco y de María Teresa por los mininos que tuvieron la enloquecida generosidad de hospedar a nuestra gatita persa Dodó en su casa por un verano entero. Pero la persa se portó mal sobre una alfombra, que gracias a Dios no era persa. Cuando mi hermana Merce llamó por teléfono y le preguntó a Paco cómo se había portado la minina, Paco respondió, eufemístico, encubridor: “Bueno, ha hecho algunas fechorías en el orden de la limpieza”. Pero la generosa hermandad de Paco pasó por alto la “fechoría”: una aureola de santo gatófilo siempre coronó para mí su noble cabeza.

Nuestra inveterada pasión gatuna estrenó nuevos rumbos cuando los entusiastas Paco y María Teresa venían a visitarnos a Yale, donde Arturo y yo enseñamos en 1982-83. Un fin de semana nos acompañaron a comprar una nueva gatita tras la muerte de su antigua huésped Dodó. Con gozo de niños pequeños recorríamos remotos criaderos de gatos persas, de los cuales Paco sabía tanto como de los intrincados joyeles de Felismena. El más memorable de todos los *dealers de gatos*, como los llamábamos, fue el de Nancy Belser en Castletown, una especie de arca de Noé tan llena de animales exóticos como huérfana de higiene. La “exhibición” de los gatos fue en la cocina, y la pasarela de los elegantes mininos era nada menos que la mesa de comer, que la buena de Nancy limpió con un paño para que los gatos, que también pululaban por la estufa y el fregadero, no se ensuciaran con las sobras de comida. *Por eso y por otras cosillas que no digo* Paco le susurró al oído a Arturo: “¿Te imaginas que mal rato si nos invitan a tomar una taza de café aquí?” Con todo, allí obtuve una gatita preciosa, casi tan bella como el señorial Grisel que reinó por años en casa de nuestros hermanos Paco y María Teresa.

Gracias, Paco, por tu vida fecunda y por la incesante inundación castálida de tus estudios impagables, que nos seguirán aleccionando a todos en los años venideros. Gracias, maestro cómplice, maestro consumado, entrañable hermano andaluz, por todo lo compartido. Sé bien que seguiremos compartiendo sabiduría en otro plano trascendido de existencia, y te lo afirmo con un verso de Miguel Hernández: “Que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero”.

Luce López-Baralt (Universidad de Puerto Rico)

LUIS GIRÓN

Ya han transcurrido casi tres meses desde la pérdida abrupta de Francisco Márquez Villanueva y lo extraño como si hubiera sido ayer. Fueron veinticinco años de un diálogo ininterrumpido con mi querido maestro. No sabría siquiera qué anécdotas escoger para bosquejar al vuelo lo que significó para mí. Comparto pues, en el espíritu que anima este homenaje afectivo, una reminiscencia más personal: la oración fúnebre con la cual despedí el duelo después de que hablara su hija y antes de inhumar sus restos en el Harvard Hill del cementerio histórico de Mount Auburn.

22 de junio del 2013

Al publicar por primera vez las obras de Santa Teresa—una figura tan querida por el profesor Márquez—fray Luis de León le hace una triste confesión a sor Ana de Jesús.

*Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra;
más agora que vive en el cielo
la conozco y veo casi siempre
en dos imágenes vivas que nos dejó de sí,
que son sus hijas y sus libros.*

A diferencia de fray Luis, nosotros sí conocimos en vida al profesor Márquez, su familia, sus alumnos, sus colegas, sus amigos. Todos lo conocimos y lo amamos en este lado de la eternidad, algunos desde siempre o desde la infancia en el seno de la intimidad familiar, como padre, como esposo, como abuelo; otros más adelante por esas diversas circunstancias de vida--esos avatares compasivos de la Providencia--que nos acercaron a la órbita de su cariño como maestro y mentor, consejero e inspiración.

Y ahora que lloramos juntos su partida tan abrupta *in paradisum* lo redescubrimos como fray Luis a Teresa en esos vivos retratos que dejó de sí para la posteridad: sus hijos y sus libros.

Vive en sus libros, sí – en esos testimonios perdurables de una vida consagrada a iluminar los cuatro rincones de las letras hispanas, los más bellos y admirados, también los más insólitos y polvorientos, todos devueltos a la luz con amor e inteligencia por más de medio siglo de una labor incesante forjada en el exilio.

Lo buscaremos en sus libros, sin duda, como yo hace un par de días, cuando desvelado por su pérdida a las cuatro de la madrugada, me senté en la cama a leer al azar un capítulo de sus *Moros, moriscos y turcos*. Lo hacía no ya por toda esa sabiduría vertida con generosidad en el caudal inagotable de su amado Cervantes, mas por oír nuevamente esa voz que tanto

extraño, por sentir los latidos de su pensamiento y reconocer en esas páginas inconfundibles la palabra viva y consoladora de mi querido maestro.

Vive en sus libros, sí.

Pero vive sobre todo aquí en sus retratos vivos.

Vive en la familia aquí reunida para celebrar su memoria y encomendarlo al seno de Dios.

Vive en su amada doña Teresa que tantas veces me ha regañado cariñosa e infructuosamente por llamarle doña y de quien el profesor en su último prólogo dice “mi esposa ... que yo sólo conozco en toda su decisiva profundidad de ser o no ser”.

Vive en sus amadísimos hijos Luis, Esperanza y Paco, luz de sus ojos y fuente de orgullo, a cuyo dolor hoy todos nos unimos.

Vive en sus queridísimos nietos, Alex, Charlie, Teresa, Anna y Maksim, his five grandchildren whom I feel I know a little already, with all the vivid reminiscences that don Paco and doña Teresa have shared over the years, always beaming with pride and joy over your sundry accomplishments and luminous future.

Y vive, claro está, en esa familia extendida por todos los rincones del hispanismo, los hijos e hijas que tanto lo quisimos y que crecimos bajo la sombra fecunda de su docencia ejemplar como mentor y amigo. Eso fue para mí, amigo, mentor, maestro, padre espiritual desde la primera vez que me recibiera en su despacho de la Widener hace veinticinco años. Allí me acogió con brazos abiertos y allí me abrió las puertas a ese acervo inabarcable que tanto amaba de la creatividad literaria hispana, con una amplitud de miras y una generosidad incondicional que han sido ayer y siempre una lección de humanidad. Allí me encarriló a una vida de servicio en las aulas modelada en la suya, una vida de reflexión intelectual y de gozos indecibles rodeado por sus otros nietos, mis queridos estudiantes con los cuales comparto ahora mil recuerdos de mi maestro y esas lecciones desgajadas de su sabio magisterio.

Y así como la mía, se multiplican las historias agavilladas en estos días de duelo, historias de tantos amigos y discípulos, cercanos y distantes, que han escrito desconsolados por su pérdida, aunados por su magisterio, conmovidos por el recuerdo de una vida larga y aprovechada en aras de la docencia y de una vocación académica que fue semilla de otras tantas. En suma, la comunidad entrañable de quienes lo conocimos en las aulas, unidos por la gratitud, la admiración, el afecto, la devoción filial. Aunque sufriera mucho el exilio que lo trajo desde Sevilla a estas tierras, nunca estuvo solo, siempre amado y rodeado de su familia entrañable, ese remanso de ternuras que está aquí reunido, y de esa otra familia extendida que junto a ustedes lo recuerda.

Hace dos semanas en Italia, de paso por Asís, fui tarde en la noche a la Basílica de San Francisco y pasé unas horas serenas, consoladoras en la capilla de piedra que alberga sus

restos. Allí encendí una velita por mi papá, también Francisco, a quien perdiera hace veinticinco años. Y encendí otra por nuestro Francisco en agradecimiento, con las palabras del santo a flor de labios en ese silencio numinoso: “Que el Señor te bendiga y te guarde, te muestre su rostro y tenga piedad de ti; Vuelva a ti su rostro y te conceda la paz. Que el Señor te bendiga”

Descanse en paz

Luis M. Girón-Negrón (Harvard University)

Antonio CARREÑO

*Haciendo el camino: de la mano de Francisco Márquez Villanueva
y Paolo Coelho. In memoriam*

Ya va por la duodécima edición. Es del año 2000 la que acabo de consultar y leer. Se trata de *El peregrino de Compostela*, del famoso escritor brasileño Paulo Coelho. El subtítulo (*Diario de un mago*) conecta este relato con otro previo, *El Alquimista*, que fue un hito en la lista de publicaciones del narrador brasileño. Ensoñación, brujería, magia, leyenda medieval, historia, catarsis física y espiritual y, sobre todo, búsqueda (antes como ahora) del objeto venerado, a modo de apropiación e identidad (la espada), confieren al relato la magia de una revelación, metafísica y espiritual. Fija el cierre (*closure*) el que “tal vez consiguiese un día entender que las personas siempre llegan a la hora exacta donde están siempre esperadas”. Deviene en alegoría de la existencia humana: cada uno ya tiene marcado el final del camino y la hora de la llegada.

A modo de catarsis textual se intercalan una serie de intertextos, en letra menuda, enmarcada con negros bordones trazados con las insignias del peregrino (la viera y la cruz de la orden de Santiago). Invitan a la meditación y al ejercicio físico y ascético. Así reza el que se titula “El ejercicio de la semilla”: “Arrodílese en el suelo. Siéntese después sobre sus talones y doble el cuerpo de manera que su cabeza quede en sus rodillas”. Once exhortaciones, de variada índole (alegóricas, esotéricas) van empedrando en letra menuda el relato. Es significativa la titulada “El Despertar de la Intuición (El ejercicio del agua)”. Se avisa: “No busque resultados prácticos a este ejercicio, porque él, poco a poco, irá despertando su intuición”. *El peregrino de Compostela* de Paulo Coelho, en diálogo con su acompañante Petrus, describe los fragmentos de un camino que deviene en alegoría de la propia precariedad y de la búsqueda de lo Otro. Porque todo camino, por largo que sea, tiene una meta. Su final.

Y este peregrino, al igual que el texto de Coello, asume en su horizontalidad los otros textos o marcos, a modo de pequeños retablos o altares románicos, que marcan un descanso interior en el arduo caminar. Como en los lejanos *Cuentos de Canterbury*, la narración figurativa avanza la global del peregrinaje. La alegoría enmarca el continuo desplazamientos de signos, y éstos van también peregrinando, en el relato de Coelho y en el camino hacia Santiago de Compostela, bajo un complejo ropaje de símbolos y leyendas: el Paso Honroso, Suero de Quiñones, Templarios, Maestros, ritos legendarios, fórmulas ascéticas y contemplativas.

Ya las enumeraba, ahora de la mano de Francisco Márquez Villanueva (*Santiago: Trayectoria de un mito*) el sermón *Veneranda Dies*, incluido en el *Liber Sancti Jacobi* (I, xvii): “Otros lloran sus pecados, otros leen los salmos, otros dan limosna a los ciegos” (‘alli peccata plorant, alii psalmos legunt, alii elemosina cecis tribuunt’). La ascesis a través del largo camino contemplaba un nuevo nacer (o renacer) simbólico: el desprendimiento de la polvorienta vestimenta, que se arrojaba bajo la *cruc dos farrapos*; el aseo y la limpieza en una fuente señalada, antes de acceder al templo del Apóstol. Antes como ahora, la tradición se lee

y se rescribe, se funda y se refunda como un profundo anhelo de la conciencia humana: el caminar bajo la intensa lluvia que, a modo de nuevo bautismo, cierra el relato: “el agua viva descendía de los cielos y hacía que la hoja de mi espada brillara”. Revela la fe del narrador como creyente y su pasado como un añorado colegial de las prácticas de meditación de la Compañía de Jesús.

El otro camino era ir mirando al cielo y contemplar, en una noche estrellada, a modo de duplicación cósmica, las estrellas de la Vía Láctea (*Axis mundi*) y la iluminada fugacidad polvorienta que allá arriba duplicaba, a modo de rúbrica, la ruta del peregrino hacia Santiago de Compostela. El peregrino iba poseído de anhelo místico y regresaba a su terruño, en los albores de la Edad Media, cargado de mercancías y de artículos de lujo; de costosas joyas mercadas en las platerías situadas (antes como ahora) al lado del gran templo compostelano. El cansancio físico en el largo y lento caminar tenía no sólo una recompensa humana y espiritual; también económica. El camino hacia Santiago era un consagrado espacio del transporte y abastecimiento de mercancías; un gran referente para la economía monetaria de Occidente.

El apóstol Santiago era el gran abogado de los peregrinos. A él se llegaba en busca del milagro o de tocar la reliquia sagrada. Entre ellos, los afectados de lepra, los lazaretos, lisiados de cuerpo y cansancio, que contaban, ya en 1149, con hospitales dedicados a la asistencia de canónigos leprosos. Santiago era el gran protector de sus devotos. Los protegía de los riesgos personales, y ayudaba a la liberación de los cautivos en manos del enemigo. Señalados milagros, de variada índole, fueron recogidos por el monje Gonzalo de Berceo (*El romero de Santiago*) y por el rey Sabio (Alfonso X) en sus *Cantigas de Santa María*. Los hechos, reales o fantasiosos, se prodigaban de boca en boca y, a modo de gran monumento de fluida oralidad, asentaron historia social, hagiografía, leyenda y mito.

La *Guía del peregrino* de Aimery Picaud, que formó parte del libro quinto del *Liber Sancti Jacobi*, canciller de varios Papas y autor de himnos, asienta a mediados del siglo XII, y pese a sus limitaciones, la toponimia del ecuménico trazado. El recorrido se inicia en Saint-Jean-Pied-de-Port y lo divide en trece jornadas. Avisa sobre las incomodidades del camino, la calidad del país que se atraviesa, dedicándole más atención a las rutas francesas que a las peninsulares. Enumera lugares de acogida; refiere santuarios dignos de visita; advierte sobre el peligro de las aguas y de los alimentos. Dura es la estampa que presenta del camino a su paso por el país vasco-navarro. El peregrino es sometido a extorsiones, observa Picaud, en forma de ilegales gabelas y portazgos. Sus ciudadanos no respetan las jerarquías sociales; son enemigos de la nación vecina, agresivos, impúdicos y animalizados en las relaciones sexuales. Y maldice su lengua, que le induce pavor y miedo.

El afamado canciller es más generoso en su *Guía* al penetrar Tierra de Campos y la verde Galicia. Alude a la abundancia de pan, vino y sidra; a las ciudades bien pobladas, a la variedad de mercancías. Los compara con los franceses, menos primitivos que el resto de los peninsulares, pese a la presencia de algunos, pendencieros e iracundos (“iracunda et litigiosa ualde habentur”).

El viajero del lejano siglo XII queda atónito, asombrado, ante la maravilla del templo compostelano. Nada semejante ni comparable. Y no menos ante la puerta occidental (Pórtico de la Gloria), una formidable síntesis escultórica del universo religioso y de sus más renombradas alegorías. La figura sedante del Apóstol, humilde y a la vez carismática, ofreciendo la luz de la Verdad, cerraba el camino a modo de círculo divinizado. El uno, ya resuelto como peregrinaje, conectaba con la vivífica manifestación escultórica, exultante, de la meta ya lograda; el otro, ante el mágico pórtico, se mostraba visualmente como antesala del Paraíso, tan bien descrito por Dante en su memorable *DivinaCommedia*.

Antonio Carreño (Brown University)

Michael ARMSTRONG-ROCHE

Recuerdos de Francisco Márquez Villanueva

Guardo unos cuantos recuerdos persistentes, y quizá por ello representativos, de lo que significa para mí el magisterio de Francisco Márquez Villanueva. Remiten a mis años de aprendizaje como doctorando (iniciados en 1989) en la Facultad de Lenguas y Literaturas Románicas de Harvard. Son pinceladas modestas, toques de luz para el retrato colectivo. Si valen algo, es como señal de agradecimiento a un profesor que encarna para mí, ya de forma permanente, un ideal de compromiso hondo y vital con el pasado y con las letras.

Confío en que el tributo a un maestro desaparecido no esté reñido con el reconocimiento a los vivos, y señaladamente a su esposa Teresa Lorenzo de Márquez. En mi caso es ineludible, además de justo, porque la conocí primero a ella. Teresa y yo formamos parte de un equipo de investigación que preparaba el catálogo de la exposición *Goya y el espíritu de la Ilustración*, montada en el Museo de Bellas Artes de Boston, el Prado y el Metropolitano de Nueva York (1988-1989). Teresa escribió un ensayo formidable para dicho catálogo (“Tradiciones carnavalescas en el lenguaje icónico de Goya”, 99-109), un ensayo todavía leído, admirado y citado por los asiduos del pintor aragonés. Firmó también (con las siglas TLM) unas fichas, luminosas, sobre estampas y dibujos (páginas 202-203, 378-395, 464-465, 472-478). Luego habría yo de recordar, con cierta nostalgia, ese equipo, modelo de compañerismo intelectual, poco habitual entonces (y aún) en el estudio universitario de las Humanidades. Compartíamos lecturas, datos, referencias e ideas y nos leíamos y comentábamos los borradores. Constituyó ese equipo, y Teresa por delante, una *paideia* para mí de primer orden. Se ocupó amablemente Teresa, con la ayuda de quien era aún Paco (primero Paco de la mano de Teresa y luego y para siempre, el profesor Márquez), de corregir la traducción que habían hecho otros de mis fichas. Infero por mi experiencia que en Teresa el profesor Márquez pudo contar con una interlocutora y lectora de lujo, además de báculo. A Paco se le ocurrió, al leer las fichas, que me podría interesar hacer el doctorado en filología en Harvard, y recomendó que solicitara. Según le comentó a Teresa, le recordaba a sus alumnos (entonces de mi edad) porque intentaba mostrar todo lo que sabía en cada ficha. Luego me habría de formular su poética crítica, en fraternal corrección de un trabajo, así: “Nuestro verdadero oficio es el de sintetizar de un modo claro y oportuno”. Sus lectores más fieles reconocerán hasta qué punto se esforzó por encarnar, ejemplarmente, ese ideal.

En esa nueva etapa, la accidentada *peregrinatio* del doctorado, no me perdía sus asignaturas, un norte inclusive cuando ya había superado el examen general e iba de oyente. Algunos jalones de la travesía: ante todo, la iniciación reveladora, en ese primer cuatrimestre, de las clases que dictó sobre el *Quijote*. A medio camino, nos dibujó un loco de corte en la pizarra. Recuerdo en particular cómo iba armando poco a poco, cual rompecabezas, la imagen (y el sentido) de esa figura medular para su concepción del arte cervantino. Se fueron perfilando los signos de animalización (la cresta de gallo y las orejas de burro), luego el cascabel (que anunciaba su llegada), la maza (el emblema del oficio) y la saya jironada y manchada, ya que se le rompía y ensuciaba haciendo locuras y porquerías. Aquellos jirones y

manchas de colores chillones se geometrizarían eventualmente en Arlequín. El loco, y la lección, nos llegaban así por más de un sentido. Y el significado -la estilización de un cometido a la vez lúdico, moral, político y anímico, con su inconfundible aire de época (“¡Qué viene el loco!”)-calaba aún más hondamente. Ya en otras ocasiones, recuerdo la fruición, alegre más que procaz, con la que señalaba los remedios castizos contra la mojigatería académica: los sobacos mojados del Arcipreste o los saltos de gozo infinitos de Rojas. Por otra parte, recuerdo también el revulsivo de su replanteamiento del don Juan de Tirso (no sólo de un texto, sino de una época y una cultura), un don Juan antes cruel individualista que amante al estilo de Casanova, movido más -como dechado de una nobleza canalla-por la burla pesada que por el placer de la seducción.

En el seminario dedicado a *La Celestina* nos pidió pasar por su despacho para plantear temas de trabajo. El día concertado, me senté en un sillón justo delante de su escritorio y el profesor abrió un cajón. Cuando llegó el momento de proponer temas, él ojeaba algo en el cajón (¿una lista de temas?). Propuse un tema, luego otro, luego otro más; él iba descartando (“trillado,” “muy trabajado”), mientras escrutaba el cajón. Yo había apuntado cinco o seis posibilidades y no me daba aún por vencido. Por fin di en el clavo: La música en *La Celestina*. Hubo una pausa: se le dibujó una leve sonrisa primero en los ojos y luego en los labios. “Pues mire [me dijo], puede que haya un hueco ahí”. No recuerdo lo que escribí: estoy seguro de que pasó el resultado sin pena ni gloria como trabajo de aprendiz. Si ese cuadro viviente ha logrado burlarse del tiempo dudo que sea por el banal triunfo del tema (dar con algo que me interesara sin una bibliografía abrumadora), sino por el misterio de ese cajón, la cifra de un enigma, y del profesor como guardián de arcanos y tesoros--la lista (quizá imaginada) de temas secretos, de caminos inéditos, de problemas por dilucidar. Me pregunto qué habrá sido de esa lista, aunque no creo que el profesor Márquez haya dejado muchas cosas en el tintero. De pluma fecunda como pocos, no parecía agotarse, o repetirse, en sus libros. Mantenía viva su capacidad de sorprender hasta el último momento, tanto en sus temas y conclusiones como en los acercamientos.

Le pedí que me acompañara en el Examen General (1993), ocupándose de las preguntas dedicadas a la Edad Media (con Mary Gaylord para Siglo de Oro y Luis Fernández Cifuentes para Moderna). En la parte escrita yo había mencionado el averroísmo popular, de paso, en una respuesta centrada en otro problema. El profesor aprovechó el examen oral para preguntarme cómo se había transmitido dicha corriente difusa de pensamiento. Antes de que pudiera aventurar conjeturas más o menos verosímiles, retiró la pregunta, excusándose amablemente: es una cuestión demasiado difícil, dijo. Y remató: es injusta la pregunta. Me impresionó fuertemente el gesto. En lugar de servirse del momento para hacer alarde de su autoridad y poner en evidencia la (probable) ignorancia del alumno ante los colegas, dio un ejemplo no ya de compasión (aunque también) sino de justicia.

Un apunte final: ¿Por qué no me perdía sus clases y sus publicaciones? Por esa sensación que supo crear de ser testigo de otra época, de constituir una especie de caja de resonancia para un pasado heterogéneo y conflictivo, para unos escritores y unas gentes que perduran sólo en los retazos vitales (y, a veces, los silencios) que nos han llegado. Si la

historia es el diálogo con los muertos, el profesor Márquez le infundía a ese trato una vitalidad, una urgencia, un sentido de responsabilidad y a la vez una serenidad, un placer y un humor que me hacía creer que su verdadera patria era el pasado. A cambio, esos mundos humanos y textuales le insuflaban vigor: nunca le vi tan animado como cuando daba una lección o leía una conferencia. Enseñaba y escribía como si estuviera encarnando esas voces pretéritas. Esto podría nacer de la petulancia o del dogmatismo, pero en su caso parecía más bien síntoma de una empatía, como si aquellos textos, autores y personas nos lo hubieran prestado para dar fe de su irreductible idiosincrasia. Atraía, en parte, la visión no sólo de una(s) España(s) posible(s), sino de una España que siempre ha estado ahí, aunque haya costado más de la cuenta transmutar ese espíritu (de tolerancia, por ejemplo) en las instituciones políticas y eclesíásticas. También atraía su voluntad de estilo, su concepto de la crítica como literatura sobre la literatura (citaba a Croce, creo, cuando decía esto), el guante blanco (frase suya) con los contrincantes y el espíritu de convivencia en nuestro quehacer (sobre todo cuando discrepamos) -la conversación cordial sobre los textos y el pasado que en sus mejores momentos caracteriza nuestro gremio. Puede que la filología le haya borrado el acento andaluz, como en alguna ocasión le oí decir, pero cualquiera que le escuchara o leyera se daba cuenta de su voz inconfundible-el afán por hallar la chispa reveladora iluminada por un giro corriente, el empeño por encarnar la gracia de lo culto y lo popular en feliz maridaje. Era el alma de una tradición que recuerdo asociaba con Alfonso X y Santa Teresa, entre otros, y que tantas veces se ha esgrimido como distintivo de las letras españolas.

A raíz de lo expuesto, cuando hice el doctorado me dio por rastrear con avidez un tanto golosa hasta sus primeras publicaciones. Ahora, ojeando el cuaderno que reuní entonces de notas, reseñas y artículos dados a luz a partir de 1954 en *Anales de la Universidad Hispalense* y en *Archivo Hispalense*, espigo muestras características de una curiosidad ecuménica madrugadora (como diría él), asumida con naturalidad y sin aspavientos, en meditaciones sobre la historia del arte (“Una tabla de Luini en Utrera”) y la historia política y social (“Datos sobre el mayorazgo de los condes de Gelves”), además de la literatura (“Sobre Ercilla y su épica”). Hace unos años, revisando el índice de un libro que escribí sobre el *Persiles*, me di cuenta de que había citado más estudios del profesor Márquez que de cualquier otro investigador, aunque no había apenas publicado sobre la novela póstuma del alcalaíno. Me hizo ver hasta qué punto el magisterio del profesor Márquez había sido decisivo para mí.

Michael Armstrong-Roche (Wesleyan UniversityConnecticut)

Yannick LLORED

Francisco Márquez Villanueva: defensa e ilustración del pensamiento crítico de un investigador excepcional

Mi bibliografía puede leerse como una crónica de las preocupaciones y curiosidades que en cierto momento se han hecho tan intensas como para forzarme a aclarar, pluma en mano, mis propias ideas. Podría decir, en tal sentido, que es toda ella reflejo de un proceso de autoeducación y hasta de un diálogo conmigo mismo.

F. Márquez Villanueva. “Autobiografía intelectual” *Anthropos* 137 (1992): 20.

Tuve la oportunidad de conocer a Paco Márquez en el año 2000 cuando yo tenía tan sólo unos 25 años y estaba escribiendo una tesis doctoral sobre la creación literaria de Juan Goytisolo, el cual nos ayudó a ponernos en contacto. Me di cuenta en seguida de la profundidad crítica y del alcance intelectual de los artículos y libros de Paco, más allá de su extraordinaria erudición; muchos de sus trabajos se singularizan por la gran envergadura de su inteligencia reflexiva y su capacidad para penetrar en problemáticas complejas, enfrentándose siempre con lo más recóndito y crucial en los textos literarios. La frecuentación asidua del arte crítico de Paco Márquez es un ejercicio intelectual cautivador que puede transformar a uno y, desde luego, resulta sumamente provechoso en la formación de todo estudiante interesado de verdad por los conocimientos y métodos que se le enseñan.

La dimensión hermenéutica de la filología practicada por Paco Márquez me atraía no sólo por su alcance interdisciplinar apegado a la mejor comprensión de la letra de los textos, sino también por la densidad de los debates, los conflictos decisivos y la subjetividad de una conciencia creadora que Paco Márquez nos hace descubrir en los lenguajes de las grandes obras de la literatura española. Sin embargo, yo no entendía el arrinconamiento de su pensamiento y obra de investigación en España. Ahora creo que Paco tuvo probablemente algunas dificultades para reconocerse como exiliado –un calificativo con el cual se distanció durante muchos años–, pero es de hecho el exilio (con sus hondas implicaciones) lo que define en gran medida su trayectoria biográfica y arroja luz sobre la situación bastante marginal de su excepcional labor crítica en el medio académico e intelectual de su propio país. El exilio en el caso de Paco Márquez no es muy pertinente relacionarlo con ningún “resentimiento”, ninguna “nostalgia” ni “síndrome” de lo que pudo ser y no fue. El pensamiento crítico de Paco Márquez, sustentándose en la experiencia concreta de la alteridad vivida desde dentro, iba más allá y mostraba una radicalidad más profunda, precisa e indagadora: una lucidez particular que le permitía entender muy bien los modos y efectos de

toda censura, los discursos y vías de investigación más o menos previamente aceptados, pero también el por qué de las estrategias, las prácticas y los objetivos consensuados de reconocimiento y de poder en su campo de estudio. En suma, los límites, los tabúes y las fronteras que se pueden muy difícilmente transgredir por poderosas razones de orden institucional, político e ideológico, y que legitiman los perennes cánones transmitidos y reproducidos. Paco Márquez supo muy pronto que la falta de una nueva visión metodológica, de nuevos conceptos y debates –lo que él llamaba la necesidad de poner a prueba un “nuevo paradigma” en el análisis del hecho cultural español–, hacían muy ardua una auténtica aproximación a su obra de investigación a menudo relacionada, de modo algo reductor, con la de su maestro Américo Castro. El hispanista francés Marcel Bataillon fue, para él, otro investigador fundamental.

Empecé pronto a comprender que la firme voluntad de explicar las condiciones de producción de los textos y la individualidad de sus modos de conocimiento, a partir de las tomas de posición, de la transformación de una materia discursiva y estética así como de los distanciamientos (paródicos, irónicos, transgresivos, etc.) en el lenguaje literario, ofrecían la posibilidad a la labor crítica de Paco Márquez resituar, con todas sus repercusiones, la obra analizada en las problemáticas (sociales, histórico-culturales y políticas) vinculadas y transmitidas por toda una tradición. En este sentido, la historia social, la historia intelectual y la sociología cultural, que sustentan en parte la práctica filológica de Paco Márquez no lo conducía a considerar el texto literario como un mero documento, sino a evaluar, reconsiderar y dar sentido a todas sus potencialidades críticas y, finalmente, a su verdad como auténtica obra de arte enfrentada a las concepciones ideológicas, morales y políticas de una época y sociedad determinadas.

Atento a la fuerza renovadora siempre presente en los trabajos de Paco y a su pensamiento como investigador e intelectual de primer orden, abordé su obra en un primer artículo introductorio (publicado en la revista *Quimera* en abril de 2001) que pretendía algo ingenuamente favorecer un debate en torno a sus ideas. También le hice a Paco Márquez una extensa entrevista en una revista francesa de la Universidad de Toulouse (*Horizons Maghrébins-le droit à la mémoire*, n°50-2004) y escribí otro artículo sobre las características hermenéuticas de su labor filológica enfocada más allá de su primer e importante interés por las teorías de W. Dilthey (“La filología interdisciplinar de F. Márquez Villanueva”. *Romanitas. Lenguas y literaturas romances* II.1, 2007). Me sorprendió bastante constatar que no existía casi ningún estudio ni ensayo sobre la tan importante obra de investigación de Paco Márquez⁶. Esta última, que se desarrolla a partir de la cuidadosa atención hacia el núcleo de la historicidad de los textos, contiene aportes de gran calado para considerar cómo la filología puede, hoy día, renovarse dialogando con otras disciplinas de las ciencias humanas, ampliando así los métodos e instrumentos de su insustituible racionalidad crítica para aportar su poder cognitivo fundamental a la actual reflexión acerca de las ciencias de la cultura –y no de los *cultural studies*–.

⁶El número monográfico de la revista *Anthropos*, n° 137-1992, dedicado a su obra es una más que saludable excepción.

Nuestras conversaciones e intercambios fueron constantes desde el primer encuentro; nos entendíamos sin muchas palabras y sentíamos un hondo afecto el uno por el otro, como si ya supiéramos lo que el otro podía pensar sobre un tema preciso y el por qué de esa posición. Creo que lo singular de esa relación de amistad consiste en que compartíamos, pese a nuestras grandes diferencias, una mirada algo periférica, inquieta y *descondicionada* que nos daba más libertad y nos permitía ver lo que podía disimular un discurso aceptado, un rol, una función y muchas prácticas de exclusión. No he cesado de admirar en Paco la valentía y honestidad de su compromiso intelectual, el deseo inquebrantable de defender sus propias ideas hasta el final –como, por ejemplo, el reafirmado desacuerdo con las teorías historiográficas de la poderosa “École des Annales” francesa, encabezada por F. Braudel, el hecho de no cultivar la crítica textual inherente a la edición de los textos clásicos (la actividad sin duda más fructífera de la filología española contemporánea) así como su apartamiento de toda corriente teórica al uso– y su aguda lucidez para percibir lo que muchos no pueden ver ni expresar. El amor y la pasión por sus arduos y, a la vez, fascinantes objetos de estudio, contemplados a lo largo de toda su trayectoria vital, fueron constantes en él y se unían a su firme pensamiento liberal siempre abierto a la pluralidad y al deseo de comprensión hacia el otro.

Para hacer resonar aquí su voz y palabra, pero también a fin de prolongar nuestros diálogos, tan entrañables para mí, voy a espigar algunos párrafos de nuestra relación epistolar, que pretenden transmitir cierta autenticidad y verdad: las de sus ideas, sus tomas de posición y confrontaciones vitales inseparables, por múltiples motivos, de los obstáculos y rechazos que se le plantearon hasta el último momento.

Por lo tanto, ya hace más de diez años tras una aproximación inicial a su obra le envié a Paco mi ensayo, que era sólo un esbozo, y sus palabras de respuesta concentraron una sucinta síntesis de la autopercepción que él podía tener de algunos rasgos de su quehacer crítico. Así pues, Paco me escribió con su inolvidable generosidad:

Cierto que arrancho de A. Castro, fuera de cuya profunda renovación de bases conceptuales son ganas de quedar voluntariamente atrás. Claro que disto mucho de ser un repetidor ni de militar en ninguna ortodoxia prefabricada. Tiene Ud. toda la razón en señalar mi fidelidad (también relativa) a Menéndez Pidal, tomando en cuenta que Castro no hizo sino avanzar con decisión por la idea inicial de su maestro. A la altura de 1910 éste era un solemne hereje al postular la esencial naturaleza del hecho lingüístico como fenómeno histórico. Don Ramón sin embargo, se acobardó cuando vio que, en cuanto historiador, ello le llevaba a entrar en conflicto con Menéndez Pelayo en su versión oficial canonizada. Huía de la contienda civil que hoy sabemos era inevitable. Era un típico regeneracionista y creía su deber no agitar las aguas, motivo por el cual no orientó su Centro de Estudios hacia los temas de historia intelectual, donde todo se jugaba y sigue jugándose. Castro veía claro, en los años 1940, el error y fracaso de aquella actitud y se arrojó con toda su alma a la tarea postergada y más que nunca necesaria. Yo procuro seguirlo en lo que toca a principios, pero no conforme a ninguna menuda

consagración de escuela. Hoy día, sobre todo, disponemos de conocimientos que no estuvieron a su alcance y que le habrían obligado a modificar algunas de sus conclusiones más básicas. Por ejemplo, todo lo de las traducciones toledanas y el planteamiento de la filosofía pura en la sociología cultural de la baja Edad Media peninsular. Sigo a Castro, especialmente, en la convicción de hallarse agotada la crítica puramente culturalista que en gran parte sigue rigiendo, cada vez más vanamente exprimida. Renacimiento, Barroco, Humanismo, Ilustración, todo eso ha estado ahí, pero en el caso de España bajo funcionalidades tan peculiares que los vacían de validez a la hora de la verdad, que no es otra que la de leer los textos y enterarnos de lo que dicen y también de lo que no pudieron decir.

(Carta del 15 de julio de 2001)

La difícil y más bien escasa recepción de la obra de Paco en España, pero también en el hispanismo francés, es un tema que siempre me ha preocupado y que merecería sin duda toda la atención de un estudio riguroso, el cual revelaría muchos aspectos significativos de la historia social e institucional del campo de la filología española. No dejamos de intercambiar opiniones sobre ese asunto para nada accesorio y acerca del cual Paco me comunicó sin rodeos las palabras siguientes:

La derecha histórica se resiste a morir y premia con esplendidez a sus fieles servidores. A mí, por lo demás, no me interesan esas recompensas, ni por el contario, me arredran las consecuencias. Las acepté a sabiendas en mi juventud, optando por la expatriación y he vivido de mi trabajo, modestamente y lejos de candilejas, pero muy feliz con ello.

(Carta del 15 de julio de 2001)

Lo de “optar por la expatriación” parece una expresión casi eufemística, ya que Paco no dejó de repetir con razón que él no tenía ningún futuro en la universidad española y hasta se ejerció una presión bastante violenta sobre su director de tesis en Sevilla, Francisco López Estrada, para que Paco no fuera titularizado como profesor después del doctorado. De ahí los graves incidentes con los que tuvo que enfrentarse en la Universidad de Sevilla en los años 1957-1958 antes de marcharse para siempre a América del norte. Por eso, cabe afirmar que Paco tuvo que exiliarse a EE.UU para poder simplemente ejercer con libertad su trabajo de docente y de investigador; lo que nunca se le permitió llevar a cabo en su propio país, donde en algunas publicaciones exitosas se denigra a veces violentamente su trabajo como fue el caso en el ensayo de *très courtes vues* (como se diría en francés) del arabista Serafín Fanjul, *Al-Andalus contra España. La forja del mito* (2001) a propósito del cual Paco me escribió, sin la menor intención de hacerse la víctima, lo siguiente contestando a una pregunta mía:

Para lo de Fanjul no hay palabras. Es la cosa más burda y más intelectualmente deshonesto que sea posible imaginar. Ya sé que me alude cuando habla de la “caterva” de Américo Castro y otros insultos del mismo jaez. Al mismo tiempo, no me preocupa gran cosa, porque lo que no hay allí es nada que de veras haga obstáculo a lo que algunos venimos haciendo. En cuanto al éxito de librería,

Academias, etc., bueno, pues estamos también acostumbrados. *El País*, que no ha querido darse por enterado de la existencia de ninguno de mis libros, le hizo una reseña de lo más elogioso. Es en realidad continuidad de la vieja censura, con el silencio y el ninguneo en lugar de la cárcel, lo cual es algún avance, aunque no mucho. Es la misma gente de siempre, dueña del poder y dispuesta a emplearlo a fondo, conforme a cada estilo de los tiempos. Lo único que no pueden es tener razón, y ello los sigue frustrando también lo mismo que antes.
(Carta del 20 de agosto de 2001)

Dejando de lado toda polémica, sólo conviene señalar que el susodicho arabista ha sido nombrado hace poco miembro de la Real Academia de la Historia, lo que indirectamente significa bastante si queremos comprender la situación de relegación de la obra de Paco Márquez en España: es decir, las barreras, los bloqueos y sobre todo las anquilosadas tradiciones intelectuales, los modos de pensar y las normas ideológicas que contribuyen poderosamente a arrinconarla y marginarla para mantenerla alejada de los códigos interpretativos oficiales teñidos de cierto nacionalismo. Hace unos meses pude leer en la *Revista de Occidente* un artículo de otro miembro de la misma Institución (la Real Academia de la Historia) que presentaba un interesante y extenso homenaje a su maestro José Antonio Maravall indicando en unas líneas que la gran polémica entre Américo Castro y Sánchez Albornoz, a mediados del siglo pasado, era una especie de debate del exilio para dar así a entender que no importaba demasiado a la España de la época ni a sus historiadores. Por lo tanto, si vamos reagrupando esos ejemplos y discursos –pero también otros muchos no mencionados aquí– se nos hace patente la situación actual de relativa marginación en la que se encuentra la recepción de la obra de Paco Márquez; evidentemente, lo que estoy diciendo merece la atención cuidadosa de un análisis que se tendría que realizar en el propio campo de la especialidad, puesto que esas tareas deben ser esenciales para la cientificidad que puede reivindicar una disciplina capaz de interrogar su historia, sus métodos, sus discursos y prácticas. Importa agregar que cuando se le propuso a Paco ser miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, a finales del 2009, él me dijo de viva voz en Madrid que declinó la proposición porque a su edad ya muy avanzada y con su trayectoria ese cargo no tenía ya, para él, mucho sentido.

La lectura de los grandes textos “clásicos” siempre ocupó un lugar destacado en nuestros diálogos. Como sabemos, Paco era un gran cervantista y sintió a lo largo de su vida una poderosa predilección por la obra del autor del *Quijote*. También sus estudios sobre el “averroísmo popular” en la Edad Media española y la importancia de la filosofía de la naturaleza permiten abrir nuevas perspectivas de comprensión e interpretación sobre una parte significativa de la literatura medieval castellana. Tras haber leído un artículo mío acerca del problema del aristotelismo heterodoxo en el *Libro de buen amor*, Paco me dijo cómo pensaba prolongar sus trabajos ya tan valiosos y alentadores sobre la obra maestra y mudéjar del Arcipreste de Hita:

Yo alguna vez quiero dar, si me duran las fuerzas, un toquecito por ese lado, pero en conjunción con el tema de la influencia árabe, que a mi modo de ver es lo que

hizo posible el despliegue de aquella clase de arte. Hace tiempo que no trabajo esa bibliografía y ya veo que hay bastante movimiento, aunque lo que a mí me hace falta y lo que hecho de menos son estudios sobre las consecuencias en los planos de orden humano. La cosa es difícil porque estuvo muy soterrada en esos “conventicula”, etc., de que hablan los adversarios. Yo creo que Juan Ruíz conocía lo esencial, pero no era ningún profesional de la filosofía, ni tampoco me persuado de que para hacer lo suyo necesitara meterse en muchas sutilezas de ese orden. Él iba detrás de una poesía del amor como nada más que en una España con su propio reloj podía salir a flote.

(Carta del 8 de febrero de 2007)

La discusión en torno a las reacciones y reseñas sobre los libros que Paco iba publicando fue también recurrente y recuerdo que le apenaron bastante ciertas opiniones acerca de su *Santiago: trayectoria de un mito* (2004) en el cual él seguía con su labor científica *des-ideologizando* y desmitificando, a la luz de una rigurosa mirada histórica, la figura sagrada del apóstol así como su función y modos de apropiación en los discursos historiográficos, doctrinales, políticos y literarios. Así pues, me escribió un día diciéndome (con tono levemente provocativo) que lo que se le reprochaba, al fin y al cabo, era su escepticismo interrogador y la falta de interés por la espiritualidad producida por la figura jacobea, lo cual resulta bastante natural y coherente en un investigador a la altura del siglo XXI:

Me parece que solo empiezas a darte cuenta de lo radical y organizada que está la resistencia a nuestro modo de trabajar. Como documento te incluyo aquí la reseña que de mi *Santiago* publicó la revista de la archidiócesis compostelana. Y no es ninguna broma, porque muestra la clase de poderes que todavía sienten nostalgia de las hogueras.

(Carta del 3 de agosto de 2010)

El tema predominante de los conversos constituyó otro campo predilecto de sus trabajos. Como mostró a lo largo de su vida, Paco sitúa a estos últimos en un lugar central de la historia intelectual y religiosa española cuyas líneas directrices no se pueden aprehender sin sondear la aportación y función de los conversos que también encarnan, en la obra de Paco, una especie de conciencia hispánica de la modernidad orientada hacia las problemáticas más emancipadoras (la pugna de la inteligencia contra el poder, la peculiar sensibilidad religiosa y espiritual, la creación de formas de expresión inéditas, etc.). A propósito de esa cuestión conversa, le presenté a Paco las agudas observaciones que le hacía el historiador y filósofo Yirmiyahu Yovel⁷ –el cual critica la excesiva, según él, integración del converso en la identidad cultural española en la obra de Paco– y nuestro amigo con sus atinados enjuiciamientos me contestó:

⁷ Yirmiyahu Yovel. *L'aventure marrane. Judaïsme et modernité*. París: Éditions du Seuil, 2011.

Lo de Y. Yovel no tiene remedio, pues yo vengo luchando toda la vida contra lo del universal judaísmo religioso de los conversos en que están lamentablemente de acuerdo la Inquisición (antigua y moderna con el refuerzo de Menéndez Pelayo) que los tacha de apóstatas universales; y la beatería rabínica que los pone a todos de mártires, idea de siempre pero muy avanzada últimamente por la obra de Beinart y muy acorde con el bloqueo mental imperante en Israel como boca de lobo donde la he combatido a brazo partido sin el menor eco. Quiere decir que Yovel no ha querido enterarse, porque yo lo digo a cada paso y les he repetido muchas veces que con eso no harían sino darle la razón a los inquisidores, pues ningún país cristiano la hubiera podido tolerar sin una revulsión profunda. Yo tengo ahora mismo en el ordenador una especie de “testamento” que titulo *El sueño frustrado de la unidad cristiana*, en que me ocupo sobre todo de los orígenes de la Inquisición y no dejo de abordar ese seudoproblema, tocando teclas aún no pulsadas, como es el hecho de que (debido a su mismo volumen) toda la maravillosa literatura ascético-mística se deba al cien por cien a plumas conversas que tuvieron su contienda permanente con el Santo Oficio, pero no por judaizantes, sino por su orientación favorable a un cristianismo eirenista.

(Carta del 19 de febrero de 2012)

Su prestigioso *estatus* de catedrático emérito de la Universidad de Harvard no le impidió para nada a Paco cultivar su naturalidad y sencillez –en el mejor y más profundo sentido de la palabra– asociadas a su gran humanidad de sabio, que creía todavía en ciertos valores de dignidad, justicia y pluralidad como, a otro nivel, fundamentos de una lucidez crítica que erigía en su corazón principios de emancipación intelectual y moral. Paco estuvo profundamente marcado por el horror de la Guerra Civil, que dejó en él huellas indelebles – como lo comprobé conversando con él en Sevilla en la primavera de 2005–, y siempre rechazó las supuestas verdades heredadas, la irresponsabilidad de naturaleza política que pueden conllevar ciertos discursos sociales, intelectuales y académicos. Cuestionándolo casi todo y reconociendo a veces sus límites, Paco siempre preservó una inquebrantable distancia respecto a toda facilidad y a todo afán de protagonismo sin dejar jamás de creer firmemente en su trabajo. Por eso, a Paco no le gustaba proyectar a su persona en el centro de su discurso ni –todavía menos– de sus textos; se mantuvo igualmente apartado de todo ataque personal y no le interesaban las polémicas en las cuales algunas veces se veía obligado a entrar sólo para aclarar sus posiciones y explicar mejor lo que él pretendía mostrar en su labor investigadora. Cuando yo lo incitaba a escribir sobre su persona y su trayectoria tan sustanciosa y reveladora, él no dudaba pues en comunicarme con su fino y, a la vez, terrible humor (por lo que contiene como verdad):

Por lo demás, no eres tú solo quien me anima a ese otro proyecto o simplemente a escribir mis memorias, pero no estoy con ánimo para ninguna de las dos cosas. Ya me costó harto preparar el texto preliminar para el número de *Anthropos* [...]. Por lo demás, yo estoy acostumbrado a que se me ignore por condena inquisitorial, dado que no encuentran modo de rebatirme, que es cosa para la cual tendrían que remangarse. Pero yo sabía desde mis años de estudiante antifranquista lo que me

esperaba. El Opus montó una maniobra para que no pudiera doctorarme, pero aquí estamos.

(Correo electrónico del 27 de diciembre de 2011)

Paco no era ciertamente ningún disidente ni heterodoxo, pero sabía perfectamente –y él mismo lo afirmó en diferentes ocasiones– que la obra y las ideas de M. Menéndez Pelayo marcaron y siguen en parte marcando el hispanismo, lo que siempre fue, para nuestro amigo, una especie de tragedia y, por eso, puso sus esperanzas en las jóvenes generaciones para modificar los paradigmas y enfoques intelectuales, conceptuales y teóricos, de los estudios hispánicos del futuro. Desde luego, la labor es inmensa pero merece una plena entrega para dar sentido a lo que uno hace. Siempre traté de introducir y difundir la obra de Paco entre el público universitario francés. En consecuencia, además de la entrevista que le hice en 2004 se tradujeron varios artículos suyos (en particular, en la revista *Horizons Maghrébins*, n°61-2009 y n° 67-2012, dedicados al legado de la España de las tres culturas) que ofrecen una visión algo panorámica de su labor de investigación. Desafortunadamente, no hay todavía ningún libro suyo traducido al francés y cuando yo le hablé de colmar ese desolador vacío muy poco comprensible, él me dijo:

Yo no tengo objeción a la traducción de alguno de mis libros (el del Rey Sabio, etc.), pero me hago cargo de las dificultades prácticamente inviables. Pienso en ciertas alternativas, como una selección de estudios sobre comparatismo [...]. O bien los de inclinación hacia la historia pura. O los de tema hispano-oriental. Mis ilusiones en esto son moderadas, pues se limitan a la publicación en francés de mi estudio sobre Don Juan en Tirso y Molière para ver su acogida y eventual discusión “in partibus infidelium”.

(Correo electrónico del 27 de diciembre de 2012)

Los estudios de literatura comparada, relacionados con el interés por las transferencias culturales y la perspectiva antropológica, fueron continua y amorosamente desarrollados por Paco y su artículo sobre la figure de Don Juan⁸ se despliega en este terreno de laboreo. Me escribió unas palabras sobre ese reciente estudio suyo, que manifiestan su permanente voluntad de dialogar con investigadores de otros campos y otras áreas culturales:

Lo que sí me interesaría de veras es en este momento lanzar en traducción francesa mi estudio sobre Don Juan en Tirso y Molière, dado el desconcierto reinante ultrapirineos acerca de la cuestión y la necesidad de poner el asunto sobre terreno más sensato. He de confesar que la bibliografía francesa me decepcionó bastante en este punto.

(Carta del 18 de febrero de 2011)

⁸F. Márquez Villanueva. “Don Juan, de Tirso a Molière”. En Carmen Y. Hsu coord. *Cervantes y su tiempo*. Kassel: Edition Reichenberger, 2010. 223-252.

Me es imposible concluir esa evocación de Paco Márquez sin decir que el encuentro con personas excepcionales, como él, modifica para siempre la trayectoria, la mirada e incluso la sensibilidad de uno y, por lo tanto, la voz, el pensamiento y ejemplo de Paco me siguen acompañando porque son una permanente fuente de descubrimiento, de puesta en tela de juicio, de cuestionamiento renovador y de exigencia hacia uno mismo y el valor que puede atribuir a su labor crítica. Si, como es cierto, todo homenaje se puede peligrosamente convertir en una forma más o menos velada de auto-censura, la mejor manera de rendir homenaje a Paco consiste entonces, sin duda, en no dejar de profundizar en la (re)lectura de su obra, interrogarla sin cesar y, finalmente, ser capaces de expandir el horizonte de su significación y hondura perturbadora en nosotros.

Yannick Llored (Université de Lorraine, Nancy)

Rogelio REYES

Un sevillano sin Sevilla

Conocí a Paco Márquez Villanueva en el otoño de 1957, cuando llegué a la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, donde hice los dos cursos de Comunes antes de trasladarme a la de Madrid para estudiar la especialidad de Filología Románica, la más próxima por sus contenidos a la actual de Filología Hispánica. Él era entonces adjunto a la cátedra de Lengua y Literatura Españolas que regentaba mi querido maestro el profesor Francisco López Estrada. Me dio algunas clases esporádicas en las que ya se percibía cuál era su línea de trabajo, la misma que siguió cultivando a lo largo de toda su vida : la de un filólogo sustentado en una sólida formación histórica de base. También se dejaban traslucir en esas pocas clases su declarado interés por los textos y autores de aquella “España conflictiva” estudiada por Américo Castro y su estilo agudo, inquisitivo y hasta apasionado en la formulación de las ideas y en sus siempre interesantes propuestas intelectuales, con frecuencia a contrapelo de la crítica académica más convencional. Se veía desde el principio que estábamos ante un historiador que había descubierto en la literatura muchas claves ideológicas y culturales de la vida española y que a ella se dedicaba con un entusiasmo y una pasión nunca disimulados. Que se movía con soltura en los contextos sociopolíticos de la creación literaria y que transmitía a sus alumnos inquietudes que iban más allá del escueto marco filológico de los textos para abrirles horizontes nuevos.

No eran tiempos fáciles para promocionar en la carrera académica universitaria – y mucho menos en la Facultad de Sevilla, donde sólo podían cursarse en aquel momento las especialidades de Historia General e Historia de América- y Paco Márquez optó, como tantos otros talentos españoles de entonces, por llevar su mucho saber y su pasión investigadora y docente a las aulas de América del Norte, donde culminó su brillante carrera, como es bien sabido, con una cátedra en la muy prestigiosa Universidad de Harvard.

Durante años no supe casi nada de él, afanado yo en mis estudios universitarios en Madrid y en mi lectorado de español en Florencia. Fue a mi vuelta a Sevilla, a mediados de los años sesenta, cuando fui descubriendo con admiración sus publicaciones sobre *Lazarillo* y Santa Teresa y en general sobre la interrelación entre creencia y literatura en nuestro Siglo de Oro, el erasmismo, la literatura bufonesca, su relectura de las obras medievales... y otros muchos trabajos, hasta culminar en sus magistrales estudios sobre Cervantes y el *Quijote*, plenos de hallazgos interpretativos, de interconexiones culturales e ideológicas , de sugerencias siempre agudas y sutiles no siempre libres - ¿por qué no decirlo?- de ribetes polémicos.

Como gran intelectual, Paco era, en efecto, un incansable polemista, un estudioso nada convencional que jamás rehuía los perfiles más discutibles de las cuestiones ; que debatía con ardor y emotividad sus propuestas más audaces. Otra virtud que siempre admiré en él era la calidad de su escritura y de sus exposiciones orales: su español impecable, preciso, lleno de giros castizos, que manejaba con garbo y galanura, alimentado tanto por los recuerdos de su

vida en España como por su incansable capacidad lectora de auténtico devorador de libros.

En el curso de su larga estancia americana, y acompañado casi siempre por su esposa María Teresa, también amiga, vino muchas veces a Sevilla, en cuyo Departamento de Literatura Española fue siempre muy bien acogido como el gran maestro al que todos reconocíamos su saber. Con su ciudad natal mantuvo siempre, en mi opinión, una paradójica relación que integraba amor y desamor a partes iguales. Sevillano en lo más hondo de sí mismo, admirador de la brillante tradición artístico-literaria de la ciudad, no comulgaba, sin embargo, con ciertos rasgos del carácter de sus habitantes que él entendía censurables y contra los cuales tal vez extremó en ocasiones el juicio. Creo que en su fuero interno amaba apasionadamente sus virtudes en la misma medida en que repudiaba sus vicios. O que quizá no superó nunca del todo esa orfandad de Sevilla a la que la vida y las circunstancias le condenaron injustamente. Pero era lo cierto que cuando hablaba de ella sus palabras solían cobrar un aire apasionado y un tono más crispado de lo habitual. Nada de esta ciudad, si sus luces ni sus sombras, ni la de ayer ni la de hoy, le fue nunca indiferente.

No siempre estuve de acuerdo con él en ese terreno, pero nunca dejé de reconocerle que en eso, como en tantas cosas, Paco era un hombre libre y sin doblez alguna; que siempre iba por derecho, que decía abiertamente lo que pensaba y que no se plegaba a convencionalismos más o menos interesados. Tampoco compartí del todo algunas interpretaciones críticas suyas que yo consideraba aquejadas de ciertos apriorismos ideológicos. Nada de ello, sin embargo, disminuyó un ápice ni el sentimiento de amistad y la admiración que siempre le profesé y hoy le sigo profesando como amigo y como auténtico maestro, ni el dolor personal que me ha causado su muerte, ni la grave pérdida que ésta ha supuesto para el mejor hispanismo español de nuestro tiempo.

Rogelio Reyes (Catedrático Emérito de la Universidad de Sevilla)

Begoña LÓPEZ BUENO

Don Paco, el profesor

“Literatura de imaginación del siglo XVI”, rezaba el título de un curso que impartiría el profesor Márquez Villanueva en la Universidad de Sevilla durante el curso 1972-1973. Lo impartiría a los alumnos de la especialidad de Filología Moderna al amparo del Departamento de Literatura Española dirigido por el profesor López Estrada. He dicho llegaba, aunque más bien don Francisco Márquez Villanueva volvía a su tierra y a su Universidad: así nos constaba a los jóvenes profesores del Departamento que como yo, en ese momento recién estrenada ayudante de clases prácticas, sabíamos algo, aunque no demasiado, de las excelencias investigadoras del profesor visitante que ejercía en Estados Unidos. Me apresuré a asistir a sus clases, y he de decir que desde la primera quedé absolutamente fascinada. Entre las 8:30 y las 10 de la mañana se desplegaba ante los veintitantos afortunados asistentes que éramos el prodigio de la inmersión en un mundo que nos atrapaba en el envolvente discurso del profesor Márquez: como el que lava, sin un mal folio en mano (solo una cuartilla –una octava más bien– que dejaba encima de la mesa y a la que solo acudía de tarde en tarde y entre paseo y paseo por la tarima) hablaba de cosas que sabíamos, pero que sabíamos de muy otra manera. El curso, un *hacia Cervantes* en toda regla, para que quedara clara desde el principio la filiación a su gran maestro don Américo (Castro era la luminaria que retroalimentaba el curso, junto a la presencia igualmente convocada e insoslayable del gran Bataillon) corría como un río caudal hacia el genio cervantino con parada y fonda en todos los afluentes de la gran prosa de ficción quinientista, desde las geniales imposturas de Guevara, pasando por las sofisticadas claves de la pastoril, hasta el milagro de la picaresca y sus poliédricas –y a veces herméticas– manifestaciones, con cuya explicación Márquez mantenía en vilo a su auditorio. He de decir que, como en una buena película, yo lamentaba que se acercara el final de los noventa minutos de la disertación. Y he de decir también que eso no me ha ocurrido nunca más en mi larga vida de “escuchante” académica, ni antes ni después de las clases de Márquez Villanueva. Al César lo que es del César.

Desde ese entonces conservo como tesoro una carpeta rotulada “Apuntes Márquez Villanueva”, que repaso mientras escribo estas líneas. Veo en ella también notas tomadas de un nuevo curso suyo sobre Lope de Vega (otro de los favoritos de Márquez, que disfrutaba en clase oponiéndolo al talante cervantino) impartido también en Sevilla en 1974-1975. Entretanto me fui haciendo habitual lectora de su bibliografía, estimulada sin duda, no solo por las clases, sino también porque en aquella bisonería mía, don Paco Márquez me distinguió con el honor, junto a la también asidua asistente a sus clases y amiga mía, Trinidad Durán, de ayudarlo a corregir, nada más y nada menos, que las pruebas de imprenta de sus *Personajes y temas del Quijote*. La fascinación de las clases se elevó de anécdota a categoría cuando pude paladear la prosa de Márquez Villanueva en páginas memorables –y en ese momento primicia– sobre el Caballero del Verde Gabán o el morisco Ricote. Una inaudita brillantez ensayística sometida a una férrea y decidida voluntad de estilo. La maravillosa manera de escribir de Márquez Villanueva debería proponerse como antídoto para combatir la indigesta y estéril erudición de muchos trabajos académicos.

A partir de esos años tuve una excelente amistad con don Paco, como yo siempre lo llamé, que se fue afianzando con el paso del tiempo y con sus frecuentes visitas a Sevilla. Recuerdo especialmente algunas cenas compartidas con él y con su inseparable y vivaz María Teresa, cenas seguidas de largas veladas en las que don Paco siempre hablaba con apasionada convicción sobre sus creencias y propuestas, con *la edad conflictiva* (¿qué haríamos sin esa imprescindible expresión inventada por don Américo?, solía decir) como escenario y telón de fondo. Es muchísimo lo impreso sobre la –sin resquicios– ingente aportación de Márquez Villanueva a la historia del pensamiento español, y también es muy sabido el fecundo y crítico diálogo establecido a veces entre posturas encontradas. Nada de eso cabe en estas brevísimas palabras mías, en las que sí quiero destacar al menos que, por encima y por debajo de tantas y tantas aportaciones (la bibliografía de Márquez Villanueva es la de los grandes-grandes), hubo siempre dos actitudes que mantuvieron aquel edificio: entusiasmo a raudales, o mejor, verdadera pasión, por su trabajo e inquebrantable honestidad intelectual para llevarlo a cabo, poniendo su vida al servicio del amor al arte del pensamiento crítico.

Para quien como don Paco Márquez tuvo la suerte de disfrutar en vida de tantos reconocimientos científicos y académicos, es una feliz iniciativa dedicarle ahora un homenaje “afectivo”. Aunque muy breve y modesta, no he querido que faltara mi colaboración, testimonio de una larga amistad siempre basada en la admiración hacia el que tuve como maravilloso profesor en un curso de hace cuarenta años.

Begoña López Bueno (Catedrática de Literatura Española de la Universidad de Sevilla.
Presidenta de la Asociación Internacional Siglo de Oro)

Luisa LÓPEZ GRIGERA

Las delicias de Paco Márquez

Hace unos años tuve la experiencia de convivir lo que puedo llamar las “delicias” de Paco Márquez. Cuando la Universidad de Sevilla le entregó los dos volúmenes de su *Homenaje*, el Colegio San Francisco de Paula pensó ofrecer otro al estimadísimo discípulo. Sería un volumen que recogería los materiales no publicados de aquellos días de homenajes, en el que a mí me tocaban unas páginas. Pero a Paco le entusiasmó más la idea de editar algunos de sus cuentos. Alguna vez, hace muchos años, nos habíamos intercambiado cuentos. Yo, pensando que serían dos o tres, acepté recogerlos y anotarlos, pero se fueron extendiendo: al bueno de nuestro amigo, cuando yo acababa de integrar otro y de anotarlo mínimamente, le aparecía otro nuevo cuento. Así se fueron juntando siete. Tarea que llevó varios meses. Todo eso quedó listo para la impresión en 2007. Yo, claro, la edición y anotación la hice con mucho cariño, pero salió fría y seca como cosa mía (si Paco hubiera recordado el refrán glosado por Góngora -“cada uno estornuda como Dios lo ayuda”- hubiera escogido otro editor) Con todo, los textos estuvieron listos en hace cinco años, pero aun siguen inéditos.

Como yo sabía la gran ilusión que tenía de verlos publicados, cuando se me propuso contribuir a este homenaje “cordial”, pensé que el recordar esos cuentos podría traer al conjunto dos cordialidades: en primer lugar la del escritor de ficción y sus gozos, sus delicias, y en segundo podría resucitar el interés de publicarlos. En ese caso estas líneas se hubieran escrito para descubrir no solo los talentos de nuestro amigo como creador, sino también su gozo al escribirlos. Seguramente hubiera insistido en la “cordialidad” que el narrador había puesto en algunos de esos cuentos, especialmente en el séptimo, *Carmen, Francisco y Luisito*, en el que la ternura que vuelca en la construcción del personaje Carmen alcanza altísimas cotas. No hubieran sido unas líneas académicas, sino cordiales. Pero con la gran nostalgia – como fondo - de esos cuentos cuasi-inéditos. Y digo cuasi-inéditos porque uno -*El gatito del papa*- no solo ha sido publicado, sino traducido al alemán.

Pero hoy, al haberme retrasado en enviar a Paco Layna estas líneas, ya lo puedo hacer con la alegría enorme que me ha dado Luis Rey al comunicarme que María Teresa les ha autorizado a publicarlos y ya están en los preparativos para hacerlo. Alegría que seguramente tendrán los amigos al saber que pronto podrán leer esas páginas que nuestro amigo compuso con gran cordialidad.

Luisa López Grigera (Universidad de Michigan)

Carmen VAQUERO

Fue en aquellos años de juventud en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid cuando, por primera vez, tuve un libro de Francisco Márquez Villanueva en las manos. La obra la había publicado el maestro en 1960, en los *Anejos del Boletín de la Real Academia Española*, y se titulaba *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato. Contribución al conocimiento de la literatura castellana del siglo XV*. El trabajo de Márquez me impresionó sobremanera entonces y lo he seguido consultando a lo largo de mi vida. Especialmente útil me fue para la investigación sobre la biografía de Fernán Álvarez de Toledo, secretario de los Reyes Católicos y cuñado del poeta Álvarez Gato, por el matrimonio de este con Catalina Álvarez. Y también lo utilicé mucho para la historia de los maestrescuelas y patronos de la Universidad de Toledo en el siglo XVI, todos ellos descendientes del secretario real y, por tanto, familiares del lírico madrileño que tan magníficamente había sido estudiado por Márquez.

No conocía yo personalmente al profesor hasta que, allá por el año 2000, como miembro de la *Society for Renaissance and Baroque Hispanic Poetry*, participé en un congreso organizado en la Universidad de California en Davis, donde intervinieron Francisco. Al acabar su brillante exposición sobre una “Nueva ojeada a la poesía germanesca”, me acerqué a saludarlo y a darle la enhorabuena. Hablamos muy cordialmente, intercambiamos direcciones y teléfonos y, a partir de ese día, nació una amistad con la que me he sentido muy honrada y que ha durado hasta su muerte en el pasado mes de junio de este 2013.

Puntualmente fui recibiendo todo lo que publicaba. Decenas de artículos llegaron a mi mesa de trabajo. Entre ellos y solo por recordar algunos, citaré “La nueva biografía de Juan Ruiz” (2002); “La cuestión del judaísmo de Cervantes” (2003); “Novela contra fábula: Campuzano, Estefanía y los perros de Mahúdes” (2004); “Don Quijote: cara y cruz de caballero andante” (2005); y “Eufemismos del *Viaje del Parnaso*” (2006). También libros, como *El concepto cultural alfonsí*, en una edición revisada y aumentada de 2004, estudio que me envió con una emocionante dedicatoria escrita con esa letra menuda tan típica de Paco, como él quería que lo llamásemos.

Invitada por la Universidad de Harvard, en septiembre de 2004 volví a reunirme con el profesor y fue entonces cuando conocí a Teresa, su mujer, extravertida, encantadora y muy simpática. Pasamos unas veladas inolvidables. En ese mismo año, la Real Fundación Toledo le otorgó uno de sus premios “por su extraordinaria aportación al mejor conocimiento y comprensión de épocas y aspectos decisivos en la historia de España y muy especialmente en la de Toledo”. El galardón se lo iba a entregar S. M. el Rey, y Paco quiso que yo los acompañara a él y a su esposa en tan importante acto. En uno de los días siguientes, Paco y Teresa tuvieron el detalle de visitar, en nuestro cigarral, a mi madre, que estaba enferma y no podía apenas moverse. Y desde que la misma Real Fundación creó en su sede toledana el Laboratorio Multicultural “Francisco Márquez Villanueva”, el matrimonio Márquez no dejó de venir –si no me equivoco– ni un solo año a Toledo y nunca faltaba su llamada para que nos reuniésemos, almorzáramos o cenáramos juntos y charlásemos sobre nuestros temas en prolongadas y agradables sobremesas.

En las vacaciones de Navidad del curso 2011-2012, estando toda mi familia en Providence (Rhode Island), donde vive y enseña mi hermana Mercedes, nuestra buena amiga

Irene Zaderenko organizó una comida para los Márquez y nosotros en su precioso piso de Boston. Gozamos lo que no es dicho, pero desgraciadamente fue la última vez que vimos a Paco y disfrutamos de su sabiduría y cordialidad.

Cuando este verano me llegó la noticia de su muerte, rápidamente, a través de una cadena de internautas, di a conocer a muchos de los compañeros de profesión tan triste pérdida. Por último, quiero solo dejar constancia de que a pocas personas he conocido como Paco Márquez, tan sabio y al mismo tiempo tan entrañable y tan humilde. Descanse en paz. Y todo mi cariño para Teresa y sus hijos.

M.^a del Carmen Vaquero (Serrano IES “Alfonso X el Sabio”. Toledo)



Mercedes VAQUERO

La muerte de Paco Márquez ha sido una gran pérdida para los hispanistas de Nueva Inglaterra, y más aún para los que estudiamos en universidades donde se leía la obra de Américo Castro con atención. En Brown tuvimos la suerte de tenerlo como profesor invitado varios años, después de su jubilación en Harvard. Los doctorandos que trabajaron con él aun recuerdan con cariño y admiración lo que aprendieron en sus seminarios. Siempre dispuesto a acudir -y participar activamente-a cualquier tertulia que los hispanomedievalistas de la región nos preparábamos para ponernos al día y divertirnos un rato. En casa de Luis Girón Negrón o de Irene Zaderenko... La primavera pasada cuando le dije que nos íbamos a reunir en Providence para hablar de un poeta hispano-hebreo, ya estaba dispuesto a venir... La salud no se lo permitió... Lo echamos de menos... El último artículo suyo (que me pasó muy amablemente) hablaba de las Humanidades como una nueva víctima de la barbarie tecnológica: “Cercana a terminar la primera década del nuevo siglo, continuamos bajo la misma inercia, aumentada por un recetario de praxis deshumanizadora, hipotecada a la idea de control por quien puede pagarla. Enemiga de espíritu y de toda noción de libertad, además de nutrida por las políticas del engaño publicitario y el cinismo de las grandes mentiras”. (http://elpais.com/diario/2010/04/01/opinion/1270072811_850215.html)

Echaremos mucho de menos sus agudos análisis del pasado cultural-literario, y también los de nuestro presente: “En lo que a nosotros nos afecta, el balance negativo ha supuesto un hecho tan capital como la asfixia de las Humanidades en virtud de un largo asedio que cada año da una vuelta al garrote, tanto en su presencia académica como en los aledaños discursos de actualidad social y política.

Juan GIL

Francisco Márquez, un filólogo integral

Corren tiempos extraños en que los estudiosos del pasado, en vez de interpretar lo que dicen los textos, suelen despeñar su mente por tenebrosas simas, descarriados por no menos tenebrosas teorías. Frente a los postulados de la nueva barbarie, Francisco Márquez dio muestras de ser siempre un acendrado filólogo, un verdadero amante de la palabra en sus dos vertientes: de la palabra escrita, como buen historiador de la literatura, y de la palabra hablada, como hombre dialogante que siempre fue.

Mi amistad con Francisco Márquez data de antiguo. Y si la traigo aquí a colación contra mi costumbre –pues no soy de los que creen que una necrología sea la ocasión para hablar de uno mismo–, es porque en el origen de esta amistad se encuentra un hombre que fue fundamental tanto en su orientación científica como en la mía propia: don Américo Castro. En 1970 o 1971 don Américo, en Madrid, me expresó su deseo de que yo conociera a un discípulo “espiritual” suyo que trabajaba en los Estados Unidos: Francisco Márquez. Pero a Francisco Márquez lo conocí no en Madrid ni en Estados Unidos, sino aquí, en Sevilla, algún tiempo después. Recuerdo que me trajo una estupenda foto de don Américo que puse en mi despacho, donde sigue estando, presidiendo con otra de don Ramón Menéndez Pidal mis pinitos científicos. Desde esos años ya lejanos nuestra amistad, que se prolongó a lo largo de muchas décadas, no tuvo baches ni sufrió eclipses. Como decía el clásico y me gusta repetir, *idem uelle, idem nolle ea demum firma amicitia est*.

Pues bien, la influencia de don Américo contribuyó de manera decisiva a que cristalizara la personalidad científica de Francisco Márquez. Se distingue su obra por dos raras cualidades. En primer lugar, por la atención escrupulosa a los textos. Francisco Márquez no se inventó teorías de la nada. Antes de sacar una conclusión sopesaba, interpretaba, desmenuzaba las palabras escritas y después escribía; no como ahora, cuando muchas veces se pone el carro delante de los caballos o se dicen banalidades ataviadas con un tan abstruso como huero lenguaje. Mas esta atención a los textos es, en realidad, propia de toda la escuela de Menéndez Pidal; y discípulo de Menéndez Pidal fue –no hay que olvidarlo– el maestro de Francisco Márquez en Sevilla, Francisco López Estrada.

En segundo lugar, la pormenorizada atención al contexto. Hay que insertar la obra estudiada en el contexto histórico y social del momento estudiado, hay que explicar las mil minucias de la vida cotidiana, las mil alusiones oscuras implícitas en la obra. Ahora bien, otra vez esta característica es propia de toda la escuela de Menéndez Pidal, y otra vez debemos reconocer en este caso el fecundo resultado del magisterio de López Estrada, continuador de una tradición filológica realmente espléndida.

De la escuela pidaliana, representada en Sevilla por López Estrada, hubiéramos esperado de Francisco Márquez estupendas monografías sobre autores del Medievo o del Siglo de Oro o bien impecables, pulquérrimas ediciones de textos. Pero aquí viene la inflexión científica y aquí es donde se echa de ver el influjo de Américo Castro. Francisco Márquez,

sorprendentemente en un hispanista y en un filólogo de su categoría, no fue un gran editor de textos. Su interés se volcó desde un primer momento en otros temas de muy diferente calado.

Su primera gran obra, premiada por la Real Academia Española, es, sí, una monografía y versa sobre un poeta del siglo XV: Juan Álvarez Gato. Pero es una monografía en la que, a la manera de Castro, se conjugan literatura e historia para alcanzar conclusiones que desbordan una y otra disciplina y que explican no ya al autor, sino a toda su época. En efecto, la condición conversa del poeta llevó a Francisco Márquez a empaparse de las ideas de don Américo, expuestas en la década anterior. El resultado fue realmente extraordinario. Por primera vez, en efecto, se analizó la obra de Gato desde la perspectiva correcta, su condición de cristiano nuevo; pero al mismo tiempo, y también por primera vez, se hizo una brillantísima disección de la sociedad conversa de finales del siglo XV. Esta nueva forma de combinar Literatura e Historia para explicar el pasado superaba con creces a la por entonces emergente Historia de las mentalidades, que divisaba sólo las crestas sin barruntar el tamaño del iceberg sumergido. Pues eso, la base oculta del gigantesco iceberg, fue lo que descubrió Francisco Márquez, siguiendo las huellas del gran precursor que fue don Américo.

A partir de entonces quedaron fijadas para siempre las directrices de su investigación, que se dedicó en lo sucesivo a explotar el ingente filón que había encontrado en las ideas de Castro, rastreando las huellas de aquella comunidad de tres culturas que en algún tiempo fue España, una España que –paradojas de la historia- aún no existía políticamente: todo lo más era entonces un concepto geográfico y una entelequia histórica. Así aparecieron los estupendos estudios sobre Cervantes, la *Celestina*, Mateo Alemán y tantos otros autores, que recibieron intensa luz al ser considerados bajo nuevos puntos de vista. La vivísima atención al problema de las minorías lo llevó también a estudiar fructíferamente los entresijos de la sociedad morisca, desde el solapado toque de atención que supuso, por parte de los oprimidos, la falsificación de los plomos del Sacromonte hasta la tremenda solución final auspiciada por el patriarca Ribera. Huelga decir el júbilo con que acogió Francisco Márquez el hallazgo que venía a confirmar una de las intuiciones del gran maestro: el mudejarismo del arcipreste de Hita, negado empeinadamente por cierta pseudociencia que ha heredado de un pasado ominoso la obsesión por la limpieza de sangre.

Esta fidelidad a las directrices marcadas por don Américo se manifestó de manera paladina en su última gran empresa. En efecto, el libro sobre el apóstol Santiago desarrolló hasta sus últimas consecuencias otro de los temas predilectos de Castro (fallecido precisamente –ironías de la vida- en un 25 de julio): la invención del apóstol Matamoros y su no menos mítica conversión en patrono de España. Se trata de otra ensoñación espiritual que tuvo consecuencias históricas incalculables y que persiste paradójicamente hoy día, cuando el patrono de España, despojado del oropel de los festejos nacionales, se ha erigido en símbolo insospechado de la Galicia independentista.

Hay un postrer aspecto en el que, a mi juicio, se percibe fácilmente la influencia de don Américo en Francisco Márquez. Toda la obra última de Castro, ese su frenético bucear en el pasado peninsular, tenía por objeto inmediato la explicación de nuestros éxitos y fracasos en tiempos pretéritos, pero también buscaba algo más, un algo más esencial: remediar las

dolencias de la España contemporánea, haciendo que cicatrizase la herida de una guerra civil. Desde esa perspectiva, no extraña ahora que el estudio de la convivencia posible, el gran problema político de la actualidad no ya española, sino también internacional, se convirtiese muy pronto en otro de los temas preferidos de Francisco Márquez, que vio como un ejemplo imitable hoy la armónica trabazón de la sociedad castellana medieval durante aquellos tiempos –a mi juicio, un tanto idealizados- en que moros y judíos cohabitaban pacíficamente en la corte cristiana de Alfonso X el Sabio. La tarea regeneradora de la Institución Libre de Enseñanza, bien patente en la cruzada de don Américo, un cirujano espiritual de nuestros males (a él, en el fondo de su alma, le gustaba tanto como le angustiaba compararse con el incomprendido doctor Semmelweiss, el húngaro que descubrió el carácter infeccioso de la fiebre puerperal, una especie de Casandra de la Medicina), tuvo así su continuación insospechada en la obra de Francisco Márquez, quizá porque tanto el uno como el otro, los dos exiliados –política y laboralmente-, hicieron el análisis de España desde fuera, desde el extranjero. Desde dentro, uno abriga quizá algo más de escepticismo sobre el supuesto carácter balsámico del conocimiento del pasado.

El prestigio de Francisco Márquez se fue agigantando con el paso del tiempo. Así, a ese Doctor por una Universidad provinciana que tuvo que salir de Sevilla contra su voluntad y que por sus propios méritos se convirtió en catedrático de una luminosa Universidad extranjera, tal vez la más prestigiosa del mundo, lo distinguieron galardones científicos de toda suerte, homenajes públicos y reconocimientos honorarios. Algunos, incluso en su patria, a pesar del amargo dicho del profeta bíblico. Otros se lo negaron la desidia, el rencor y la envidia nacionales. A última hora, le faltó recibir el Doctorado *honoris causa* por la Universidad de Alcalá, que tanta ilusión le hacía, según me confesó en la última conversación telefónica que he tenido con él; una conversación en la que me habló, con voz todavía muy llena, de sus proyectos de viaje.

Con Francisco Márquez se ha ido no sólo uno de los mejores conocedores de nuestro pasado, sino también uno de los estudiosos que más claves nos han dado para interpretarlo. Y aunque su ausencia nos cause un punzante dolor, a los que fuimos sus amigos siempre nos quedarán el estímulo de su ejemplo y el consuelo de su memoria.

Juan Gil (Universidad de Sevilla)

David BORUCHOFF

A Reminiscence of Francisco Márquez Villanueva

Most of us who entered the doctoral program in Spanish at Harvard in the early to mid-1980s did not know what to make of Francisco Márquez Villanueva as a person, given the greater formality of university education at the time, yet we were terrified by what we had heard about his rigorous demands as a teacher. His memory and attention to detail were fabled, and there were stories that he had once asked a student to list the ingredients of Don Quixote's *bálsamo de Fierabrás* during an oral examination, reducing her to tears (years later, when he asked me the same question and I, having been forewarned, gave the correct answer, his approval took the form of a terse "claro", for this was simply something that all students of Cervantes should know as a matter of course).

Márquez was director of graduate studies and, to get the measure of those newly admitted into the program, he insisted that we all take his seminar on the History of the Spanish Language. The subject matter of this course did not inspire enthusiasm in the handful of us enrolled, nor did it, apparently, in Márquez himself. Nevertheless, we began to work our way through the minutiae of Rafael Lapesa's exquisitely dry manual, with occasional excursions into the linguistic morass of the *Poema del Cid* in pursuit of examples.

Tedium set in, and then one day everything changed. Out of the blue, while speaking with great academic reserve about words such as the verb *coger* that have assumed regional meanings due to local industries or circumstances, Márquez recounted the matter-of-fact story of a Chinese immigrant to Mexico City who decided to open a laundry. To this end, he proudly erected a sign with his name and the nature of his business, all in capital letters: CHIN SU MA - TINTORERÍA CHINA. And then, Márquez continued, a Mexican nationalist of long standing opened a laundry of his own across the street with the sign: CHIN LA SU – TINTORERÍA MEXICANA.

What caused me to pause was not the fact that Márquez had told a joke -indeed, a risqué joke- but that, unlike the gratuitous humor of other professors with whom I had studied, his tale had a serious purpose, and was germane to the lesson at hand. For what Márquez intended was to illustrate and decry the appropriation and spoiling of what, in his understanding, were once good and proper figures of speech (the better part of discretion inhibits me from listing the others that I learned that day). This moment was a watershed for me and my classmates, and, during the rest of the semester, we came to know Márquez for the qualities for which we remember, respect and honor him now: for the passion and purity of his convictions; for the rigor that he demanded first of himself, and only subsequently of others; and for the joy and satisfaction that he derived from understanding things in all their deep complexity.

David A. Boruchoff (McGill University)

Maria Laura GIORDANO

“¡Somos los últimos contemplativos!”

Aquella tarde del 16 junio cuando me comunicaron la noticia del fallecimiento de mi maestro y amigo Francisco Márquez Villanueva, el alfiler de un dolor imprevisto me devolvió a la realidad de la que un malestar pasajero me había alejado. Aquella tarde, y muchas más después, me dolió el alma. De repente me sentí huérfana del que consideraba mi maestro. Lo había encontrado al final de una larga búsqueda, empezada cuándo, adolescente, en la parte más alta de mi casa paterna *ad hoc* bautizada “Acropoli”, con la vista del Etna a un lado y la bahía de Taormina al otro, buscaba el misterio encerrado en los libros, saboreaba la magia de las páginas en soledad, mientras bandadas de golondrinas festivas surcaban el cielo de aquellas tardes felices.

Quizá entonces no entendía todavía la suerte que había tenido: disfrutar tanto con tan poco, la claridad de un cielo azul y las promesas de los libros. En el fondo es esta la fórmula del lector o del estudioso vocacional, como descubrí más tarde, gracias también al profesor Márquez. Él, en una de nuestras conversaciones en su despacho de la biblioteca Widener en los Estados Unidos, lugar de tantas otras muy decisivas para mi formación, me dijo, con su habitual sagacidad, hablando de nuestro trabajo: “¡Somos los últimos contemplativos!”.

Entonces, tras su generosa invitación en 2005, había descubierto el paraíso de una de las más grandes y prestigiosas bibliotecas del mundo, en el campus de la Universidad de Harvard en Cambridge (Massachusetts), a la que desde entonces no he dejado de ir. Se pudo así renovar la alquimia simple y feliz de una memoria lejana pero perfectamente viva, la de un cielo azul y los libros. Allí he empezado tantos estudios, artículos, investigaciones, allí he disfrutado y me he beneficiado al mismo tiempo de las improvisadas clases que el profesor Márquez me regalaba de vez en cuando en su despacho de la biblioteca, (un privilegio que mantenía por ser *emeritus* de Harvard University) y nunca dosificaba su entrega, que esparcía, con la lucida e infatigable conciencia del sembrador, en terrenos no maduros pero de los que se podía esperar una buena cosecha.

Durante siete años, como cautivada por un benévolo embrujo, no podía concebir estudiar fuera de este rincón del mundo, el mismo que Márquez había elegido mucho antes que yo. La “adicción” a Widener Library era algo que nos unía, además de los temas de investigación y de metodología. Nunca se sorprendió de que año tras año acudiera a este paraíso y a su precioso heraldo: la irrepetible combinación que allí se daba -un gran maestro y una gran biblioteca- era creadora de un gran bienestar intelectual y personal bastante fructífero. Se dio cuenta de ello y dijo a una amiga común: “She is happy here”.

La perspectiva del tiempo, como una catarsis del recuerdo, ayudará a transformar el castigo de su muerte en el privilegio de haberle conocido, la desgracia de su pérdida en el profundo agradecimiento para una persona intelectualmente generosa, afectuosa y sincera. No hay muerte posible cuando el recuerdo se hace vida y vida de la mente.

Él vivirá en mí, en el gusanillo de la duda, en la perspicacia de buscar por debajo de los esquemas preconcebidos, en el valor de seguir nuevos caminos [tal vez a contracorriente], en el rigor del apego a las fuentes, en la hermosura de una escritura cautivadora y elegante, en la urgencia de la contextualización de los textos, en la confianza de un trabajo honrado y origen de disfrute permanente, en el “fuoco sacro” que alimenta mis días de mañana, y, sobre todo, en sus libros.

Es para mí motivo de orgullo haber influido en las últimas páginas de la vida intelectual del profesor Márquez, de haberle encendido el interés hacia esta misteriosa figura del siglo XV que fue la escritora conversa Teresa de Cartagena, a la que me había precedentemente dedicado, objeto de sus dos últimos estudios, el primero de los cuales será publicado en breve. El otro no pudo acabarlo.

Grazie di tutto, maestro!

Maria Laura Giordano (Universitat Abat Oliba CEU)

Luis YÁÑEZ-BARNUEVO GARCÍA

Oí hablar por vez primera de Paco Márquez Villanueva poco después de su salida al exilio víctima de la intolerancia opusdeísta. Años más tarde fue creciendo su prestigio en la universidad de Harvard por sus brillantes trabajos sobre la Edad Media española en los que combatió académicamente la visión monolítica y dogmática de los historiadores nacionalcatólicos. Para mí una tercera etapa fue compartir con él tareas relacionadas con el colegio san Francisco de Paula de Sevilla, institución pedagógica en la que ambos nos habíamos formado.

Guardo y guardaré de él el recuerdo de un hombre bueno, sabio y patriota.

Luis Yáñez-Barnuevo García (Parlamento europeo)

Greg HUTCHESON

August 14, 2013. I write this from Widener Library, where I've just spent the past few days advancing a new research project—a pilgrimage in a sense, given my long-time absence from Harvard and Paco's recent passing. I couldn't help but pause by study number 476, deep in the stacks of Widener, where, not unlike the *mago de Toledo*, Paco had spent the better part of his waking hours. Nor could I help but relive the experience of the graduate student who came for advising—the deep intake of breath, mental review of the matter to be discussed, and tentative knock on the door. Such, surely, was my experience when I met with Paco sometime in the late 80s to explore possible topics for my dissertation. Flush with excitement about my recent discovery of John Boswell's *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality: Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century*, I proposed a study of homosexuality in medieval Spanish texts. Paco frowned, rubbed his temples as he was wont to do when grappling with a particularly irksome matter, and responded in words I've never forgotten and often repeated in reunions with classmates: “Sería mejor no salir de aquí con la espada en la mano”.

I readily succumbed to the pressure to turn my attentions to the *Cancionero de Baena*, but several years into my professional life took up once again, this time with my classmate Joe Blackmore, that very sword I'd been advised to lay down. When *Queer Iberia: Sexualities, Cultures, and Crossings from the Middle Ages to the Renaissance* came out in 1999, I rushed to send Paco advance copy, receiving in reply a hand-written note with the enigmatic words: “Volumen nutrido”. Only now, with Paco's passing, have Joe and I learned by way of Juan Goytisolo's tribute in *El País* the degree to which he had acknowledged the project. As Goytisolo tells it: “Recuerdo que al leer una selección de ensayos de autores muy diversos sobre lo raro (*queer*) en la literatura castellana del siglo XV y del llamado Siglo de Oro, le dije [a Paco] que solo cuatro de ellos me habían interesado, y sonrió: los cuatro habían sido discípulos suyos”. What I wouldn't give to have been witness to that smile!

A wayward son, I never formed part of the inner circle of Paco's intellectual progeny. And yet I cling to those few moments of real communion I had with him. For instance, the semester he tapped me to assist him in his undergraduate survey of medieval Spanish literature. As we reviewed student evaluations at semester's end, he could scarcely contain his delight: “¡Vaya, los piropos que nos han echado!” Or the time we crossed paths at the II Congreso Internacional sobre el Arcipreste de Hita, hosted in Alcalá la Real in 2002. After delivering his keynote, he found himself surrounded by a phalanx of Spanish graduate students eager to drink more deeply of his heterodoxies. “Es que estoy muy solicitado”, he said with a wink in my direction. And now, my latter-day return to the *Cancionero de Baena*, to identifying Islamic traces in the works of courtly poet Garci Ferrández de Gerena and exploring more broadly the transconfessional dimensions of medieval Spanish texts. This is the sort of work Paco had wanted me to do, and I do it now less out of filial duty than because I share with him the compulsion to expose the underpinnings of our multicultural present in all their complexity.

Such is the purpose of my return trip to Widener, to dip into its collection and drink deep of so many books that surely passed at one point through Paco's hands. Again at Paco's office door, I note that it still bears, as it has for the last 30 years, the Harvard mailing label reading in his unmistakable hand "FRANCISCO MARQUEZ: STUDENTS WELCOME". My own welcome may have been late in coming, but I feel it no less intensely and mourn deeply the loss of a mentor with whom my dialogue was just about to begin.

Greg Hutcheson (University of Louisville)

André STOLL

Homenaje a un eminente “esprit fort” alfonsí

Cuando lo vi en persona por vez primera, en el congreso de la A. I. H. en Birmingham, el maestro estaba en la cumbre de su gloria: dictó, aunque mejor sería decir *comunicó* su conferencia con aparente felicidad a un público de jóvenes fascinados por la originalidad y la fuerza de convicción de sus argumentos, a los que en tan solo una hora les proporcionó unas perspectivas radicalmente nuevas sobre una literatura, la áurea, que ellos creían conocer a fondo. Tan entusiasmado como ellos por la capacidad didáctica y la fina ironía con las que consiguió captar su atención, me presenté a él para invitarle a que obsequiara también a mis estudiantes y colegas de la universidad alemana de Bielefeld con similares pruebas de su brillante arte de transmitir los resultados de sus investigaciones. El ilustre profesor de Harvard no dudó un momento en aceptar mi invitación tan espontáneamente como yo se la había propuesto.

Las cuatro oportunidades que tuvimos durante los años siguientes de acogerle en nuestro Departamento de Lenguas y Literaturas Románicas para una serie de seminarios y charlas, se convirtieron en otras tantas etapas de un itinerario iniciático hacia las profundidades de la polifónica creatividad literaria y cultural del Siglo de Oro. Gracias a su ingente erudición y a su extraordinaria familiaridad con las instituciones políticas y religiosas, las condiciones de vida, las costumbres e incluso los imaginarios colectivos de las diferentes capas de la sociedad en esa época tan conflictiva que fue la Monarquía imperial española, el hispanista Francisco Márquez conseguía, de modo ejemplar, dejar hablar a los textos mismos, sacarles cual arqueólogo los escondidos estratos de su significado. Así, se dedicó con entusiasmo a enseñarnos las aportaciones de los judeoconversos y moriscos a las obras maestras de la literatura áurea, cuyas estrategias discursivas estaban inevitablemente condicionadas, como toda la productividad intelectual y poética de la época, por el poder coercitivo de la Inquisición, el absolutismo y el mito racista de la limpieza de sangre.

Una de las características más destacadas de su personalidad como docente era su costumbre de no limitar nunca la transmisión de sus saberes al propio horario de sus lecciones académicas, prolongándolas en cada ocasión que se le ofrecía de estar con nosotros: durante las comidas, los paseos, las fiestas y las excursiones que nos llevaban a las ciudades de los alrededores. Durante el viaje en tren, por ejemplo, que hicimos a Colonia para una visita a la catedral gótica y los museos de esta antigua capital de la civilización renana, mi amigo Paco me gratificó con una brillante lección sobre las múltiples iniciativas de procedencia cristiana, judía y musulmana que convergieron en esa empresa intercultural sin par en la historia de Europa que él llamó la cultura Alfonsina, que contenía una visión diferenciada de la trayectoria del mudejarismo como movimiento inspirado por este hito de la interculturalidad toledana, a la cual el medievalista Márquez Villanueva había dedicado una parte importante de sus investigaciones a la estela de Américo Castro. Lo mismo ocurrió cuando visitamos una exposición de los grabados de Goya que se celebró en el vecino castillo renacentistas de Brake, en el este de Westfalia. Fijando su atención sobre algunas particularidades temáticas de

estos fascinantes escenarios del imaginario extático de Goya, Paco nos descubrió en ellas unas sorprendentes analogías con ciertas características estilísticas de la *Celestina*, el *Lazarillo* y, sobre todo, la ironía lúdica de Cervantes en su *Quijote*. Mientras él se apoyaba para estas interpretaciones en los originales estudios que su esposa, la historiadora de arte María Teresa Márquez, había publicado sobre la estética de los *Caprichos*, yo por mi parte pude contribuir en algo con mis comparaciones entre la revolución artística de Goya en el campo tan conflictivo del discurso de las civilizaciones y la obra gráfica de Callot y de Daumier, comparaciones que había defendido en el marco de diversas exposiciones en Alemania e Italia. Pero fue en la visita a una exposición que, en 1998, la ciudad de Münster había organizado en conmemoración del 350 aniversario de la Paz de Westfalia, cuando este hispanista emigrado a Estados Unidos nos proporcionó a mí y a mis colegas, tan admirados como yo, la más impresionante demostración de su profunda familiaridad con la historia de su patria española. Apenas instalado delante de uno de los cuadros expuestos, nuestro huésped no dudó un momento a la hora de identificar a cada uno de los actores diplomáticos representados, y, no contento con ello, en contarnos el papel concreto que cada uno había desempeñado en el curso de las complicadísimas negociaciones para la conclusión de este tratado que tanto había cambiado la faz de Europa y de la Monarquía española en particular. En consecuencia, ya no necesitamos consultar los paneles didácticos que, en cualquier caso, no podían rivalizar con la amplitud y viveza de las informaciones que nos facilitó la experiencia de nuestro excelente guía.

Entre tales intercambios privilegiados con nuestro amigo de Harvard, destaca un hecho que plenamente merece el título de auténtico encuentro surrealista. Pues, guardando la cola, bajo un espléndido sol de septiembre del 2001, delante de la taquilla del Conjunto arqueológico de Medina Azahara, cuán inmensa fue mi sorpresa cuando, al volverme casualmente hacia atrás, vi a dos pasos de mí ... ¡a Paco y Teresa, tan estupefactos como nosotros ante esta aparición de sus amigos, que en otros tiempos se hubiera calificado de milagro! Ninguno de nosotros estaba, en efecto, al corriente de la presencia del otro en Andalucía por esa época, ni aún menos de la intención de visitar ese mismo día ese precioso monumento de la alta civilización del califato cordobés. Así, disfrutamos de ese *moment de grâce* para recorrer en común aquellos vestigios arquitectónicos en filigrana que la labor de los arqueólogos había restituido a su auténtica belleza, recordando con admiración algunas etapas de la espléndida civilización de los Omeyas, que había generado unas maravillas tales como esta Medina palaciega o la grandiosa Mezquita de Córdoba.

Estos encuentros constituyeron algunos de los puntos culminantes del enriquecedor diálogo que, a partir de mediados de los años noventa, tuve la suerte de mantener con mi amigo Paco en el campo tan amplio de nuestros intereses comunes por las contribuciones de los judeoconversos y moriscos a la creatividad literaria en la España de los siglos XVI y XVII. En mi caso, estos intereses también venían de lejos, pues se remontaban a la época de mi tesis doctoral sobre la primera traducción francesa del *Buscón* de Quevedo, cuya preparación coincidió con mis años de estudios en París, a partir del 1965. Si para la parte semiológica de dicho trabajo me inspiraba principalmente en la metodología estilística desarrollada por el romanista alemán exiliado Leo Spitzer, mi análisis histórico-cultural se orientaba en gran

parte hacia la revolucionaria obra de Américo Castro, sin perder de vista los resultados de otros eminentes críticos del dogmatismo tridentino y del casticismo tales como Marcel Bataillon y Maurice Molho. Uno de los pocos libros que en estos años parisinos pude obtener, gracias a una beca del gobierno francés, fue significativamente la traducción francesa de 1963 de su *Historia de España* publicada en México casi diez años antes.

Aún antes de conocer personalmente al hispanista de Harvard Francisco Márquez Villanueva, sus fundamentales libros sobre la múltiple creatividad disidente de los autores con ascendencia judía y musulmana -v. gr. *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI* (1968); *El problema morisco (desde otras laderas)* (1991); *Orígenes y sociología del tema celestinesco* (1993)- se contaban entre los que más me guiaron en mis propias búsquedas de estos años. Es el caso del ciclo de conferencias interdisciplinares de 1992 publicado bajo el título de *Sefardíes, moriscos e indias. La otra cara de la cultura hispánica* (en alemán, 1995), así como de mi reedición comentada de la primera traducción alemana (1648) de los *Conceptos del Amor de Dios* de Santa Teresa (Insel: Francoforte, 1984, reed. 1994), para la cual había sondeado las influencias sobre esta deliciosa escritura femenina de la cultura hebrea y conversa en los orígenes de la grande mística. Los nuevos horizontes que los tan originales resultados de la sociología cultural del profesor Márquez Villanueva abrieron sobre el mundo converso y morisco se constituyeron así en indispensable telón de fondo de mi estudio "El Saco de Roma o la caída de la cultura medieval española. Acerca del destino del escandaloso *Retrato de la Lozana andaluza* de Francisco Delicado" (en Juan Luis Castellano Castellano y Francisco Sánchez-Montes Gonzálezcoords. *Carlos V. Europeísmo y Universalidad*. vol. V: *Religión, cultura y mentalidades*. Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V: Madrid, 2001 , en el cual, por supuesto, el ensayo fundador de su amigo Juan Goytisolo ha también dejado sus huellas.

Gracias a las oportunidades cada vez más frecuentes que tuve de familiarizarme con los archivos de su inmensa erudición, se intensificaron también mis propios esfuerzos por elucidar la productividad literaria, fatalmente ocultada durante siglos, de los descendientes de sefardíes y moros en la España inquisitorial y absolutista. Lo ilustran, por ejemplo, mi participación en el homenaje al "Hijo predilecto de Andalucía" Francisco Márquez Villanueva organizado por su universidad de origen en 2005 ("Conversiones / Inversiones. Modelos de asimilación para moros/moriscos y judeoconversos en la literatura española del siglo XVI", (en Pedro M. Piñero Ramírez coord. *Dejar hablar a los textos*. Universidad de Sevilla, tomo II) o, de fecha más reciente, el libro colectivo editado en colaboración con José A. González Alcantud, *El Mediterráneo plural en la Edad Moderna. Sujeto histórico y diversidad* (Anthropos: Barcelona, 2011).

A desarrollar estas perspectivas habían contribuido significativamente las conversaciones que había tenido el privilegio, en 2000, de mantener con Paco durante mi estancia como *visiting scholar* en su universo harvardiano, además de la extraordinaria oportunidad de poder documentarme en esa magnífica Widener Library, donde él había fijado la propia sede de su sabiduría. Pues de ahí procederían los doce estudios de su *España judeoconversa* (Bellaterra, 2006) y, sobre todo, aquellas sumas de su erudición cervantista que

constituirían los volúmenes *Cervantes en letra viva: estudios sobre la vida y la obra* (Reverso, 2005), y *Moros, moriscos y turcos de Cervantes* (Bellaterra, 2010). Por eso, no es de extrañar que, paralelamente a la aparición de tales obras de ingente originalidad, me dispusiera yo también a dedicarme de forma más exclusiva a sondear los subterráneos fondos semíticos del *Quijote* a través de las ingeniosas estrategias inventadas por su autor para esconderlos a la faz de la Inquisición, tan fatal para la más mínima manifestación de espiritualidad judía o musulmana. Comenzando por algunos esbozos de arqueología semiológica y cultural como era, por ejemplo, mi contribución "Aldonza / Dulcinea en el manuscrito iluminado de Cide Hamete Benengeli" al volumen *De Cervantes y el Islam*, coeditado por Nuria Martínez de Cestilla y Rodolfo Gil Benumeja Grimau (Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales: Madrid, 2006), o incluso el ciclo de conferencias que dicté en el Institut du Monde árabe de París a finales de 2006 (publicadas bajo el título de *Al-Andalus revisité. Aux sources de l'histoire arabe du Don Quichotte*; IMA: Paris, 2007), y que, en cuanto estudio sobre la maurofilia de Cervantes, debían entenderse además como un homenaje afectivo a la eminente conocedora de las literaturas inspiradas por la brillante civilización de la Granada mora, nuestra amiga común María Soledad Carrasco Urgoiti.

A sus iluminaciones cervantinas, Paco añadió en 2004, con su *Santiago: trayectoria de un mito*, otra joya de su lucidez engastada en un fondo de impresionante documentación histórica, mediante la cual consiguió desmontar uno de los mitos más poderosos en la historia de la España cristiana (y para su desgracia también, de los autóctonos musulmanes y sefardíes). Este libro es quizás el más característico del imperturbable compromiso con la libertad de pensamiento que el *esprit fort* Francisco Márquez Villanueva ha legado a la posteridad.

Así, más allá del terrible golpe que me ha proporcionado la inopinada desaparición física de mi venerado amigo Paco, la admirable riqueza y delicadeza de los sustanciosos platos que nos ha regalado su arte de guisar "alfonsí" siguen deleitándome sin parar durante mis propias cabalgadas de los últimos años por los subterráneos campos de la Mancha.

André Stoll (Catedrático emérito de Literaturas y Culturas Románicas de la Universidad de Bielefeld)

Johanna LIANDER

Aula y amistad: Algunas palabras para Francisco Márquez Villanueva

Al entrar en Widener Library, y pasar por la puerta 176, se nota que ya no está la etiqueta de siempre: Francisco Márquez Villanueva y sus horas de consulta. Me llega muy profunda la noticia: ya no las hay. Podría imaginarme dialogando con nuestro querido Paco, pero su parte me la tendría que inventar yo.

La pérdida que vivimos todos es, a la vez, profesional y personal, pública e íntima. El profesor Márquez, convertido en Paco Márquez cuando me doctoré, representaba un monumento de erudición de la España medieval y de la del Siglo de Oro, tal como todos lo reconocemos. Aún sin formar parte del gremio de hispanistas de aquellas épocas, todavía tengo muy frescos los recuerdos de su infinito conocimiento del *Poema del Mío Cid*, del *Quijote* y de la obra de Lope de Vega, con sus fuentes literarias, históricas y culturales. Temblábamos ante su presencia y sus palabras, pero a la vez nos reíamos mucho en sus clases, gozando de su sabiduría y de su pasión por las épocas y las obras que fueron el tema de su vida. Un gran profesor, no cabía la menor duda.

Sin embargo, Paco Márquez participó también de manera muy personal en el camino de mi propia vida. Y no fui la única de tal suerte. Aunque exigió todos mis conocimientos de Nietzsche y de Ángel Ganivet en mis exámenes doctorales, cuando sólo quería hablar de las metáforas y de lo popular de la Generación del '27, el profesor Márquez también viajó dos horas sin María Teresa para estar en mi boda hace ya unos treinta años. Cuando buscaba trabajo, me ayudó generosamente, y al nacer mi primera hija, Paco fue el primero en felicitar a mi marido Mårten, al día siguiente en Harvard Yard, invitándole a comer y hablando de las maravillas de ser padre. Paco y yo fuimos colegas y vecinos por muchos años también. Compartimos una gran amistad y admiración por Steve Gilman y solíamos recordarlo juntos en bellos momentos en Widener, en Boylston Hall o en otra parte del pequeño universo universitario. Paco tenía la misma inmensa memoria para los detalles de la vida personal -la familia, las lecturas, los viajes, la cocina- y tengo la sensación de que seguiremos hasta siempre hablando del oficio, de los estudiantes y de la docencia.

El verano pasado me dio su último regalo en vida, confiándome historias de su madre asturiana y de su pueblo tan diminuto que sólo aparecía en los mapas más detallados, estudiándolos con lupa. Allí fuimos Mårten y yo, y nos esperaba una visita de ensueño, unos días con aire marítimo, montañés y decimonónico. De campanas, de sal, de flores salvajes e incluso de un Capricho de Antoni Gaudí al lado. Y felizmente nos quedan las imágenes y las palabras de agradecimiento y alegría compartidas con Paco a la vuelta.

Qué afortunados somos todos los que conocimos a Francisco Márquez Villanueva. Y seguro que nos acompañará aún en el aula, en la biblioteca y en la casa.

Gracias, Paco. Un abrazo.

Johanna Liander (Harvard University)

Arturo ECHAVARRÍA

Paco Márquez

Conocí a Francisco Márquez Villanueva en el 1962. Yo era un estudiante de posgrado en Harvard inscrito en su curso sobre los cancioneros, y Paco —el apodo lo justificó luego una larga y fructífera amistad— venía a los Estados Unidos a enseñar por segunda vez. Luego de las primeras sesiones de clase, los alumnos comprendimos que aquel hombre tímido, que hablaba en un tono de voz que apenas se escuchaba, poseía una erudición extraordinaria, tanto literaria como histórica, una sabiduría que siempre puso al servicio del texto que explicaba. La noción de la primacía del texto literario en todo comentario crítico es una de las enseñanzas que integré a mi modo de pensar sobre la literatura y que aún me acompaña hoy. También resuenan en mi memoria unas palabras que le escuché hace cerca de cincuenta años. Me confesó que cuando firmaba un artículo o libro suyo, o cuando estaba por dictar una conferencia pública, tenía que estar seguro de que lo sabía *todo* sobre el asunto que había explicado o que estaba por explicar. La meta, que no todos podemos alcanzar, a veces ni remotamente, ha servido de acicate en esos momentos en que uno está por iniciar un trabajo de investigación literaria. Todos los trabajos críticos de Paco Márquez llevan el sello de ese obstinado rigor y han servido de ejemplo para sus estudiantes.

Luego de las conversaciones en torno a asuntos académicos, vinieron los años de franca amistad, donde reinaba el afecto y, sobre todo, el buen humor. Mi esposa Luce evoca muchas de esas aventuras con él y con María Teresa, un ser de luz que asimismo ha enriquecido nuestras vidas. Es mucho lo que tenemos que agradecer. La herencia ha sido cuantiosa.

Arturo Echavarría (Profesor Emérito de Literatura Comparada Universidad de Puerto Rico)

Horacio CHIONG-RIVERO

Professor Márquez Villanueva will be fondly remembered by the many students whose careers he inspired, and whose lives he touched. Learning of his passing deeply saddened me, and yet I'm not alone in finding some measure of comfort in knowing that he celebrated life.

In my very first course with him, dedicated to Cervantes' El Quijote, I learned the beauty and thrill of persevering in the quest for knowledge and in the pursuit of truth. These are values that transcend literature, and ones that continue to inspire me.

Thank you, profesor, for your passion for literature, and for your kind and generous spirit.

COELHO, Joaquim-Francisco

Recordando um sevilhano ilustre

Múltiplas saudades deixou entre nós, estudantes e colegas, o recentemente falecido Professor Francisco Márquez Villanueva. Os estudantes guardarão na memória suas eruditas aulas, sua paixão por Cervantes, sua devoção ao ensino e à pesquisa, seu gabinete-sacrário na Widener Library; os colegas, sobretudo os mais íntimos, lembrar-se-ão da integridade do seu caráter, do seu espanhol pitoresco e autêntico, do seu sentimento trágico-cômico da vida, e do seu nostálgico amor pela Sevilha natal, *tellus mater* de tantas figuras ilustres. Eu, em particular, recordo com gratidão a sua hospitalidade quando primeiro cheguei a Harvard, em 1983. Paco Márquez levou-me logo ao Faculty Club para um colóquio ameno, ofereceu-me separatas de escritos seus, e pouco tempo depois me convidaria a jantar em sua casa de Belmont, na companhia de Maria Teresa, a esposa afetuosa que ele admirava e amava. Durante anos a fio, dentro ou fora da universidade, periodicamente fomos conversando, por assim dizer, sobre todos os assuntos do mundo, em particular os relacionados com o mundo ibérico, tema favorito deste homem que trazia a Ibéria na alma. Homem que, agora morto, nos deixa sem todavia nos deixar, vivo como está em sua obra escolástica e no coração dos que tiveram a ventura de privar com ele.

Joaquim Francisco Coelho (Professor Emeritus of Romance Languages and Literatures,
Harvard University)

Verónica CORTÍNEZ

Bálsamo de Fierabrás

Cuando llegué a Harvard en 1981, nunca imaginé que, muchos años después, me daría tanta pena la muerte de nuestro querido Paco. Al contrario, en un comienzo nos parecía un profesor más bien desagradable, al que criticábamos e imitábamos con placer, “rigurosamente, rigurosamente, rigurosamente”: exagerado con sus latinazos, exigente con lo que nos parecían tonteras (¡pero, cómo, ¿había de verdad que saberse de memoria todos los ingredientes del bálsamo de Fierabrás?!), acaso injusto con los estudiantes puertorriqueños cuyo español quería mejorar (como esa “horrorosa falta de ortografía” marcada con rojo en un trabajo de Diana Guemarez por una coma mal puesta o algo así), desmedido en su admiración por Américo Castro y su odio a Borges, y un largo etcétera... Pero, a fin de cuentas, poco me importaba, pues yo había ido a estudiar literatura hispanoamericana con Jaime Alazraki (aunque terminé escribiendo mi tesis con Claudio Guillén) y ese era problema de mis compañeros.

Recuerdo que fue Félix Martínez Bonati, durante una caminata por Harvard Yard, quien corrigió mi error: todos tenemos defectos y Márquez Villanueva era uno de los más grandes especialistas del Siglo de Oro español. Yo ciertamente tenía mucho que aprender de él. En efecto, de ahí en adelante, disfruté de todas sus clases, en las que me sentaba siempre en primera fila, aun (con el perdón de mis compañeros, especialmente de Lourdes Dávila) en el asiento más cercano al suyo para no perder palabra. Incluso recuerdo casi de memoria aquellas clases tuyas a las que solo accedí a través de los apuntes de mi amigo Roberto Díaz, como el seminario de Santa Teresa y el de la novela morisca (porque Paco no repetía jamás un seminario, que dictaba solo cuando estaba escribiendo un libro sobre el tema).

Con el tiempo, inauguramos las tertulias en Adams House, donde Steven Gilman y Paco Márquez eran nuestros más fieles y entusiastas interlocutores. Ocasionalmente se aparecían Claudio Guillén, Juan Marichal o algún otro profesor, pero lo único constante, además de las tortillas de Harry Vélez, eran Steve y Paco. Fue entonces que empezamos a tenerle cariño. Paco nos invitaba a su casa (donde Teresa nos enseñaba a bailar sevillanas), toleraba nuestras dudas e inquietudes, nos acogía en su oficina de Widener #476, nos prestaba libros y estaba dispuesto a pasar las horas que fueran necesarias para ayudarnos, es decir, se transformó en un maestro de verdad, al que además pudimos empezar a tutear con el apretón de manos que nos daba después de aprobar los exámenes doctorales: “Ahora somos colegas, ya puedes tutearme y decirme Paco”.

Cuando llegué a UCLA como profesora y estaba dictando mi primer seminario sobre la prosa del siglo XVI, de pronto me asaltó ya no recuerdo qué duda sobre Nebrija y Juan de Valdés. Esa tarde (casi noche en Boston) llamé por supuesto a Paco; me pidió que lo llamara de nuevo en unas horas. Entretanto se dedicó a revisar todo aquello que podía serme útil y nuestra conversación duró varias horas, más allá de la medianoche, como les conté años después a mis alumnos para que supieran de dónde provenía tanta erudición.

A fines de abril de 2002, mi querido colega Carroll B. Johnson y yo organizamos en UCLA una gran conferencia en honor suyo: “Pacíficas Convivencias: Homenaje a Francisco Márquez Villanueva”, hasta donde llegaron alumnos y colegas de todas partes. Paco estaba realmente emocionado. Y también todos nosotros, al igual que en el homenaje que le hicieron en Harvard Mary Gaylord, Luis Girón y Ángel Sáenz-Badillos en enero de 2003.

Mi último intercambio con él fue a raíz de un artículo que yo escribía sobre Bernal Díaz del Castillo. Me asaltaron dudas respecto del linaje de su familia y una vez más recurrí a la sabiduría y generosidad de Paco. Al día siguiente, me mandó por correo un libro publicado en Medina del Campo, no disponible en ninguna parte, que me permitió profundizar en mis investigaciones. Ahora me reconforta haber terminado ese artículo, publicado en la *NRFH* en 2010, con un cálido agradecimiento a mi querido profesor Francisco Márquez Villanueva. Pero lamento no haberle devuelto nunca el libro, que ahora me mira desde mis estantes y me hace sentir la gran pérdida de ese hombre que amó como pocos la cultura hispánica y al que tantos de nosotros le debemos tanto, y espero seguir exigiéndoles a mis estudiantes poner las comas en el lugar exactamente correcto.

Verónica Cortínez (University of California, Los Angeles)

Roberto CASTILLO SANDOVAL

Los estudios literarios se hacen, bien lo sabemos, a partir de lecturas y relecturas, de un cúmulo de momentos en que nos enfrentamos, mano a mano y sostenidamente, con la página escrita por otro. Es un oficio solitario que se nutre del silencio. La imagen de la puerta del despacho de Paco Márquez, el número 476 de la biblioteca Widener, siempre me recuerda esta condición básica de estudiar literatura. A través del cristal biselado se distinguía la silueta del profesor, casi siempre inmóvil, sentado frente a su escritorio. A veces la sombra movía papeles o bajaba libros de las estanterías, pero la mayoría de las veces que pasé por ahí estaba quieta, casi inmóvil.

El profesor Márquez asociaba el número de su despacho, medio en broma, medio en serio, con el año de la caída del Imperio Romano. De hecho, ese número fue el tema del primer examen al que me sometió Paco Márquez, la primera vez que me atreví a golpear esa puerta, en mi primer semestre como estudiante de doctorado. Me preguntó, casi sin mediar advertencia, qué había ocurrido el año 476. Sorprendido por el giro de la conversación hacia un abierto interrogatorio, de milagro me acordé de Régulo Augústulo y le di la respuesta estándar sobre el fin del Imperio Romano en occidente.

–Eso no fue el fin de nada, el fin de nada, el fin de nada– dijo, con su característico modo de enfatizar repitiendo.

Lo dijo con gentileza, seguramente al ver la cara de terror que debo haber puesto al pensar que iba a continuar su inquisición académica. Las preguntas que siguieron, sin embargo, tomaron un rumbo personal y me dieron a entender que el profesor Márquez se daba el tiempo de leer el expediente de los nuevos alumnos, aun de los que, como yo, habíamos entrado a Harvard con la intención de estudiar literatura latinoamericana. Salí de Widener 476 esa primera tarde con la certeza de haber elegido bien mi universidad.

No sé en qué estaría trabajando el profesor Márquez Villanueva en esa época, pero claramente tenía algo en mente mientras hacía esa breve meditación sobre los finales y los comienzos en la historia. Lo que sí recuerdo claramente es que me instó, no sin cierto brillo de humor andaluz, a enterarme de más detalles de la historia de Rómulo Augústulo, ese desdichado adolescente que terminó exiliado en Nápoles, un joven emperador jubilado, y que desapareció después sin rastro, ciertamente sin gloria. Nuestra siguiente conversación, esta vez en el túnel de salida de Widener que daba a Massachusetts Avenue, versó también sobre el tema de los comienzos y los finales, aunque esta vez el profesor me encandiló con su erudición no sólo en cuanto a los detalles de la historia, sino además de los vericuetos bizantinos y las disputas de la historiografía en torno a cómo establecer los fines de la era antigua.

Las clases que tomé con él siempre superaron todas mis expectativas. No sorprenderá a nadie que su clase sobre el *Quijote* era de una excelencia sublime. Cada sesión estaba repleta de datos confiables y observaciones cuidadosamente destiladas: entendí entonces que en la clase el silencio de su estudio se trocaba en voz y en diálogo, que la soledad cambiaba de signo en la docencia, que el conocimiento se hacía cuerpo y existencia tangible en el intercambio y el análisis compartido. El profesor Márquez alimentaba el fuego con su clásico modo: “¿Preguntas, preguntas, preguntas?”. Sabía esperar y sabía escuchar y sabía responder, animando al tímido y frenando con calma el ímpetu del arrogante que, como se imaginarán, no escaseaba en Harvard. Para él no existía la diferencia entre la sala de clases y el mundo

exterior, por lo que no era raro que se detuviera a veces en un pasillo, en una escalera, a hacer una observación o refinar un comentario que había hecho en clase.

“Castillo, me he quedado pensando en lo que ha preguntado usted en clase sobre la yod tercera, pero Lapesa tiene la respuesta, lo que tiene usted que hacer es releerlo”, me dijo en una recepción navideña en Boylston, cuando todo el mundo hacía conversación liviana, comía canapés y sorbía champaña. “Ah, y de paso, si su segundo examen es como el primero, va camino de una B”.

De más está decir que me quedé de una vez suspenso, con el vaso plástico de champaña delante y la mano en la mejilla, pensando lo que diría. Por suerte entró a deshora un amigo mío gracioso y bien entendido, Harry Vélez, y me rescató. Después de eso fui más lapesiano que Lapesa, a pesar de mi rechazo por el hispanocentrismo del tomo sobre la historia de la lengua que Paco nos hizo estudiar como si fuera la biblia. Claro, el profesor tenía razón, había que releer.

Sabía ser generoso, y no sólo con su erudición. De todos los comentarios que recibí de mis profesores durante mis estudios superiores, el que atesoro, por venir de quien vino, fue un escueto “Leído con gran provecho y placer” con que Paco concluyó su evaluación de mi trabajo final en su curso del Quijote.

Su generosidad se extendía a lo social, y es así como todos los años abría su casa, junto con su esposa Teresa, para memorables comidas a las que concurría todo el departamento. Para el día de Acción de Gracias, se cercioraba de que todos los estudiantes, particularmente los nuevos, tuvieran con quién celebrar la fiesta. Si no tenían dónde ir, los invitaba a su casa.

He dejado para el final mi recuerdo más recurrente de Paco Márquez, el primero que me vino a la mente al enterarme de su fallecimiento. Me encontré una vez con él en el pasillo de Widener, frente a su despacho. El día anterior, Pinochet había perdido el plebiscito, marcando el fin de la dictadura en mi país. Por esa razón yo andaba con una banderita chilena, o tal vez dos, en el bolsillo de la camisa. Al ver su extrañeza, le expliqué por qué andaba tan embanderado. Entonces hizo algo inusual en él: puso su maletín en el suelo y me abrazó. Con brillo en sus ojos, dijo muy sentidamente: “Qué buena noticia, qué buena noticia, qué buena noticia me ha dado usted. Ojalá hubiésemos podido hacer algo así en España”. Ya recobrada su acostumbrada compostura, comentó: “Augusto ya es Augústulo”. Y se marchó al ascensor, maletín en mano, dejándome frente al despacho a oscuras con la misma sensación que me ha embargado el saber de su muerte: una inmensa gratitud por haberlo tenido de maestro, junto con el pesar de no haber retribuido de mejor manera su afecto y su sabiduría.

Roberto Castillo Sandoval (Haveford College)

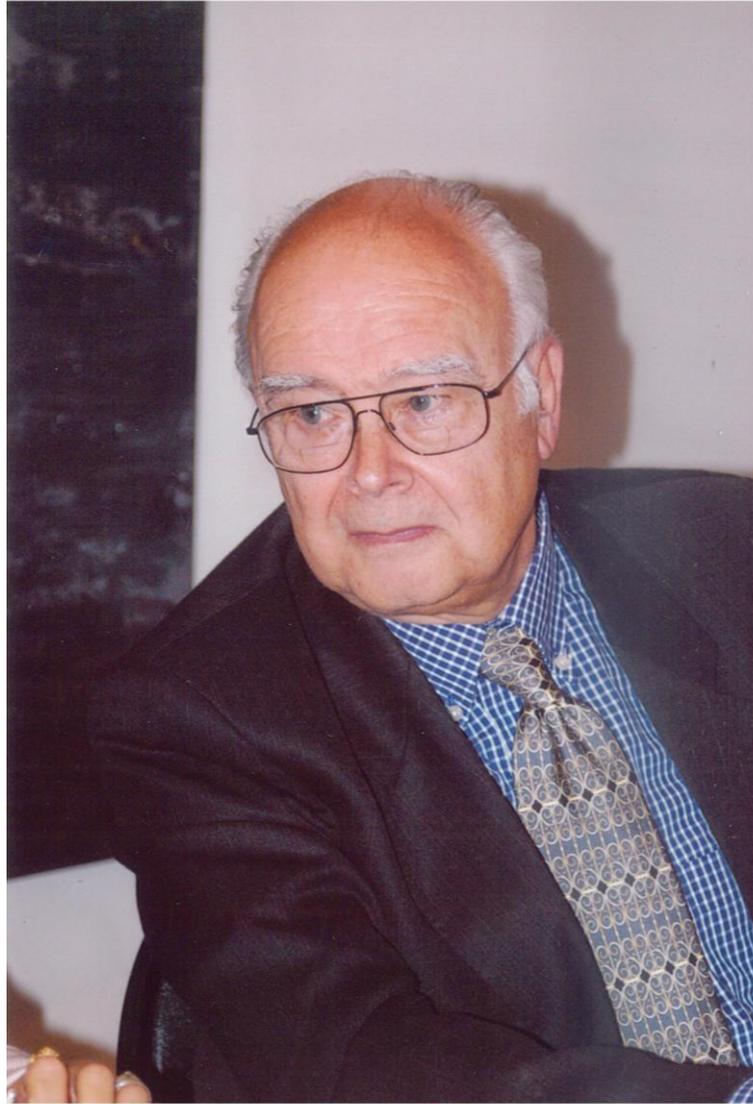
IMÁGENES



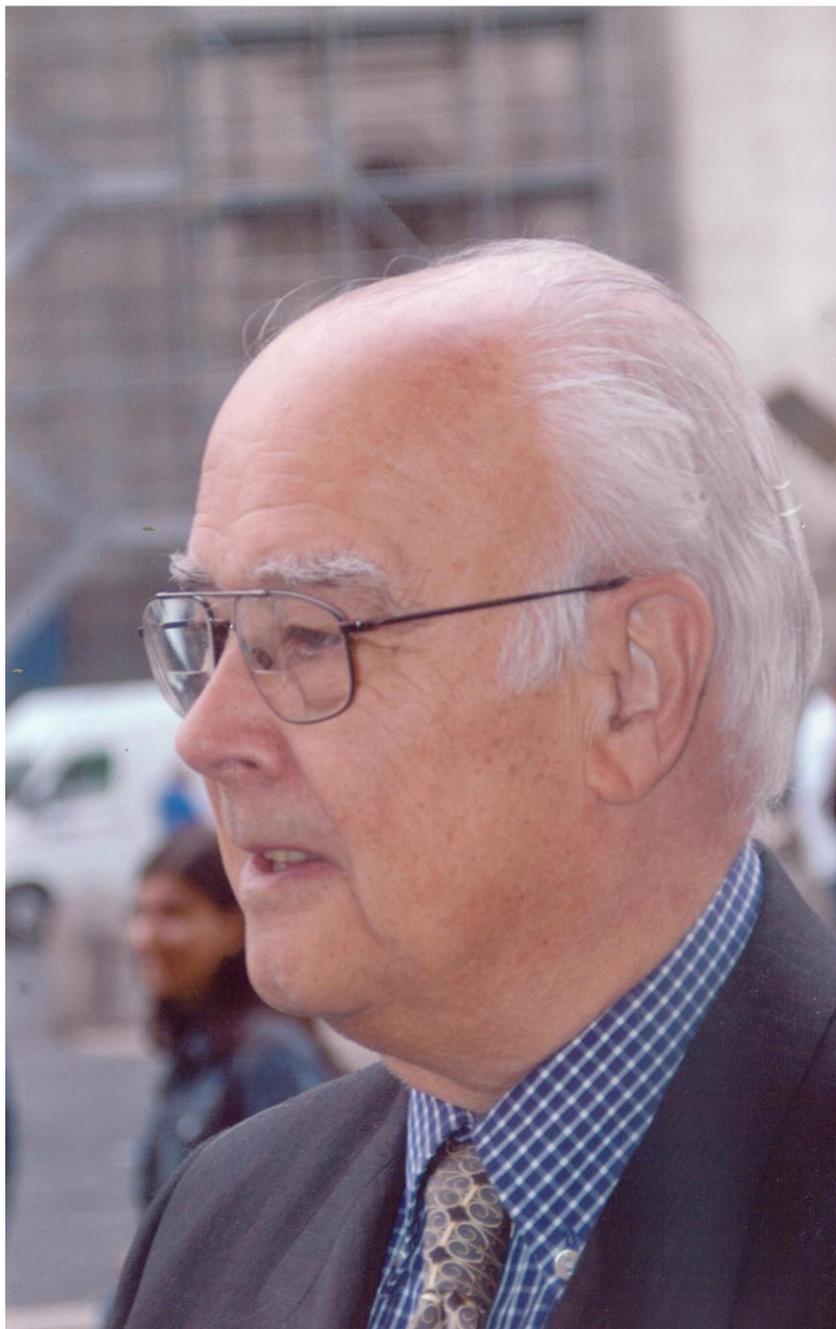
(Gentileza de Teresa Márquez)



(Gentileza de Teresa Márquez)



(Gentileza de Teresa Márquez)



(Gentileza de Teresa Márquez)



(En la cena en honor de Ángel Sáenz Badillos después de la Raimundo Lida Memorial Lecture. 30 de abril del 2010. Gentileza de Luis Girón)



(Con Rafael Burgos y Luis Girón en la cuarta planta de la Widener Library. Julio 2010)



(En el restaurante Dolphin's de Boston. 18 de febrero de 2011)



(Mercedes Vaquero, Francisco Márquez e Irene Zaderenko. 15 de noviembre de 2010. Gentileza de Luis Girón)



(En el día de sus ochenta cumpleaños con Luce López Baralt, Teresa y Arturo Echeverría. Gentileza de Luis Girón)



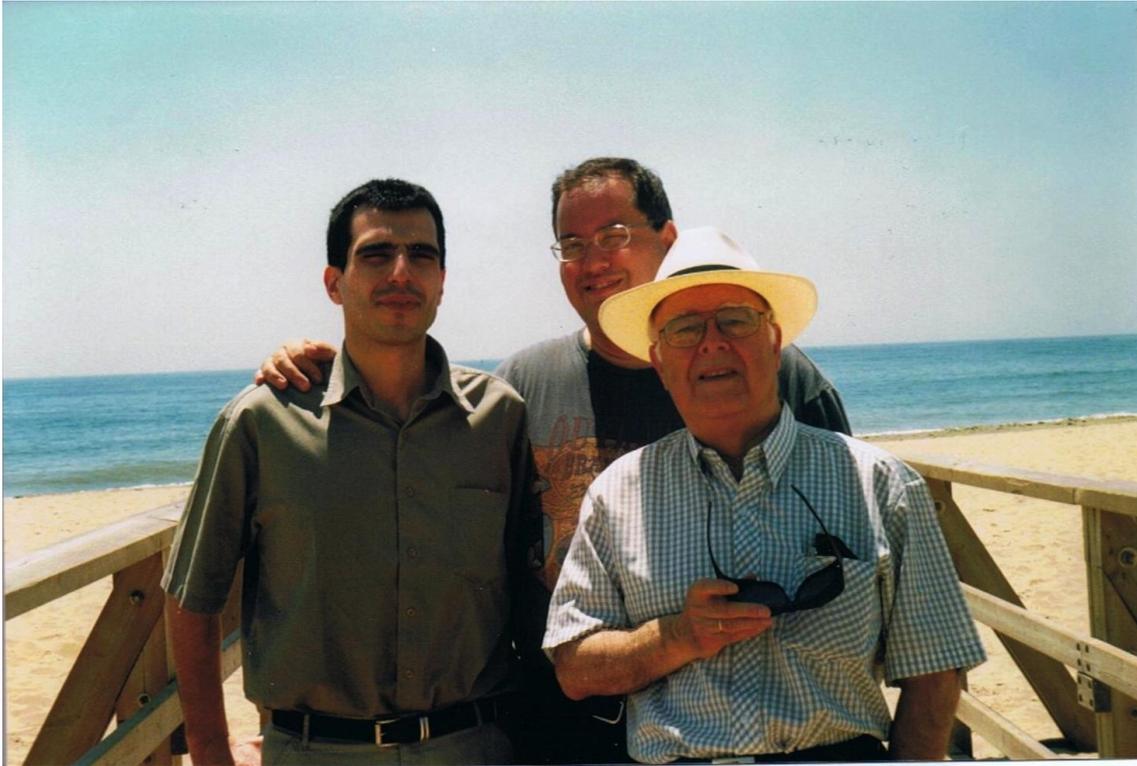
(En una clase sobre la lengua alfonsí, el 7 de abril del 2010 en Sever Hall, Harvard University.
Gentileza de Luis Girón)



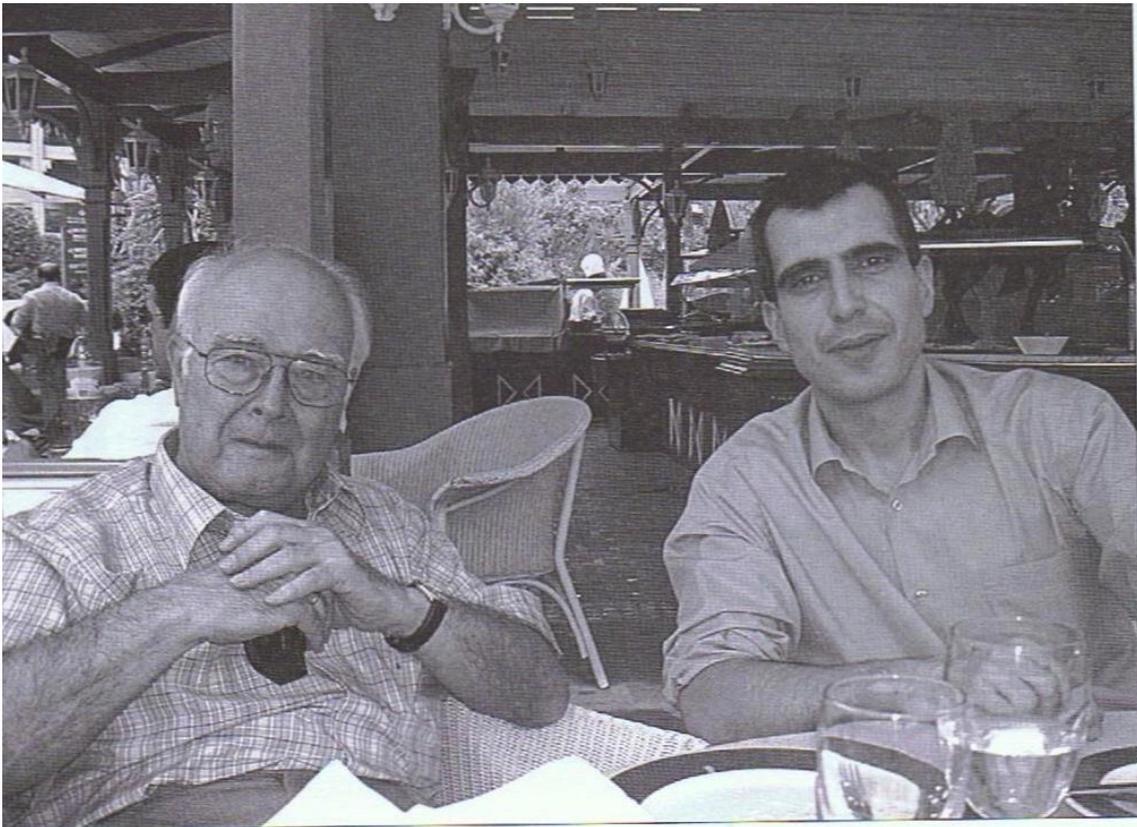
(Con un grupo de estudiantes el 11 de abril del 2011, en el Seminar Room de Dana Palmer. Lo invitó Luis Girón para que diera una charla sobre *La Celestina*. Fue la última charla que dictó en las aulas de Harvard)



(Cerca de su casa, en Belmont, el 1 de mayo de 2010. Gentileza de Luis Girón)



(Con Yanick Llored y Luis Girón en Isla Cristina, 2005. Gentileza de Yanick Llored)



(Con Yannick Llored. Colloque d'hommage à Juan Goytisolo. Marrakech, sept. 2006.
Gentileza de Yancik Llored)



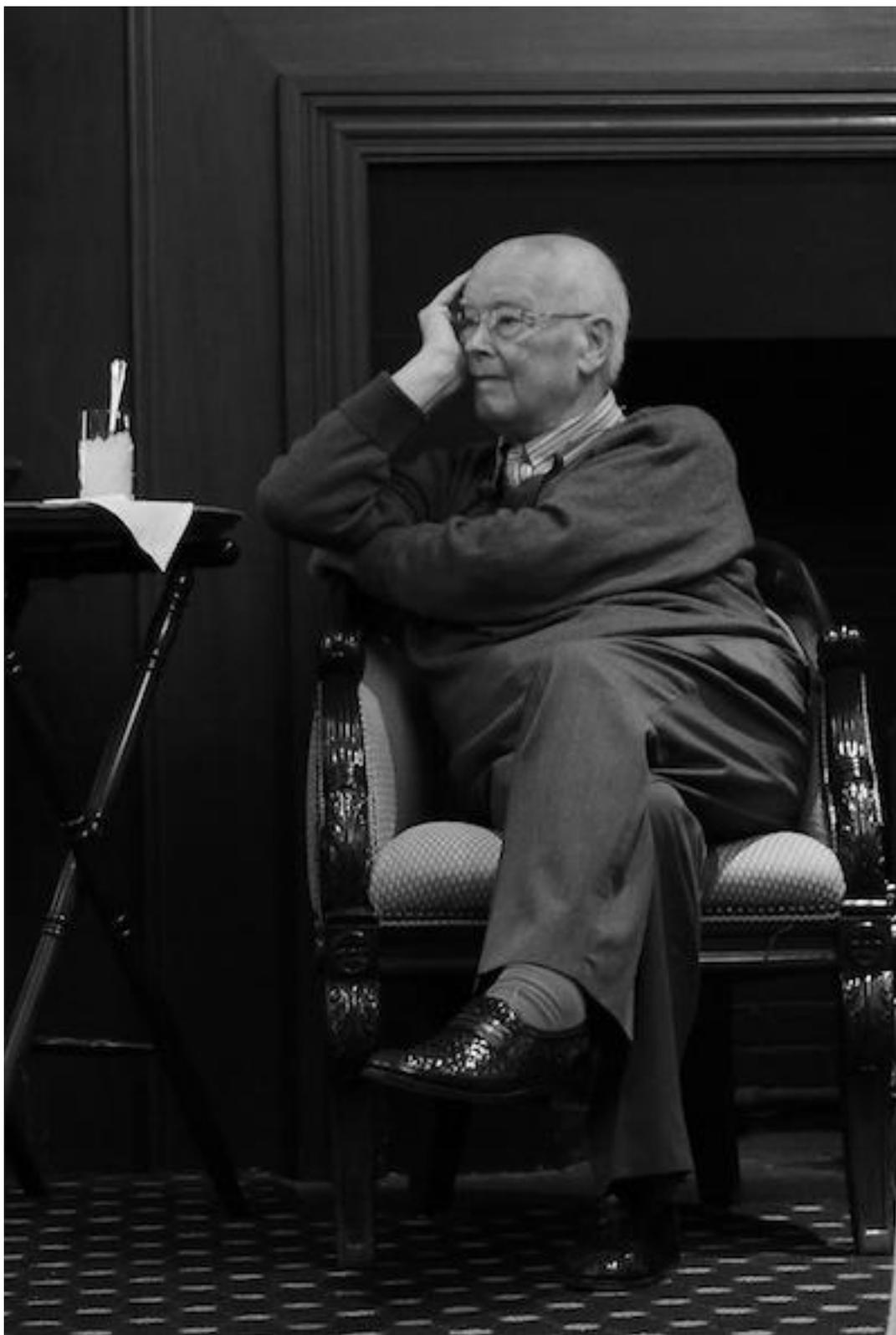
(María Cruz Naval Salas y Teresa. Lyon, 2003. Gentileza de Yancik Llored)



(Con Yanick Llored y Teresa. Lyon 2003. Gentileza de Yancik Llored)



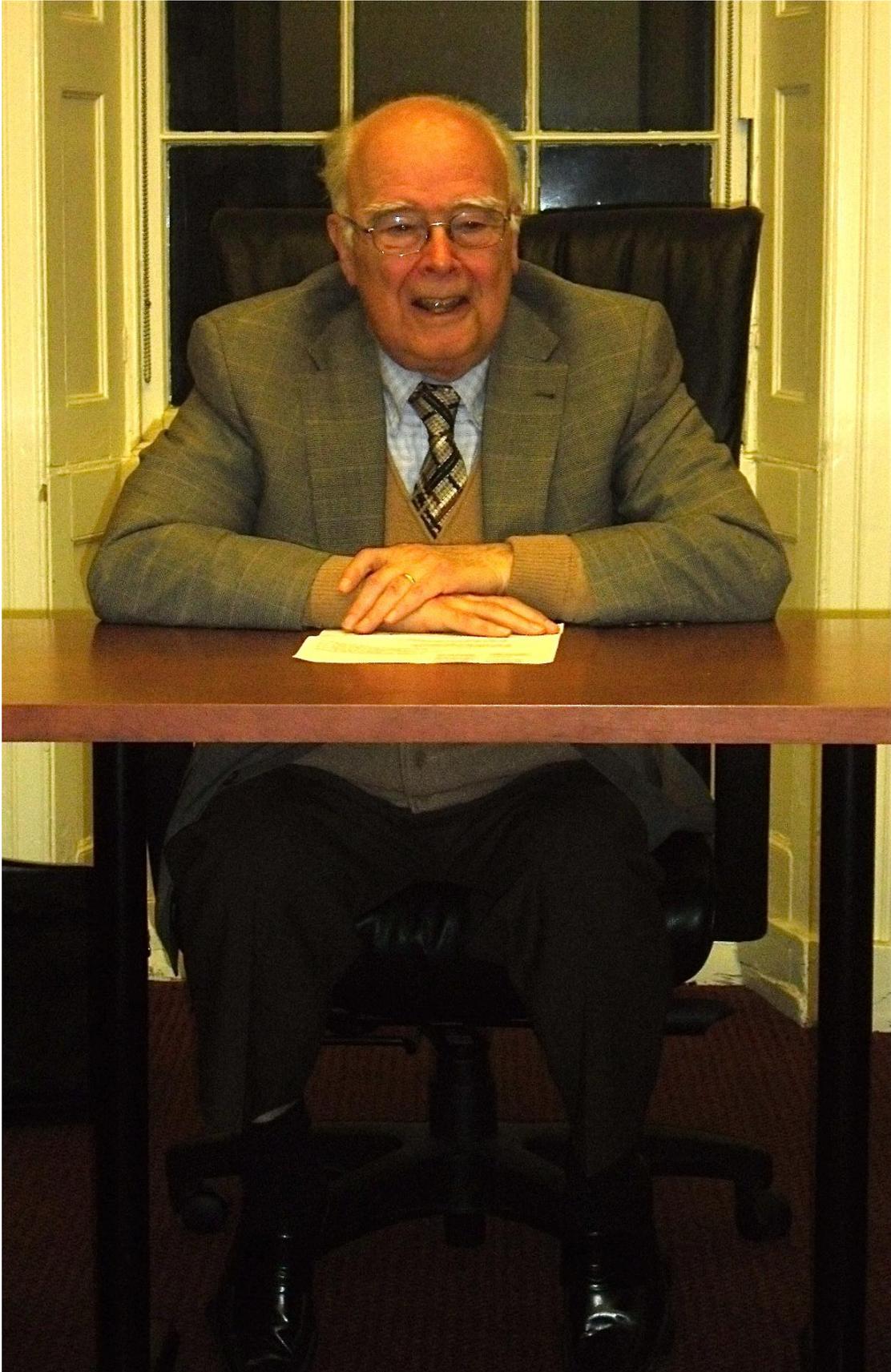
(Con Yanick Llored. Gentileza de Yanick Llored)



(En su casa. Mayo 2013. Gentileza Luis Cifuentes)



(Mayo 2013. Gentileza de Luis Cifuentes)



(En la fiesta de sus ochenta cumpleaños, abril 2011. Gentileza de Luis Girón)



(Con Ángel Sáenz Badillos el 30 de abril del 2010. Raimundo Lima Memorial Lecture Gentileza Luis Girón)



(En su oficina de Widener con Francisco Ramírez, uno de sus últimos estudiantes. Marzo del 2010.
Gentileza de Luis Girón)



(Con Luis Girón y Teresa. Gentileza de Luis Girón)



(Con Santiago López Ríos y Teresa. En Dolphin's, uno de sus restaurante favoritos en Boston.
18 de febrero de 2011 Gentileza de Luis Girón)



(Con su nieto Maksim, cerca de Lake Tahoe Nevada, Año 2012. Gentileza de su hijo Francisco Márquez)



(Sáenz Badillos, Samuel Armistead, Francisco Márque, James T. Monroe y Luis Girón. Berkeley 2003. Foto de Jesús Rodríguez Velasco)



(Con André Stoll y Teresa, su esposa, en Madina Azahara. Gentileza André Stoll)



(En el Colegio San Francisco de Paula, inaugurando la biblioteca. Noviembre 2012. Gentileza de Luis Rey)



(En Hammamet, Túnez, 1983. Gentileza de Luce López Baralt)



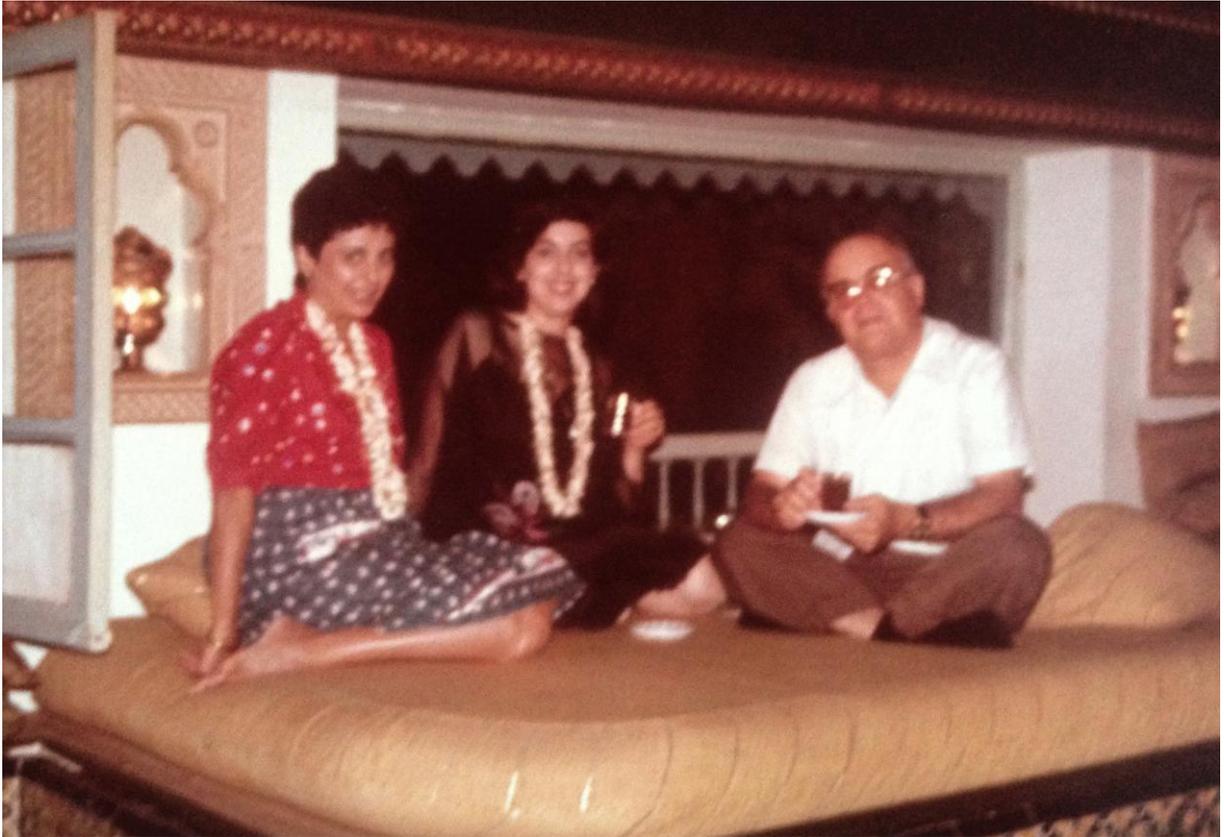
(Congreso de OBI, año 2009. Gentileza de Luis Rey Goñi)



(En su casa con Sáenz Badillos, Judit Targarona, Teresa y Teresa Guillén. 29 de abril de 2011)



(Con Luce López Baralt en Túnez. Gentileza de Luce López Baralt)



(Tomando café con Luce y Teresa en Hammamet, Túnez, 1983. Gentileza de Luce López Baralt)



(Entierro de Francisco Márquez Villanueva en Harvard Hill, en el cementerio Mont Auburn de Cambridge, Massachusetts)

HARVARD UNIVERSITY •

CAMBRIDGE
MA 02138

Department of Romance Languages and Literature • 404 Boylston Hall

FRANCISCO MARQUEZ

STUDENTS WELCOME